VIOLETA DARK



RENZO

PROTECTOR DESPIADADO

SERIE ÉLITE CRIMINAL

RENZO: PROTECTOR DESPIADADO

SERIE ÉLITE CRIMINAL

LIBRO 1

VIOLETA DARK

ÍNDICE
PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
VALENTINA
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
EPÍLOGO

© 2025 Violeta Dark
Todos los derechos reservados
Este libro está protegido por derechos de autor. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio, ya sea digital, electrónico o mecánico, sin la autorización expresa y por escrito de la autora. Solo se permiten breves citas para reseñas literarias.

Gracias por estar al otro lado de estas páginas. Para una escritora no hay mayor regalo que compartir historias con sus lectoras.

Si deseas mantenerte al día con mis próximos lanzamientos, sígueme en Amazon escaneando **este código QR**

O pulsa AQUI

PRÓLOGO

VALENTINA

Estar enamorada de un hombre de la mafia es doloroso.

Estar enamorada de Renzo Caballero es absolutamente desgarrador.

Sobre todo, cuando lo ves aparecer en mitad de la noche, chorreando sangre, pero con una calma absoluta, como si la idea de estar muerto no le pareciese algo terrible. Como si su vida no significase nada.

El sonido casi imperceptible de la puerta de mi habitación me despierta. La luz de la luna que se filtra por las cortinas dibuja su silueta imponente. Mi corazón se detiene un instante cuando distingo el brillo húmedo en su ropa oscura.

—¿Renzo? —susurro, incorporándome en la cama. Estiro el brazo hacia la lámpara de la mesilla, y la tenue luz dorada revela lo que temía: sangre. Demasiada sangre.

El pánico amenaza con paralizarme. Salto de la cama, agradeciendo haber empezado a guardar un botiquín completo en el cajón inferior de mi cómoda. Llevo demasiadas noches como esta, demasiadas visitas silenciosas, como para no estar preparada.

—Siéntate —mi voz suena más firme de lo que me siento por dentro mientras señalo el sillón junto a la ventana.

Renzo obedece en silencio, sus movimientos contenidos delatando la gravedad de la herida que intenta ocultar. Incluso así, herido y vulnerable, mantiene esa presencia que hace que me tiemblen las rodillas. El hijo del antiguo Don, criado por quienes destruyeron a su familia, convertido en el hombre más letal de Nueva York... y el único que hace que mi corazón se acelere de esta manera.

Me arrodillo frente a él, entre sus piernas, y contengo el aliento cuando sus ojos grises se clavan en mí. Hay algo salvaje en su mirada, algo que me hace temblar por dentro.

—Necesito ver la herida —murmuro, mis dedos rozando el borde de su camisa negra, ahora pegada a su piel por la sangre—. ¿Puedo?

Asiente una sola vez, su mandíbula tensa. Con dedos que luchan por no temblar, desabrocho los botones uno a uno. El olor metálico de la sangre se mezcla con su aroma personal, ese que me persigue en sueños. La herida en su costado es profunda, un corte limpio que hace que se me encoja el estómago.

—No es nada —dice, su voz ronca rompiendo el silencio.

Levanto la mirada, encontrándome con sus ojos. Marco, mi hermanastro, lo envía cada vez a misiones más peligrosas, como si quisiera probar sus límites, como si quisiera que algún día no regresase. No. No puedo pensar en eso ahora.

—Para ti nunca es nada —respondo mientras limpio la herida con más brusquedad de la necesaria, dejando que mi frustración se filtre en mis movimientos—. ¿Alguna vez piensas en...?

Me interrumpo. ¿En qué? ¿En mí? ¿En cómo cada vez que sale en una misión me quedo despierta, aterrada de que esta sea la vez que no regrese? No puedo decirle eso. No cuando él me ve solo como la hermanastra de Marco, la niña que ha visto crecer, una responsabilidad más en su lista de obligaciones.

No como a la mujer de la que un día podría enamorarse.

RENZO

El dolor es un viejo amigo, pero sus manos suaves sobre mi piel son una tortura mucho más dulce. Y letal.

Contengo un gruñido cuando sus dedos rozan el borde de la herida. No por el dolor físico —estoy más que acostumbrado a eso—, sino porque cada roce suyo enciende algo dentro de mí que llevo años intentando enterrar. Algo que no tengo derecho a sentir.

La observo mientras trabaja, concentrada en limpiar la sangre de mi costado. La luz de la lámpara dibuja sombras doradas en su cabello castaño, y sus labios están apretados en esa línea que conozco tan bien. Está preocupada. Y malditamente hermosa.

Debería haber llamado al médico de la familia. Era lo correcto, lo sensato. Pero soy un bastardo egoísta que no puede evitar buscar estas migajas de contacto. Quizás por eso no esquivé ese cuchillo esta noche. Quizás por eso cada vez me resulta más difícil evitar las heridas que me dan una excusa para venir aquí, para sentir sus manos sobre mi piel.

—¿Por qué no has llamado al doctor Leone? —pregunta en voz baja, sin levantar la mirada de su tarea—. Sabes que siempre está disponible.

Porque un solo roce tuyo vale más que toda la sangre que he derramado. Porque eres la única luz en mi mundo de oscuridad.

—No quería molestar a estas horas —miento, como si cada noche que aparezco en su puerta no fuera una debilidad imperdonable.

Sus dedos tiemblan ligeramente mientras comienza a coser la herida. El silencio entre nosotros está cargado de todo lo que nunca sabrá, de todo lo

que no puedo permitirme sentir. Vivimos bajo el mismo techo, y sin embargo estos son los únicos momentos en que puedo estar cerca de ella, en que puedo fingir que soy algo más que el arma en la que me han convertido.

La observo morderse el labio inferior, concentrada en dar cada puntada con precisión. Ese pequeño gesto hace que se me seque la boca. Hace que quiera tomarla entre mis brazos y poseerla.

No.

No puedo permitirme esos pensamientos. No cuando soy el hijo del hombre al que su padrastro asesinó. No cuando llevo tantos años planeando destruir a su familia. No cuando cada gota de sangre en mis manos me hace más indigno de su bondad.

—Ya está —susurra, sus dedos rozando suavemente la piel alrededor de los puntos—. Intenta no moverte demasiado o se abrirán. Ya sabes que no soy una profesional.

Su voz se apaga cuando nuestras miradas se encuentran. Por un segundo, me permito el lujo de perderme en sus ojos color miel. Un momento robado donde finjo que podría ser algo más que el monstruo que su familia creó.

El sonido de pasos en el pasillo rompe el momento. Me levanto, ignorando el dolor punzante en el costado. Ella retrocede un paso, y me pregunto si puede ver la oscuridad que me consume, si puede intuir que cada noche que vengo aquí es una traición a todo lo que he planeado.

—Gracias —murmuro, y la palabra sabe a ceniza en mi boca. Como si pudiera agradecer su bondad cuando planeo destruir todo su mundo.

Mientras regreso a mi habitación, me permito una última mirada. Está de pie junto al sillón, la luz de la luna dibujando su silueta. Tan pura. Tan inalcanzable.

Algún día, me prometo mientras las sombras me reclaman, *algún día dejaré de torturarme así.*

Pero sé que miento. Porque ella es mi mayor debilidad, mi única luz en este infierno. Y aunque nunca pueda saberlo, seguiré buscando estas heridas que me dan una excusa para sentir sus manos sobre mi piel.

CAPÍTULO 1

RENZO

El impacto de mi puño contra el saco resuena en el gimnasio vacío. Sudor, cuero y el olor metálico de la sangre de mis nudillos. Y entonces Luca empieza a limpiar su Desert Eagle, y el aroma a pólvora inunda el aire.

De repente estoy de nuevo allí.

Tenía ocho años la noche que masacraron a mi familia. Era demasiado pequeño para entender lo que significaba la traición, pero lo suficientemente mayor para que cada detalle quedara grabado a fuego en mi memoria. El tintineo de las copas de cristal. Las risas. El momento exacto en que todo cambió.

Mi padre estaba sentado a la cabeza de la mesa, como cada domingo. Los Caballero siempre habíamos mantenido esa tradición: la familia unida para la cena. Primos, tíos, todos reunidos mientras mi madre supervisaba que la comida fuera perfecta. Recuerdo su sonrisa cuando Vittorio Romano, el mejor amigo de mi padre, alabó su tiramisú.

El mismo hombre que, minutos después, sacaría su pistola con silenciador y dispararía a mi padre entre los ojos.

Todo se volvió caos. Los disparos resonaron por el comedor mientras los hombres de Romano emergían de las sombras. Mi madre... ella tuvo tiempo de empujarme dentro del armario del estudio. Su último acto en este mundo fue salvarme.

A través de las rendijas de madera vi cómo ejecutaban uno a uno a los Caballero. Vittorio Romano supervisaba la masacre con la misma calma con la que momentos antes había tomado el postre.

«Es una pena», dijo mientras limpiaba su pistola con un pañuelo de seda. «Pero los Caballero se han vuelto débiles. Y en nuestro mundo, la debilidad es una sentencia de muerte.»

Cuando abrieron el armario, el olor a pólvora y sangre era tan intenso que apenas podía respirar. Esperaba una bala. En su lugar, Vittorio Romano me alzó en brazos como si fuera su propio hijo.

«Desde hoy serás un Romano», declaró ante sus hombres. «El último Caballero ha muerto esta noche.»

Mentira.

El sonido metálico del cargador de Luca me devuelve al presente. Mi siguiente golpe hace que la cadena del saco cruja.

—¿Otra vez? —pregunta Luca sin levantar la vista de su arma. No necesita especificar a qué se refiere.

No respondo. No hace falta. Veinte años y el sabor de la venganza sigue siendo igual de dulce en mi lengua.

La puerta del gimnasio se abre de golpe.

—El señor Romano requiere su presencia —anuncia Stefano, el nuevo recluta. Su postura rígida y formal contrasta con la familiaridad relajada de Luca. Todavía no ha aprendido que, en esta casa, los títulos significan menos que las acciones.

Agarro una toalla y me limpio el sudor del torso. Es hora de volver a interpretar mi papel.

El murmullo de voces me guía hasta la sala de reuniones. Luca camina dos pasos detrás de mí, su presencia una amenaza silenciosa que hace que los nuevos reclutas se aparten de nuestro camino.

La tensión es palpable incluso antes de abrir las puertas. Dentro, treinta hombres llenan la sala. Veteranos como Tony Rossi, que lleva más cicatrices que años en la familia. Los hermanos Bianchi, expertos en demoliciones. Incluso han llamado a Giuseppe, nuestro mejor francotirador. Sea lo que sea, Marco está reuniendo músculo pesado.

Mi «hermano», que ocupó el puesto de su padre cuando murió hace unos años, está de pie junto a la mesa de operaciones, rodeado de mapas y planos. El traje italiano de tres mil dólares no logra ocultar la agitación en sus movimientos.

—Los Sposti han robado nuestro cargamento en los muelles —anuncia en cuanto me ve—. Esta noche vamos a recuperarlo.

Los hombres intercambian miradas. Tony se tensa visiblemente cuando Marco señala el almacén objetivo en el mapa.

—Es territorio Sposti —dice Tony, su voz ronca por décadas de tabaco—. Estarán esperándonos.

—¿Y? —Marco lo corta—. ¿Desde cuándo los Romano pedimos permiso?

Más miradas, esta vez hacia mí. Marco no lo nota, demasiado ocupado trazando rutas imposibles sobre el plano.

—Entraremos por el frente —declara—. Dos equipos. Rápido y directo.

Luca suelta un bufido casi inaudible a mi espalda. Los Sposti tienen francotiradores en cada azotea de esa zona. Un ataque frontal sería una masacre.

—Señor Romano... —empieza Giuseppe, pero Marco ya está repartiendo posiciones, ignorando décadas de experiencia en favor de su ego.

Mantengo mi expresión neutral mientras observo a estos hombres, padres y hermanos que han sangrado por la familia durante generaciones, convertirse en peones sacrificables en el tablero de mi hermano adoptivo.

Me acerco a la mesa, mis movimientos deliberadamente lentos. El silencio cae sobre la sala mientras marco con un dedo la ruta en el mapa.

—Los Sposti esperarán un ataque frontal —digo, mi voz baja pero clara—. Es lo que haría cualquiera.

Marco se detiene, sus ojos entrecerrados. Sé lo que está pensando: no puede ignorarme delante de los hombres sin parecer débil.

—¿Y qué sugieres, *hermano*? —El título suena a veneno en sus labios.

—Los muelles tienen túneles de mantenimiento. —Trazo una línea bajo el almacén principal—. Giuseppe puede colocar a sus hombres en los tejados del este mientras nosotros...

—¿Para qué complicarnos? —me corta Marco—. Somos más fuertes. Más numerosos.

—Y ellos están en su territorio —interviene Tony—. Con todo respeto, señor, el plan de Renzo es más sólido.

—¡El plan está decidido! —La vena en el cuello de Marco late con furia—. A las once. Dos equipos. Ataque frontal.

Se gira hacia la ventana, dando por terminada la discusión. Los hombres empiezan a levantarse, la tensión visible en sus hombros. Intercambio una mirada con Luca, que asiente imperceptiblemente.

Cuando salimos fuera me dirijo a mis compañeros.

—Tony, Giuseppe, hermanos Bianchi —mi voz apenas es un murmullo—. En mi despacho. Ahora.

Mi despacho está en el ala oeste de la mansión, lo suficientemente lejos de los oídos indiscretos. Mientras caminamos, noto cómo la tensión abandona los hombros de Tony. Incluso los Bianchi, siempre serios, parecen respirar más tranquilos.

Luca cierra la puerta tras nosotros y se apoya contra ella, sus dedos jugueteando con el cuchillo de combate que siempre lleva. Es su manera de decir que nadie nos interrumpirá.

—Señor —empieza Giuseppe, pero levanto una mano.

Me tomo mi tiempo para servir whisky en cinco vasos. Movimientos precisos, controlados. Los hombres esperan en silencio. Saben que cada gesto mío tiene un propósito.

—Los Sposti tienen francotiradores en los tejados de Thomson y Roosevelt —digo mientras reparto los vasos—. Tres equipos, según mis fuentes. Y tienen a ese nuevo mercenario, el ruso.

Tony asiente.

—Dimitri. El cabrón no falla un tiro.

—Por eso no vamos a darle ningún blanco. —Me apoyo en el escritorio—. Giuseppe, ¿qué sabes de los túneles de mantenimiento bajo el muelle?

Los hermanos Bianchi intercambian una mirada. Son los mejores en infiltración, y esos túneles son su especialidad.

—Los usamos hace tres años —dice Carlo Bianchi, el mayor de los hermanos—. Para aquel trabajo en el puerto. La mayoría están abandonados, pero mantienen el acceso para las tuberías principales.

Su hermano Marco asiente.

—Hay una entrada a doscientos metros del objetivo. Estrecha, pero viable.

—¿Y la seguridad? —pregunta Giuseppe, dejando su vaso sobre la mesa.

—Inexistente —responde Carlo—. Nadie espera un ataque desde abajo.

Tony se frota la mandíbula, pensativo.

—Los Sposti tendrán toda su atención en las azoteas y las entradas principales, esperando el ataque frontal que Marco.

—Marco no necesita saber los detalles de cómo ejecutamos sus órdenes —lo interrumpo. El mensaje es claro: mi hermano adoptivo seguirá pensando que tiene el control.

Luca suelta una risa seca desde la puerta. Todos sabemos que Marco estará demasiado ocupado pavoneándose de su «brillante estrategia» como para preguntar por los detalles.

—¿Cuántos hombres necesitas para hacerlo bien? —pregunta Giuseppe.

Me incorporo y camino hasta la ventana. Desde aquí puedo ver el jardín trasero, donde Valentina está pintando bajo la luz del atardecer. Algo se retuerce en mi pecho al verla tan ajena a todo esto.

La observo un momento más, el único lujo que me permito, antes de volver a centrarme en la misión.

—Dos equipos —digo, girándome hacia mis hombres—. Los Bianchi dirigirán la infiltración por los túneles. Tony, tú y tus mejores hombres con ellos. Giuseppe...

—Mis francotiradores en posición, pero sin disparar —anticipa, demostrando por qué es uno de mis mejores hombres—. Solo como respaldo si las cosas se tuercen.

Asiento.

—Que parezca que vamos a seguir el plan de Marco. Necesito que los Sposti mantengan sus ojos en las azoteas.

—¿Y el ruso? —pregunta Tony.

—De Dimitri me encargo yo personalmente.

Luca se endereza junto a la puerta, su cuchillo detenido a medio giro.

—Voy contigo.

No es una pregunta. Nunca lo es con Luca. Donde yo voy, él me sigue. Es una certeza tan absoluta como que el sol sale cada mañana.

—Los detalles finales los ajustaremos esta noche —concluyo.

Los hombres asienten y empiezan a marcharse. Cada uno sabe exactamente qué hacer, sin necesidad de más palabras. Es lo que años de lealtad construyen.

Cuando la puerta se cierra tras el último de ellos, me permito otra mirada por la ventana. Valentina ha terminado de pintar y recoge sus materiales con esa gracia natural que hace que me duela el pecho.

Un mechón de pelo se ha soltado de su coleta mientras guarda los pinceles. La brisa lo mece suavemente contra su mejilla, y mis dedos ansían apartarlo. Es el tipo de gesto casual que nunca podré permitirme.

—Deberías hablar con ella —dice Luca, materializándose a mi lado como una sombra—. Antes de que empiecen los disparos.

Lo miro de reojo. A veces me pregunto si Luca puede leer mis pensamientos, o si simplemente soy más transparente de lo que creía cuando se trata de ella.

—No hay nada que decir.

Luca bufa, haciendo girar su cuchillo entre los dedos.

—Claro. Por eso llevas un buen rato mirándola por la ventana.

—¿No tienes armas que preparar?

—Ya están listas. —Su sonrisa es todo filo—. Y no cambies de tema.

Abajo, Valentina levanta la mirada hacia la ventana. Por un segundo, nuestros ojos se encuentran. La veo contener el aliento, sus dedos apretando el bloc de dibujo contra su pecho.

Debería apartarme. Dar media vuelta. Mantener la distancia que he impuesto durante años.

En lugar de eso, me quedo exactamente donde estoy, permitiéndome este momento robado. Esta debilidad.

—No seas cobarde —murmura Luca antes de desaparecer por la puerta.

Valentina sigue mirando hacia la ventana. El sol del atardecer arranca destellos cobrizos de su pelo, y por un momento me pregunto si sus mechones serían tan suaves como parecen. Aprieto los puños, enterrando ese pensamiento donde pertenece: en lo más profundo de mi mente.

Debería volver al trabajo. Preparar la operación. Hacer cualquier cosa excepto bajar al jardín.

Pero mis pies ya se están moviendo por las escaleras, traicionando años de autodisciplina. El jardín está en silencio, solo roto por el susurro de las hojas.

Me detengo a unos pasos, observándola.

—No deberías estar aquí sola —digo, mi voz un muro de hielo que oculta el fuego que me consume por dentro.

Se sobresalta, pero no grita. Nunca grita. Se gira despacio, y el rubor que tiñe sus mejillas me recuerda por qué debo mantener la distancia. Es demasiado pura, demasiado perfecta para este mundo de sangre y mentiras. Para mí.

—Estoy en el jardín de mi casa —responde, alzando ligeramente la barbilla —. Y tú siempre estás vigilando.

El viento agita su vestido de verano contra sus piernas, y me obligo a mantener la mirada en su rostro. Cualquier otro hombre podría permitirse admirar su belleza. Cualquier otro hombre podría soñar con tocarla.

—El jardín tiene puntos ciegos —digo, y mi voz suena más dura de lo necesario. Mejor así. Mejor que piense que soy el soldado sin corazón que todos creen—. Y los muros no son tan altos como deberían.

Valentina da un paso hacia mí. Huele a vainilla y a pintura, una combinación que hace que me vuelva loco.

—¿Es una manera sutil de decirme que me meta dentro? —Sus ojos color miel brillan con algo parecido a un desafío—. ¿O simplemente te molesta que pinte aquí?

Me molesta no poder protegerte de mí mismo.

—Es tarde —digo, mi voz cortante—. Y hay asuntos que atender esta noche.

Sus ojos brillan con molestia.

Asiente una vez, recogiendo sus materiales. No discute, pero hay algo en la forma en que evita mi mirada que hace que mi pecho se contraiga.

La observo caminar hacia la casa, su vestido meciéndose con cada paso. Cuando llega a la puerta, se gira un momento.

—Si esta noche vas a alguna misión, ten cuidado —susurra, tan bajo que casi lo pierdo.

No respondo. No puedo. Solo me quedo mirando el vacío imaginando una puta realidad en la que pudiera entra con ella a la casa.

Tras eso. Las horas pasan de forma rápida mientras me concentro en terminar de organizar la misión. Quiero evitar las mayores bajas posibles de nuestros soldados en esta jodida misión suicida.

Cuando llega la hora salgo de mi despacho y me dirijo al garaje donde Luca me espera.

El garaje subterráneo está en silencio cuando bajo las escaleras. Encuentro a Luca apoyado contra el Audi negro, jugando con uno de sus cuchillos

favoritos. La hoja brilla bajo las luces fluorescentes mientras la hace girar entre sus dedos.

Abro el maletero y compruebo mi Beretta. Los hombres empiezan a llegar en pequeños grupos. Los veteranos primero: los Bianchi, Giuseppe, Tony y sus soldados. La vieja guardia, los que recuerdan cómo era la familia antes.

Después llegan los nuevos, los que Marco ha ido colocando en posiciones clave. Stefano y sus hombres, todos con trajes caros y relojes de oro. La nueva generación que prefiere los clubes nocturnos a las calles, más preocupados por aparentar poder que por ganárselo.

Marco no aparecerá. Nunca lo hace. Él da las órdenes desde la seguridad de su despacho, mientras sus nuevos favoritos observan cada uno de mis movimientos.

Ese es el motivo por el que la gran mayoría de los soldados no le son leales.

—¿Los túneles están asegurados? —pregunto a Carlo Bianchi, ignorando deliberadamente las miradas de los hombres de Stefano.

—Limpios y despejados —responde Carlo—. Como siempre.

—Los Sposti no esperan problemas esta noche —añade Stefano, su voz teñida de esa arrogancia que solo da la inexperiencia—. Mis contactos en el club dicen que...

—Tus contactos en el club —lo interrumpe Luca, su cuchillo detenido en medio de un giro— son strippers y camareros.

La tensión se palpa en el aire. Los hombres de Stefano se remueven inquietos, sus manos demasiado cerca de sus armas. Los veteranos ni se inmutan.

—Nos vamos en diez minutos —digo, mi voz cortando el momento—. Giuseppe, tus hombres primero. Los Bianchi después. El resto...

—El resto seguiremos el brillante plan de Marco —completa Tony con una sonrisa que no llega a sus ojos—. Un ataque frontal. Simple y directo.

Stefano asiente, satisfecho. No ve el intercambio de miradas entre los veteranos. No entiende que esta noche aprenderá por qué estos soldados han sobrevivido tanto tiempo. Y no es por seguir las órdenes de mi «hermano».

Y por qué algunos hombres inspiran lealtad, mientras otros solo pueden comprarla.

CAPÍTULO 2

VALENTINA

El olor a óleo y aguarrás llena el estudio mientras trabajo en los detalles del vestido de mi bisabuela. Sus ojos, pintados hace más de un siglo, parecen seguir cada movimiento de mi pincel. A veces me pregunto qué pensaría de lo que su familia se ha convertido.

—¿Sabes que cuando mueres, los gases de la descomposición pueden hacer que el cadáver se siente? —comenta Sofia desde el sofá, sin levantar la vista de su libro de medicina forense—. Imagina la cara del tipo de la funeraria.

—¿Es tu manera sutil de decirme que mi bisabuela podría levantarse del cuadro en cualquier momento? —pregunto, conteniendo una sonrisa mientras mezclo un tono exacto de bermellón.

—Solo intento añadir algo de emoción a tu tarde de restauración —responde, pasando una página—. Aunque viendo cómo te mira la vieja, quizás ya hay suficiente drama aquí dentro.

Sofia Leone tiene esa manera única de hacer que lo macabro suene natural. Supongo que es lo que pasa cuando creces siendo la hija del médico de la mafia. Para ella, la muerte es un hecho científico. Para mí, es el aire que respiro en esta casa.

—Papá tuvo una noche movida —dice casualmente—. Tres heridos del asalto a los Sposti. Aparentemente, alguien pensó que un ataque frontal era buena idea.

El tono en su voz me dice exactamente quién fue ese «alguien». Marco y sus brillantes estrategias.

—¿Renzo...? —La pregunta se me escapa antes de poder contenerla. Siento una punzada de dolor por tener que preguntar. Por el hecho de que no hubiera venido a mí.

—Oh, no. Tu guardián está perfectamente —sonríe sin apartar la vista del libro—. De hecho, según escuché, sus hombres no tuvieron ni un rasguño. Curioso, ¿no?

Suelto el aire que no sabía que estaba conteniendo. Sofia finge no darse cuenta, como siempre. Es lo que más agradezco de ella, lo que la convierte en mi mejor amiga: sabe cuándo presionar y cuándo guardar silencio. En un mundo donde cada palabra puede ser un arma, su discreción es un regalo.

La conocí cuando teníamos doce años, la noche que Marco me empujó por las escaleras. Por supuesto, todos creyeron su versión de que «tropecé

jugando». El Dr. Leone vino a atenderme y trajo a Sofia. Mientras él me vendaba el tobillo, ella me contó historias sobre cómo los huesos se pueden romper en treinta y siete formas diferentes. Fue la primera vez que alguien hablaba de la violencia de esta vida sin fingir que no existía.

Nunca le conté a nadie la verdad. Ni siquiera a Renzo. Mi guardián ya odiaba lo suficiente a Marco, el hijo del Don que masacró a su familia, como para darle más razones. Yo solo soy la hija del segundo matrimonio de su padre, la intrusa que vino a complicar la sucesión. A veces me pregunto qué habría hecho Renzo si hubiera sabido que no fue un accidente.

—¿Sabes qué es lo más interesante? —continúa Sofia, cerrando por fin su libro de medicina—. Que los hombres de Marco acabaron en la clínica, pero los veteranos que siguen a Renzo...

—Sofia... —advierto, aunque sin poder ocultar una sonrisa. Ella es la única que se atreve a decir estas cosas en voz alta.

—Solo digo —continúa Sofia, levantándose para examinar el cuadro— que es curioso cómo algunos líderes inspiran lealtad y otros solo consiguen que sus hombres acaben en la mesa de operaciones de mi padre.

Me concentro en los pliegues del vestido de mi bisabuela, intentando no pensar en lo que esas palabras implican. En cómo los hombres miran a Renzo, en cómo lo siguen sin dudar. En cómo él siempre parece estar tres pasos por delante de todos.

El sonido de pasos por el pasillo nos hace callar. Los reconocería en cualquier parte: el andar pesado y arrogante de Marco, y tras él, el movimiento silencioso y felino de Renzo. Mi pincel se detiene a medio trazo.

—Vaya, vaya —la voz de Marco llena la habitación mientras entra—. La pequeña artista y su... amiga.

La pausa antes de «amiga» está calculada para ofender, pero Sofia ni se inmuta. Como hija del médico de la familia, está acostumbrada a moverse entre tiburones.

Renzo entra tras él, su presencia llenando el espacio de una manera completamente diferente. Donde Marco necesita pavonearse, Renzo solo necesita existir. Sus ojos grises recorren la habitación en un movimiento automático, evaluando amenazas incluso aquí, dentro de casa. Cuando se detienen en mí, contengo el aliento.

—¿Todavía perdiendo el tiempo con estos trastos viejos? —Marco se acerca al cuadro, su desdén evidente—. ¿Qué sentido tiene preservar el pasado?

Me obligo a mantener el pulso firme mientras aplico otra pincelada. No le daré la satisfacción de ver cómo me afectan sus palabras.

—El arte es parte de nuestra historia —respondo, mi voz más tranquila de lo que me siento—. Estos «trastos viejos» son el legado de la familia.

La risa de Marco suena como cristal roto.

—¿Familia? Tú mejor que nadie deberías saber lo frágiles que son los lazos familiares, *sorellina*.

El italiano en sus labios suena a burla. Desde el rabillo del ojo, veo cómo los dedos de Renzo se tensan imperceptiblemente sobre el respaldo de una silla. Sofia finge estar absorta en su libro, pero sé que no se le escapa ni un detalle.

—Hablando de negocios familiares —la voz de Renzo corta el aire como un cuchillo—, el mercado del arte mueve millones en efectivo cada año. Las galerías son perfectas para blanquear dinero.

Marco se gira hacia él, súbitamente interesado, olvidando su desdén por mi trabajo. Es fascinante ver cómo Renzo puede redirigir su atención, como un maestro de ajedrez moviendo las piezas exactamente donde quiere.

—¿Has investigado el tema? —pregunta Marco, y casi puedo ver los engranajes girando en su cabeza, calculando beneficios.

—Tengo algunos contactos —responde Renzo, y por un momento nuestras miradas se cruzan. Hay algo en sus ojos grises que hace que se me seque la boca—. Podríamos discutirlo en tu despacho.

Marco asiente y sale de la habitación. Renzo lo sigue, su postura rígida y profesional, como siempre. Ni siquiera me mira al salir, mantiene esa distancia que parece crecer cada día. A veces me pregunto si se da cuenta de cómo contengo la respiración cuando está cerca, de cómo mi cuerpo entero anhela un roce que nunca llega.

Cuando la puerta se cierra, suelto el aire lentamente. Es ridículo cómo su mera presencia puede alterarme así, cómo el sonido de su voz hace que todo mi cuerpo vibre como las cuerdas de un violín.

—Dios mío —murmura Sofia, cerrando su libro de golpe—. La tensión en esta habitación podría cortar diamantes.

—No sé de qué hablas.

Mi amiga suelta una carcajada que hace que me sonroje.

—Por favor. He visto placas de tórax menos transparentes que tú mirándolo.

Vuelvo a concentrarme en el cuadro, pero los trazos del pincel ya no fluyen como antes. Es imposible cuando todavía puedo sentir el fantasma de su presencia, cuando el eco de su voz grave sigue reverberando en mi pecho.

Renzo Caballero. El hombre más letal de Nueva York... y el único que hace que mi corazón se acelere como si fuera una colegiala. El que parece

determinado a mantenerme a distancia.

Sus ojos me siguen por cada habitación, vigilantes, pero nunca hay nada más que ese deber férreo en su mirada. Esa protección inquebrantable que me vuelve loca porque no sé si me protege de los demás... o de él mismo.

CAPÍTULO 3

RENZO

El panteón de los Romano huele a mármol húmedo y flores muertas. Las lápidas se alinean como soldados, nombres y fechas que cuentan la historia de una dinastía criminal. Vittorio Romano descansa en el centro, su tumba más grande que las demás. El hombre que masacró a mi familia y luego me adoptó como un trofeo.

—Deberíamos haberlo volado por los aires —murmura Luca, jugando con uno de sus cuchillos—. Un poco de C-4 bajo cada columna. *Boom*. —Sus ojos brillan con ese destello maniático que tanto inquieta a los nuevos reclutas—. Imagina los pedazos de mármol volando como metralla.

—¿Y desperdiciar tantos años de infiltración? —Mi voz suena más divertida que reprobatoria. Es imposible no sentir cierto afecto por la locura destructiva de Luca.

—Veinte años son muchos años, *fratello* —el cuchillo gira entre sus dedos, hipnótico—. La sangre llama a la sangre. Y la tuya lleva demasiado tiempo esperando.

Me giro hacia él. La luz mortecina que se filtra por los vitrales dibuja sombras extrañas en las cicatrices de sus antebrazos. Luca Salvatore, el hijo de otra familia destruida por los Romano. Mi hermano no de sangre, pero sí de venganza.

—La paciencia es lo que nos diferencia de ellos —respondo, recorriendo con la mirada los nombres tallados en mármol—. Los Romano actúan por impulso, por ego. Nosotros.

—Nosotros llevamos media vida planeando cada detalle —me interrumpe Luca, su voz teñida de esa rabia familiar—. ¿Sabes qué más diferencia hay? Que ellos duermen tranquilos mientras nuestras familias se pudren bajo tierra.

El cuchillo se detiene entre sus dedos. Conozco esa quietud. Es la calma que precede a la tormenta.

—¿Has visto cómo Marco reparte privilegios entre los nuevos? —continúa, y ahora su voz tiene ese filo peligroso que hace que los veteranos se pongan nerviosos—. Les da clubes, territorios... mientras los antiguos soldados tienen que conformarse con las migajas. Está dividiendo la familia, *fratello*. Podríamos usar eso. Un par de gargantas bien cortadas y...

—No —mi voz corta el aire como un látigo—. Cada muerte tiene que parecer natural. Una consecuencia lógica de sus propios errores.

Luca suelta una risa que suena a cristales rotos.

—¿Natural? ¿Como la muerte de tu padre? ¿Como la muerte de mi familia?

El sonido de pasos sobre mármol termina nuestra conversación y marca el inicio de nuestra reunión mensual. Como cada luna llena, el panteón de los Romano se convierte en nuestro cuartel. El último sitio donde cualquiera pensaría encontrarnos. Aquí, rodeados de los muertos de la familia que destruyó la mía, planeamos su caída.

Tony Rossi llega primero, puntual como un reloj suizo. Sus cicatrices brillan bajo la luz de los vitrales mientras escupe discretamente sobre la tumba de Vittorio Romano. Es un gesto pequeño, pero significativo. La vieja guardia nunca olvidó la masacre de los Caballero.

—Los nuevos están expandiendo su territorio —informa mientras se sienta en uno de los bancos de piedra—. Marco les ha prometido el puerto norte.

Los hermanos Bianchi aparecen como sombras gemelas, sus pasos sincronizados por años de trabajo conjunto. Giuseppe llega el último, sus gafas empañadas por la humedad del lugar.

—¿Bajas este mes? —pregunto, manteniendo el ritual de estas reuniones.

—Tres veteranos han *decidido* retirarse —responde Carlo Bianchi, el sarcasmo goteando de cada palabra—. Curiosamente, todos controlaban zonas que ahora pertenecen a los nuevos de Marco.

Luca hace girar su cuchillo más rápido, su inquietud palpable en la penumbra del panteón.

—Los hombres hablan, Renzo —dice Tony, su voz cargada de décadas de lealtad—. Están cansados de ver cómo Marco regala su territorio a matones sin honor. Los veteranos aún recuerdan cuando tu padre verdadero dirigía su propia familia, cuando Vittorio Romano no era más que un capitán mediocre que necesitaba alianzas para mantenerse.

—Y mira cómo pagó esas alianzas —Luca suelta una risa amarga, señalando con su cuchillo la lápida de Vittorio Romano—. Masacrando a todos los que le dieron poder.

—Los veteranos te seguirían —insiste Giuseppe, limpiando sus gafas con meticulosidad—. Un tercio de la familia son hombres que conocieron a los Caballero, que saben que Vittorio solo se hizo fuerte traicionando a sus aliados. Otro tercio son soldados que desprecian a los nuevos de Marco.

—Podríamos tomar el control ahora —la voz de Luca vibra con esa energía contenida que lo hace tan peligroso—. Los hombres están listos. Una noche, *fratello*. Una noche de sangre y todo sería tuyo.

Carlo Bianchi asiente.

—Los nuevos no esperarían un ataque interno. Sería rápido.

—¿Rápido? —mi voz es suave, pero hace que todos se tensen—. ¿Como fue rápida la muerte de nuestras familias?

El silencio que sigue es pesado. Incluso Luca detiene su cuchillo.

—He esperado veinte años —continúo, recorriendo con la mirada cada lápida del panteón—. Veinte años construyendo esta red, ganando la confianza de cada hombre en esta sala. No voy a desperdiciar todo eso por una noche de venganza precipitada.

—Pero Marco... —empieza Giuseppe.

—Marco se está cavando su propia tumba —lo interrumpo—. Cada privilegio que regala, cada veterano que humilla, cada territorio que entrega a sus nuevos matones... son clavos en su ataúd.

Luca resopla, la frustración emanando de cada poro.

—¿Y mientras tanto qué? ¿Nos quedamos mirando cómo destruye todo lo que hemos construido?

Me acerco a la tumba de Vittorio Romano, mis pasos resonando en el mármol. Veinte años y todavía puedo oler la sangre de aquella noche, escuchar las risas antes de que los disparos comenzaran.

—Quiero su sangre tanto como vosotros —mi voz es apenas un susurro, pero hace que todos se inclinen hacia adelante—. Cada noche sueño con arrancarle el corazón. Pero no perderé a un solo hombre leal por precipitarme.

Me giro hacia ellos. La luz de los vitrales tiñe de rojo las cicatrices de Tony, las manos callosas de los Bianchi, el brillo maniático en los ojos de Luca.

—Cuando llegue el momento, su sangre correrá como ríos por estas calles —continúo—. Pero será en nuestros términos. No perderé a ninguno de vosotros por un error de cálculo. No sacrificaré a los hombres que han sangrado conmigo solo por acelerar mi venganza.

Luca se endereza, su cuchillo por fin quieto.

—Los hombres morirían por ti, *fratello*.

—Exactamente —clavo mi mirada en la suya—. Morirían por mí. Y es mi deber asegurarme de que cuando lo hagan, sea por algo más que venganza. Que sea por un futuro que valga la pena.

Giuseppe asiente lentamente.

—¿Y mientras tanto?

—Mientras tanto, seguimos el plan. Documentamos cada error de Marco. Protegemos a los veteranos. Construimos nuestra red. —Una sonrisa fría curva mis labios—. Y cuando llegue el momento, no quedará ni el recuerdo de los Romano.

Me miran con atención.

—Marco no es el único problema —continúo, apoyándome en una de las columnas de mármol—. Los Genovese, los Colombo, las otras familias... todas tienen que estar de nuestro lado cuando caiga el primer dominó.

—Los Genovese odian a Marco —interviene Tony—. Después del ataque del otro día.

—Los Genovese odian a Marco, pero respetan el poder de los Romano —lo interrumpo—. Necesitamos que vean que somos la mejor opción. La única opción.

Luca juguetea con su cuchillo, pero hay un nuevo brillo calculador en sus ojos.

—Los veteranos de las otras familias también están descontentos con sus dones.

—Exacto. —Señalo a los Bianchi—. ¿Cómo va el contacto con los Colombo?

—Su capitán, Alessandro, está receptivo —responde Carlo—. Dice que su don está perdiendo el norte, gastándose fortunas en putas mientras sus soldados apenas pueden mantener a sus familias.

—Bien. Cultivad esa semilla. —Me dirijo a Giuseppe—. ¿Los francotiradores de los Genovese?

—Dimitri tiene influencia sobre ellos. Si lo convencemos...

—Cuando todas las piezas estén en su lugar —interrumpo—, cuando cada familia importante esté de nuestro lado, Marco caerá. Y con él, todo el imperio podrido de los Romano. Pero si nos precipitamos.

—Desataremos la guerra —completa Luca, su voz teñida de una comprensión amarga.

—Exacto. Por eso no nos podemos precipitar.

Media hora después todos se han ido, y yo me dirijo a lo único que queda de mi familia.

Al fondo del cementerio, donde la maleza devora las lápidas olvidadas, enterraron a mis padres como si fueran basura. Lejos del mausoleo central, lejos de las estatuas de ángeles y los jarrones de mármol italiano. El último juego enfermizo de Vittorio: mantener a sus víctimas cerca, como trofeos enterrados en la miseria.

La piedra gris de sus tumbas apenas es visible entre la hierba salvaje. Sin nombres, sin fechas. Solo dos placas idénticas que podrían pertenecer a cualquiera. Como si los Romano quisieran borrar hasta el último rastro de su existencia, como si quisieran que el mundo olvidara que una vez existió una familia que se atrevió a confiar en ellos.

Pero yo jamás lo olvidaré.

—¿Veis lo que han construido con vuestra muerte? —mi voz es un gruñido bajo, cargado de dos décadas de odio contenido—. ¿Veis cómo presumen de un imperio levantado sobre vuestra sangre?

Mis puños se cierran hasta que los nudillos crujen. No me arrodillo. No hoy. No cuando todavía puedo oler la pólvora de aquella noche, cuando todavía puedo escuchar la risa de Vittorio mientras sus hombres ejecutaban a mi familia.

—Os juro que los haré pagar por cada segundo de humillación —el juramento sale como una promesa grabada en sangre—. Les arrancaré todo lo que aman, como ellos me lo arrancaron a mí. Y cuando no quede nada de su imperio, cuando su nombre sea solo cenizas en el viento, os construiré un mausoleo que hará parecer una choza la tumba de Vittorio.

La luna ilumina las lápidas descuidadas, y por un momento casi puedo ver la sangre que empapa esta tierra. La sangre de mi familia, la sangre que clama venganza.

—Pronto —prometo, y hay algo letal en mi voz, algo que haría temblar hasta a los muertos—. Todo tiene que ser perfecto. Porque esta vez, cuando la sangre corra por las calles de Nueva York, será la suya.

VALENTINA

Las noches en la mansión Romano son interminables. Me conozco de memoria cada sombra, cada crujido del parqué centenario, cada susurro del viento entre los pesados cortinajes de seda. Esta casa, con sus suelos de mármol italiano y sus obras de arte invaluables, es mi jaula dorada. Una prisión tan hermosa que a veces incluso yo olvido que sigo siendo una prisionera.

El reloj de pie del pasillo marca las tres de la madrugada con su tictac implacable. No importa cuánto intente dormir, el sueño me elude como un amante esquivo. Siempre ha sido así. Como si mi cuerpo supiera, desde que era niña, que este lugar, esta vida perfectamente orquestada, no es más que una hermosa mentira. Una fachada impecable que oculta la podredumbre bajo su superficie.

Mis pies descalzos no hacen ruido sobre el mármol frío. He aprendido a moverme como una sombra en esta casa, a existir sin ser notada. Es más seguro así. Menos preguntas, menos atención, menos oportunidades para que Marco encuentre nuevas formas de recordarme mi lugar en la familia.

La cocina es mi refugio en estas horas muertas. El único espacio donde las paredes no parecen observarme, donde el peso de ser una Romano no aplasta mis pulmones. Aquí puedo ser simplemente Valentina, no la hija de otro

matrimonio, no la pieza de intercambio que Marco guarda para el mejor postor. Solo una chica que no puede dormir.

Me gusta imaginar que, en otra vida, en otro mundo, podría ser normal. Podría bajar a la cocina por un vaso de leche sin que eso fuera un acto de rebeldía. Podría existir sin que cada uno de mis movimientos estuviera vigilado, calculado, medido.

Pero esta noche, cuando mis dedos rozan el pomo de la puerta, algo es diferente. Lo siento antes de verlo: esa energía eléctrica que solo él emana, esa presencia que hace que mi piel se erice y mi corazón tropiece en su ritmo.

Renzo está allí, su figura recortada contra la tenue luz que se filtra por la ventana. La luna dibuja sombras plateadas en su perfil, y por un momento, un precioso instante, me permito observarlo sin las barreras que normalmente nos separan. La forma en que sus hombros anchos tensan la camisa negra, cómo sus dedos rodean la taza con esa elegancia letal que lo caracteriza. Hay una quietud en él que resulta más amenazante que cualquier movimiento brusco, como un depredador en reposo.

En noches como esta, cuando el mundo duerme y las máscaras caen, casi puedo imaginar que somos personas normales. Que él no es el soldado más letal de la familia, que yo no soy la hermanastra de la familia que masacró a la suya. Que podríamos ser simplemente un hombre y una mujer, encontrándose por casualidad en una cocina a medianoche.

Pero entonces él se gira, y sus ojos grises me atraviesan con esa mirada que conozco tan bien. Fría. Profesional. La mirada de un guardián a su protegida.

—Deberías estar durmiendo —su voz grave rompe el silencio, y con él, mi pequeña fantasía. No hay calidez en sus palabras, solo ese tono controlado que usa conmigo. El tono que me recuerda que para él no soy más que otra responsabilidad, otro deber que cumplir en su interminable lista de obligaciones.

Y como cada noche, como cada momento que compartimos, ese recordatorio duele más que cualquier rechazo directo.

CAPÍTULO 4

RENZO

El salón principal de la mansión Romano brilla esta noche como una joya falsa. Arañas de cristal de Murano derraman su luz dorada sobre mármoles italianos y tapices centenarios. El aire huele a perfumes caros y ambición. A mentiras envueltas en seda y bañadas en champán.

Observo la escena desde mi posición junto a una de las columnas de mármol negro. Los invitados flotan por el espacio como tiburones disfrazados de peces tropicales. Todos sonríen, todos fingen. Los Genovese charlando con los Colombo como si no se hubieran estado matando hace una semana. Las esposas de los capos exhibiendo joyas manchadas de sangre, riendo como si sus maridos no tuvieran las manos llenas de muerte.

Marco está en su elemento, el muy cabrón. Es el centro de atención, como siempre. Su traje de diez mil dólares y su sonrisa practicada mientras presume ante los otros herederos. Un grupo de mujeres lo rodea, bebiendo cada una de sus palabras como si fueran oro líquido. Patético.

—Si sigues mirándolo así, la gente podría pensar que planeas matarlo —murmura Luca a mi lado, su voz teñida de ese humor oscuro que lo caracteriza.

—¿Y no es así, *fratello*? —respondo sin apartar la mirada de la escena.

El murmullo de la fiesta cambia de tono. Como una ola que retrocede antes del tsunami. Y entonces la veo.

Valentina.

Que Dios me ayude, porque esta mujer será mi perdición. El vestido negro se desliza sobre su piel como agua oscura, cada movimiento una tortura exquisita para mis sentidos. La tela abraza sus curvas de una manera que debería ser ilegal, dibujando una silueta que hace que se me seque la boca. La espalda descubierta revela centímetros interminables de piel que mis dedos ansían tocar, que mi boca arde por probar.

Su pelo cae en ondas suaves sobre sus hombros desnudos, y el recuerdo de su aroma a vainilla y flores de naranjo me golpea como un puñetazo en el estómago. Cada vez que gira, cuando la falda del vestido se mueve revelando un atisbo de muslo, siento que mi autocontrol se desmorona un poco más.

Y el resto de la fiesta pierde sentido a mi alrededor. Ya solo tengo ojos para ella.

Es jodidamente perfecta. La forma en que se mueve, con esa gracia natural que ninguna cantidad de dinero puede comprar. Cómo sus labios se curvan en una sonrisa educada que no llega a sus ojos. El rubor que tiñe sus mejillas cuando algún heredero se inclina demasiado cerca, haciendo que mis dedos se crispen alrededor de la copa de champán.

—Como sigas apretando así el cristal, vas a tener que explicar por qué hay sangre en la alfombra italiana —murmura Luca, pero apenas lo escucho.

Porque Valentina acaba de reír por algo que alguien ha dicho, y el sonido hace que algo primitivo se retuerza en mi interior. Su risa, esa risa genuina que tan pocas veces deja escapar, es como música en medio de esta sinfonía de falsedades. Y cuando echa la cabeza hacia atrás, exponiendo la línea delicada de su cuello, tengo que contener el gruñido que amenaza con escapar de mi garganta.

Marco la pasea como un trofeo, su mano en el codo de ella mientras la presenta a cada hombre de la puta fiesta. Y con cada toque, con cada mirada lasciva que estos buitres le dedican, la bestia en mi interior ruge por sangre.

Debería estar concentrado en la seguridad. En los guardaespaldas de los Genovese, que llevan toda la noche tocándose el costado donde ocultan sus armas. En cómo los hombres de los Colombo se han situado estratégicamente cerca de las salidas. En cualquier cosa excepto en cómo el vestido de Valentina se ciñe a la curva de su cintura.

Pero esta noche es una tortura especialmente diseñada para mí. La forma en que su piel parece brillar bajo las luces de las arañas, como si estuviera hecha de oro líquido. El movimiento hipnótico de sus caderas cuando camina. Esa manera suya de morderse el labio inferior cuando está nerviosa, un gesto tan inocente que hace que mi mente se llene de pensamientos que me condenarán al infierno.

Sofia Leone está con ella, gracias a Dios. Al menos alguien en esta sala tiene dos dedos de frente. La hija del médico mantiene alejados a los más insistentes con ese humor ácido suyo que tanto me recuerda a Luca. Pero incluso ella no puede hacer nada cuando Marco decide presentar a Valentina al hijo menor de los Genovese.

Antonio Genovese. Veinticinco años y ya tiene cientos de muertos en su consciencia. El tipo de heredero que confunde la crueldad con el poder. Lo he visto torturar a un hombre durante horas solo porque le pareció divertido.

Y ahora está mirando a Valentina como si fuera un trozo de carne.

—Respira, *fratello* —murmura Luca—. Si lo matas aquí, tendremos una guerra entre familias.

Mis nudillos crujen alrededor de la copa cuando Antonio se inclina demasiado cerca de ella, invadiendo su espacio personal. El rubor en las mejillas de Valentina ya no es de timidez, sino de incomodidad. Pero mantiene la sonrisa, porque es lo que se espera de ella. Lo que Marco exige.

El hijo de puta de Genovese levanta una mano, sus dedos rozando el brazo desnudo de Valentina en una caricia que hace que la sangre me hierva en las venas. Puedo ver cómo ella se tensa, cómo su cuerpo entero rechaza el contacto, aunque su rostro mantenga esa máscara de cortesía.

—Renzo... —la advertencia de Luca llega demasiado tarde.

El cristal de la copa se hace añicos en mi mano.

Antes de ser consciente de lo que hago, estoy cruzando el salón. Mi cuerpo se mueve con esa calma letal que hace que los invitados se aparten instintivamente de mi camino. La sangre gotea de mi mano, pero apenas noto el dolor. Solo veo los dedos de ese bastardo sobre la piel de Valentina.

—Señor Genovese —mi voz suena engañosamente tranquila cuando me interpongo entre ellos—. Tenemos información sobre el cargamento que perdieron la semana pasada. Creemos saber quién filtró la ruta —la mentira sale de mi boca con total tranquiliadad.

Es el tipo de carnada que ningún heredero puede resistir. El ego y la venganza, las dos debilidades de los hijos de la mafia. Antonio duda, su mano todavía flotando en el aire donde la piel de Valentina estaba hace un segundo.

—Estábamos en medio de una conversación... —empieza, pero mi sonrisa hace que se trague el resto de la frase.

—Los traidores no esperan —murmuro, solo para sus oídos—. Y tengo nombres.

Sofia, bendita sea, aprovecha el momento para llevarse a Valentina con una excusa sobre retocar su maquillaje. La veo alejarse, su espalda desnuda como un recordatorio de lo que este pedazo de mierda se ha atrevido a tocar.

—Por aquí —indico, señalando el pasillo que lleva al ala oeste. Hacia las habitaciones privadas donde los gritos no llegarán a la fiesta.

VALENTINA

Las fiestas de la familia son un ejercicio de contención. Sonríe, pero no demasiado. Sé amable, pero no demasiado accesible. Mantén la espalda recta, los hombros relajados, la copa de champán siempre medio llena para que nadie insista en rellenarla.

Sofia está a mi lado, mi ancla en medio de este océano de falsedad. Su comentario mordaz sobre el nuevo *trabajo* del cirujano plástico de la señora

Colombo me arranca una sonrisa genuina, la primera de la noche.

—Si se estira más la piel, cuando parpadee se le levantará la falda —murmura, y tengo que fingir una tos para ocultar mi risa.

Pero incluso las bromas de Sofia no pueden distraerme completamente de *su* presencia. Renzo se mantiene en las sombras, como siempre, pero puedo sentir el peso de su mirada siguiendo cada uno de mis movimientos. Debería sentirme incómoda. En cambio, su vigilancia constante es lo único que me permite respirar en medio de esta farsa.

El vestido negro que Marco insistió en que llevara esta noche me hace sentir expuesta. La espalda descubierta, el corte que revela más pierna de la que me gustaría... todo está calculado para exhibirme. Para venderme al mejor postor. Mi estómago se revuelve cada vez que Marco me presenta a otro heredero, cada vez que veo esa mirada calculadora en sus ojos mientras evalúa posibles alianzas matrimoniales.

Pero no lo permitiré. Antes me fugaría que dejar que me use como moneda de cambio. Ya he trazado rutas de escape, guardado dinero en una cuenta secreta que ni siquiera Sofia conoce. Si Renzo no puede ser mío —y Dios sabe que he intentado arrancarme este amor imposible del pecho—, entonces no seré de nadie. Prefiero vivir sola el resto de mi vida que despertar cada mañana junto a uno de estos herederos mientras mi corazón sangra por él.

Cuando noto los ojos de Renzo recorriendo la piel desnuda de mi espalda, el calor que se extiende por mi cuerpo me recuerda por qué ningún otro hombre podrá jamás compararse. ¿Cómo podría conformarme con menos cuando he conocido lo que es arder bajo su mirada?

Marco está en su elemento, rodeado de mujeres que ríen sus bromas como si fueran lo más ingenioso del mundo. Me pregunto si saben que usa la misma sonrisa ensayada con todas, que sus cumplidos son tan falsos como los diamantes que llevan al cuello.

—Dios mío, tu hermano es tan... —suspira una de las herederas Colombo, sus ojos brillantes de adoración.

—¿Ególatra? ¿Manipulador? —murmura Sofia, solo para mis oídos—. ¿Un completo idiota con traje de diez mil dólares?

Contengo una sonrisa mientras observo a Marco pavonearse. A veces me pregunto si estas mujeres son ciegas o simplemente prefieren fingir que no ven la idiotez tras su encanto superficial.

El murmullo de la fiesta cambia cuando Antonio Genovese se acerca. Lo he visto antes en otras reuniones, siempre rodeado de matones que ríen sus bromas como hienas. Esta noche lleva un traje gris que probablemente cuesta

más que un coche, pero hay algo en su forma de moverse que me pone la piel de gallina.

—Señorita Romano —su voz es suave, estudiadamente seductora—. Está absolutamente deslumbrante esta noche.

Noto cómo la mirada de Renzo se clava en nosotros desde el otro lado del salón. El peso de sus ojos grises sobre mi piel es como una caricia fantasma. Me hace sentir segura.

—Es muy amable —respondo con esa sonrisa educada que he perfeccionado durante años, tratando de decirle que no estoy interesada.

Pero Antonio no capta la indirecta. O quizás simplemente no le importa. Se acerca más, invadiendo mi espacio personal de una manera que hace que mi estómago se revuelva. Su colonia cara no logra ocultar completamente el olor a tabaco y whisky.

—¿Sabe? He estado hablando con su hermano sobre posibles... alianzas entre nuestras familias.

Sus dedos rozan mi brazo desnudo y tengo que contener el impulso de apartarme. Sofia se tensa a mi lado, pero antes de que pueda intervenir, veo algo que me hace contener el aliento.

Renzo está cruzando el salón hacia nosotros, y hay algo en su forma de moverse que nunca había visto antes. Una calma letal, como la quietud antes de una tormenta.

Cuando se interpone entre Antonio y yo, el aire parece cargarse de electricidad. Su espalda, ancha y tensa bajo el traje negro, es como un muro entre mi cuerpo y el heredero Genovese. Y aunque sus palabras sobre un cargamento perdido suenan tranquilas, hay algo en su voz que hace que se me seque la boca.

—Valentina —la voz de Sofia me sobresalta—. Ven conmigo al tocador. *Ahora*.

Pero mientras me alejo, veo cómo Renzo guía a Antonio hacia el pasillo oeste. No puedo dejar de mirarlo.

—Sofia —susurro, mi corazón latiendo con fuerza—. Ese pasillo...

—Lo sé —responde ella, tirando de mi brazo—. Y por la forma en que tu guardián lo mira, creo que el señor Genovese está a punto de tener un accidente muy desafortunado.

Debería sentir miedo. Horror. Cualquier cosa excepto este calor que se extiende por mi vientre al pensar en Renzo defendiendo mi honor como un caballero oscuro de cuento macabro.

Sé que deberíamos alejarnos de ellos, pero el sentido común parece haberme abandonado hace tiempo.

Seguimos a los hombres a una distancia prudente, tratando de no hacer ruido con nuestros tocones sobre el suelo. El pasillo oeste está sumido en penumbras, iluminado solo por apliques de cristal que arrojan sombras dramáticas sobre las paredes tapizadas.

—Vamos, quiero ver qué se proponen, aunque me hago una idea —murmura Sofia, tirando de mi brazo cuando dudo.

Nos detenemos al doblar la esquina, justo cuando la voz de Antonio resuena contra las paredes:

—¿Y bien? ¿Quién filtró la ruta?

El sonido que sigue hace que se me hiele la sangre. Es metálico, como huesos crujiendo. El grito ahogado de Antonio retumba en las paredes.

—Esta mano que has puesto sobre ella —la voz de Renzo es apenas un susurro, pero hay algo en ella que hace que un escalofrío me recorra la espalda. No es miedo. Es algo más primitivo, más oscuro—. No volverá a tocar a nadie en mucho tiempo.

—¡Estás loco! ¡Mi padre…!

Otro crujido. Otro grito ahogado.

—Deberías haber aprendido modales —la calma en la voz de Renzo es más aterradora que cualquier amenaza—. Nadie toca a Valentina. ¿Lo has entendido?

Debería estar horrorizada. Debería querer huir. En cambio, cada palabra de Renzo, cada sonido de violencia contenida, hace que algo se retuerza en mi interior. Algo caliente y peligroso que me hace preguntarme qué clase de persona soy realmente.

—Fascinante, ¿verdad? —susurra Sofia, sus ojos brillando con interés científico—. La forma en que aplica presión exactamente en los puntos correctos. Mi padre siempre dice que Renzo tiene un don para la anatomía.

Antonio no deja de gritar.

—Señor Genovese —la voz de Luca interrumpe sus quejidos—. Parece que se ha tropezado. Déjeme ayudarle a limpiarse. Conozco un médico discreto que puede atender esa mano.

Me giro para irme, mis piernas temblando, pero no de miedo. No quiero que me descubra. La última imagen que veo es a Renzo ajustándose el puño de la camisa, tan elegante y letal como siempre.

Y mientras regresamos a la fiesta, mientras Sofia comenta con fascinación profesional los distintos tipos de fracturas que ha debido causarle, todo en lo que puedo pensar es en cómo las manos de Renzo, esas manos capaces de tanta brutalidad, siempre son tan controladas cuando está cerca de mí.

¿En qué me convierte eso? ¿Qué dice de mí que la violencia de Renzo, en lugar de repelerme, solo hace que mi pulso se acelere y mi piel arda?

CAPÍTULO 5

VALENTINA

La notificación del email llega mientras desayuno en la terraza. El tintineo hace que aparte la vista del libro que estoy leyendo, una biografía sobre Artemisia Gentileschi que Sofia me prestó la semana pasada.

«*Estimada señorita Romano,*

Nos complace informarle que su candidatura para el programa de profesores asistentes ha sido seleccionada. Su trabajo de investigación sobre técnicas de restauración en el Renacimiento temprano ha impresionado enormemente al comité. Consideramos que su perspectiva innovadora y su experiencia práctica serían una valiosa adición a nuestro departamento.»

Mi corazón se acelera hasta el punto de que es lo único que puedo escuchar.

Me quedo mirando la pantalla, incrédula. Hace dos meses, cuando envié mi candidatura, estaba convencida de que era una pérdida de tiempo. ¿Quién querría a una restauradora sin experiencia docente? Y, sin embargo, aquí está: me han elegido.

Releo el email tres veces, mi corazón latiendo cada vez más rápido. Las palabras «*ha impresionado enormemente*» hacen que algo se agite en mi pecho. Por primera vez, alguien valora algo que he hecho por mí misma, no por mi apellido.

No por la familia a la que pertenezco.

Mis manos tiemblan mientras marco el número de Sofia. Ella responde al segundo tono.

—¿Sí? —la voz somnolienta de Sofia me hace darme cuenta de lo temprano que es.

—Me han cogido —susurro, todavía sin poder creerlo—. Sofia, me han elegido para dar clases en la universidad.

—¡Lo sabía! —su grito de alegría me hace sonreír—. ¿Has visto? Y tú que decías que era una pérdida de tiempo presentar la solicitud.

Mi sonrisa se desvanece.

—Todavía tengo que conseguir el permiso de Marco.

El silencio al otro lado de la línea es pesado.

—Val —la voz de Sofia se vuelve seria—. Tienes que luchar por esto. Es tu oportunidad de hacer algo que realmente amas, de ser más que la hermana perfecta que todos esperan que seas.

—Pero...

—Nada de peros. ¿Recuerdas lo que me dijiste cuando empecé la carrera de medicina? Que tenía que atreverme a ser más que la hija del médico de la familia. Ahora te toca a ti ser valiente.

Miro el email otra vez. «*Su perspectiva innovadora*», «*valiosa adición*»... palabras que hacen que mi corazón se acelere con una mezcla de orgullo y miedo.

—¿Y si dice que no?

—Entonces al menos sabrás que lo intentaste —responde Sofia—. Ve a hablar con él ahora, antes de que los negocios de la familia lo pongan de mal humor.

Cuelgo y miro mi reflejo en la pantalla del portátil. Mejillas sonrojadas por la emoción, ojos brillantes de esperanza. Por un momento, me permito soñar con un futuro diferente. Uno donde no soy solo la hermana de Marco Romano, sino alguien por derecho propio. La clase de mujer en la que Renzo se fijaría.

El corazón se me acelera todavía más. Tengo que intentarlo.

Me levanto, dejando el desayuno a medio terminar. Con cada paso hacia el despacho de Marco, intento reunir el valor que necesito. Sofia tiene razón: me lo debo a mí misma.

Me detengo frente a su puerta, cojo aire y entro, sin permitirme pensar en lo que estoy haciendo para no acobardarme.

El despacho de Marco huele a cuero y poder. Las paredes están forradas de madera oscura y libros que nunca ha leído, una fachada de cultura tan falsa como su sonrisa. Cuando entro, está revisando documentos tras su escritorio de caoba. Ni siquiera levanta la vista.

—¿Qué quieres? —su tono es el mismo que usa con los sirvientes.

Aprieto el móvil en mi mano, donde todavía brilla el email de la universidad.

—Necesito hablar contigo de algo importante.

Finalmente alza la mirada, sus ojos evaluándome con ese desdén que reserva para cuando estamos solos.

—¿Y bien?

—Me han ofrecido un puesto como profesora asistente en la universidad —las palabras salen atropelladamente—. En el departamento de restauración. Han dicho que mi trabajo es innovador y...

Su risa me corta como un cuchillo.

—¿Profesora? —se levanta, rodeando el escritorio—. ¿Te has vuelto loca? ¿Una Romano dando clases como una vulgar empleada?

Se acerca a mí, amenazante.

—No es... no sería así. Es una posición respetable, y mi investigación...

—¿Tu investigación? —su voz destila veneno—. ¿Esos jueguecitos con pinceles y pinturas viejas? —agarra mi teléfono antes de que pueda impedirlo —. Esto se acabó.

—Marco, por favor...

—¡Silencio! —ruge, y por un momento veo al verdadero Marco, el que se esconde tras la máscara de heredero refinado—. Alessandro, ven aquí.

Su guardia personal aparece en la puerta. No me había dado cuenta de que estaba ahí.

—Recoge todas las pinturas y materiales de restauración de mi hermana —ordena Marco—. Todo. Los pinceles, los lienzos, los libros. Tíralo todo.

—¡No! —mi grito suena patético incluso a mis propios oídos—. Marco, por favor, algunos de esos pinceles los hice yo misma, son...

—¿Irremplazables? —su sonrisa es cruel—. Mejor. Así aprenderás cuál es tu lugar en esta familia.

Me quedo paralizada mientras Alessandro y otros dos hombres suben a mi habitación. Los escucho arrastrando mis cosas, tirando al suelo el trabajo de años. Cuando intento seguirlos, Marco me agarra del brazo.

—Vas a quedarte aquí y vas a ver cómo tiran toda esa basura —su agarre es como un grillete—. Y la próxima vez que se te ocurra que puedes ser algo más que lo que yo decida, recuerda este momento.

Las lágrimas corren por mis mejillas mientras escucho el sonido de mis pertenencias siendo arrojadas al contenedor. Cada golpe es como un puñal en mi corazón. Entre los objetos que caen distingo el estuche de pinceles que me llevó meses fabricar, cada uno diseñado específicamente para diferentes técnicas de restauración.

Cuando por fin me suelta, mis piernas apenas me sostienen.

—Lárgate de aquí —ordena, volviendo a sus documentos como si nada hubiera pasado—. Y agradece que no le cuente a la familia lo cerca que has estado de avergonzarnos a todos.

Salgo corriendo, pero no voy a mi habitación. No puedo soportar verla vacía, despojada de todo lo que me hacía ser yo. En su lugar, me escondo en uno de los rincones del jardín, donde nadie puede verme llorar.

No sé cuánto tiempo paso allí, pero cuando el sol empieza a ponerse, mis lágrimas se han secado. Solo queda un vacío frío donde antes había esperanza. Odio a Marco con todas mis fuerzas. En vez de dolor solo siento una furia abrasadora por todo lo que querría decirle y me tengo que callar.

¿Qué sentido tiene mi vida si no puedo pintar ni tener a Renzo?

RENZO

Vuelvo a la mansión al anochecer. La misión ha sido un éxito, pero hay sangre seca en mis nudillos y el sabor metálico de la violencia todavía en mi boca. Solo quiero una ducha y olvidar las súplicas del traidor que hemos interrogado esta tarde.

Entonces la veo.

Está en la terraza de la biblioteca, un lugar donde suele refugiarse para leer. La escasa luz arranca destellos cobrizos de su pelo, y por un momento me permito observarla, sabiendo que debería seguir mi camino. No es prudente acercarme a ella cuando todavía tengo la violencia corriendo por mis venas, cuando mis manos todavía recuerdan el placer oscuro de hacer daño.

Cuando la bestia está tan cerca de la superficie.

Me giro hacia las escaleras que llevan a mi habitación. Es lo más sensato. Lo más seguro para ambos.

Pero entonces ella mueve la cabeza, y la luz revela el brillo de lágrimas en sus mejillas.

Antes de ser consciente de lo que hago, mis pies ya me están llevando hacia la terraza. Cada paso es una batalla entre el deber y este instinto primitivo que me exige protegerla. Cuando llego a su lado, la furia apenas contenida hace que mi voz suene como un gruñido.

—¿Qué ha pasado?

Ella no se mueve, pero veo cómo sus hombros se tensan bajo la tela del vestido. El silencio se alarga.

—No es nada —su voz suena pequeña, casi frágil—. No deberías preocuparte.

Conozco esa voz. Es la misma que usa cuando intenta que nadie note que está sufriendo, cuando pretende ser la perfecta hija de los Romano. La odio casi tanto como odio verla llorar.

—Valentina —mi voz suena más dura de lo que pretendo—. Mírame.

Se gira despacio, como si cada movimiento le costara un esfuerzo infinito. Tiene los ojos enrojecidos y brillantes por las lágrimas, pero mantiene la barbilla alta. Siempre tan fuerte, incluso cuando se está rompiendo por dentro.

—De verdad, Renzo —intenta sonreír, pero el gesto es tan falso que hace que algo se retuerza en mi pecho—. No quiero causarte problemas. Ya tienes suficiente con...

—¿Con qué? —doy un paso hacia ella—. ¿Con protegerte? ¿Con asegurarme de que estés bien? ¿Es eso un problema para ti?

Un sollozo escapa de su garganta, y el sonido hace que la bestia en mi interior ruja por sangre.

—No quiero que te metas en problemas por mi culpa —susurra, apartando la mirada—. No cuando Marco...

Se interrumpe, pero el nombre de su hermanastro flota entre nosotros como veneno. Aprieto los puños, luchando contra el impulso de acercarme más, de tocarla.

—¿Qué ha hecho Marco?

—Nada que no tenga derecho a hacer —su voz suena derrotada—. Es el cabeza de familia, puede hacer lo que quiera.

—Valentina —la interrumpo, y esta vez mi voz suena como lo que soy: un depredador apenas contenido—. ¿Qué. Ha. Hecho?

La veo dudar, mordiéndose el labio inferior. El gesto hace que tenga que apartar la mirada un segundo, recordándome por qué mantengo siempre esta distancia entre nosotros.

—La universidad me ofreció un puesto —dice finalmente, tan bajo que apenas la oigo—. Como profesora asistente en restauración. Pensé... fui tan estúpida de pensar que podría tener algo mío, algo que no fuera solo el apellido Romano.

El silencio que sigue a sus palabras está cargado de una derrota que nunca había visto en ella. Valentina, que siempre encuentra luz incluso en los rincones más oscuros de esta familia, parece haberse apagado.

—¿Qué te dijo? —pregunto, aunque ya puedo imaginar la escena: Marco en su despacho, jugando a ser el Don que nunca será.

Sus dedos juegan nerviosamente con el borde de su vestido.

—Se rio. Dijo que una Romano no podía rebajarse a ser una simple empleada. Y entonces...

Se detiene, como si el recuerdo fuera demasiado doloroso.

—¿Entonces qué? —mi voz suena peligrosamente suave.

—Llamó a sus hombres —otra lágrima cae—. Les ordenó que subieran a mi habitación y tiraran todo. Mis materiales, mis libros... Todo lo que tenía que ver con la restauración.

Tengo que contener el puto gruñido que amenaza con abandonarme. Ese cabrón. ¿Cómo se atreve a hacerle daño?

Siento ganas de ir a buscarlo y arrancarle la cabeza del cuerpo solo por atreverse a hacerla sufrir, pero si lo mato ahora solo la pondré en peligro. No quiero que haya una guerra en la que la pueda salir herir.

Pero tengo que arreglar su dolor de otra manera. De cualquier manera.

—Voy a comprarte otros —las palabras salen antes de poder contenerlas—. Mejores.

Su risa suena rota.

—Algunos eran únicos, Renzo. Los pinceles... los fabriqué yo misma. Cada uno diseñado específicamente para diferentes técnicas. Me llevó meses perfeccionarlos.

La miro apretar los puños, sus nudillos blancos por la tensión. Hay algo devastador en ver cómo intenta contener las lágrimas, en cómo se esfuerza por mantener la compostura incluso ahora.

—¿Dónde los han tirado? —pregunto, y mi voz suena como hielo sobre acero.

—Los echaron en el contenedor, pero hace horas que el camión pasó a recogerlo —responde.

Ahora estarán en el vertedero municipal. A las afueras de la ciudad, vigilado, con acceso restringido. El muy hijo de puta lo ha calculado bien: asegurándose de que sea prácticamente imposible recuperar nada.

—¿Cuándo se los han llevado?

—Hace unas horas —susurra.

Tiempo suficiente para que estén enterrados bajo toneladas de basura. Marco siempre ha sido meticuloso en sus crueldades, siempre asegurándose de que el daño sea irreversible.

—Renzo —su mano toca mi brazo, y el contacto quema a través de la tela de mi camisa—. Por favor, déjalo estar. No quiero que esto cause más problemas entre Marco y tú.

La miro. Hay tanto miedo en sus ojos, tanta preocupación... por mí. Como si yo fuera lo importante aquí, y no el hecho de que su propio hermano acaba de destruir su trabajo.

—Ve a descansar —digo, y mi voz suena como una orden más que como una sugerencia.

—No —sus dedos se aferran a mi brazo—. Conozco esa mirada, Renzo. No puedes enfrentarte a Marco por esto. No vale la pena.

La miro. Es increíble cómo puede preocuparse por los demás incluso cuando es ella la que está sufriendo. Típico de Valentina: siempre intentando evitar conflictos, siempre sacrificándose.

—Es tarde —respondo, manteniendo mi tono neutral mientras me deshago suavemente de su agarre—. Deberías entrar.

No es una sugerencia. La veo dudar, mordiéndose el labio inferior. Sabe que estoy ocultando algo, pero también sabe que no conseguirá nada más de mí esta noche.

—Renzo... —empieza, pero la interrumpo con una mirada.

—Entra, Valentina.

La observo entrar en la casa, su vestido meciéndose con cada paso. Solo cuando desaparece de mi vista saco el teléfono.

—Luca —ni siquiera espero a que salude—. Necesito que averigües qué ruta ha tomado el camión de basura que ha salido de la mansión esta tarde.

—¿Problemas? —puedo oír el sonido metálico de su cuchillo al otro lado de la línea.

—Marco ha tirado las cosas de Valentina al vertedero municipal.

Un silencio. Luca entiende las implicaciones mejor que nadie.

—El vertedero está vigilado —dice finalmente—. Y los Genovese controlan esa zona.

—Por eso te necesito a ti y no a cualquier matón.

Su risa suena afilada como una navaja.

—Dame media hora.

Cuelgo y miro hacia la ventana de Valentina. La luz de su habitación ya está encendida, y por un momento me pregunto si estará llorando. La idea hace que mis dedos se crispen, ansiando el cuello de Marco.

Pero no es el momento. Primero tengo que recuperar lo que es suyo.

Media hora después, el Audi negro se desliza en silencio por las calles vacías. Luca conduce mientras juega con su cuchillo, el metal destellando bajo las farolas.

—Los Genovese tienen tres turnos de vigilancia —informa sin apartar la vista de la carretera—. El de medianoche es el más débil: dos hombres en la entrada principal y otros dos patrullando el perímetro.

—¿El camión?

—Descargó en la zona este, cerca de los contenedores industriales —el cuchillo gira entre sus dedos—. Mis contactos dicen que todavía no han compactado esa sección.

Asiento. Al menos algo sale bien. Marco habrá calculado cada movimiento, pero no contaba con la red de informantes que Luca y yo hemos construido durante años.

—¿Quieres que me encargue de los guardias? —pregunta Luca, y hay un brillo peligroso en sus ojos—. Hace tiempo que no practico con objetivos móviles.

—Sin bajas —respondo—. No necesitamos una guerra con los Genovese. No esta noche.

Luca resopla, pero guarda el cuchillo. Conoce ese tono. Es el mismo que uso cuando planeo cada movimiento de nuestra venganza contra los Romano.

—¿Todo esto por unos pinceles? —murmura, estudiándome de reojo.

No respondo. No puedo explicarle que no son solo unos pinceles. Que es todo lo que representan: el talento de Valentina, sus sueños, su independencia. Todo lo que Marco intenta destruir.

Las siguientes horas pasan entre peleas y mierda, mucha mierda. Pero al final encontramos lo que estaba buscando y por fin puedo descansar. Jamás dejaré que Valentina sufra.

No si sigo respirando.

Volvemos a la mansión cuando el cielo empieza a clarear. La operación ha sido limpia, pero el barro del vertedero ha dejado marcas delatoras en mi ropa. Un error de novato. Debería haberme cambiado antes de volver.

—¿Seguro que no quieres que mate a alguno de los guardias? —pregunta Luca mientras aparca—. Ya sabes, para que no hablen.

—No —respondo, limpiando el último resto de suciedad de mis manos—. Si intentamos ocultarlo, solo levantaremos más sospechas.

Luca asiente, pero hay algo en su mirada que me dice que está pensando lo mismo que yo: he sido descuidado. Me he expuesto demasiado por unos malditos pinceles.

Miro una última vez hacia la ventana de Valentina antes de dirigirme a mi habitación. La bolsa con sus materiales pesa en mi mano como una confesión que nunca le haré.

Mañana tendré que encontrar la forma de devolvérselos sin que parezca lo que es: una debilidad que no puedo permitirme. Una grieta en la armadura que he tardado años en forjar.

Marco no puede enterarse. No puede saber que hay algo, *alguien*, capaz de hacerme arriesgar todo. No con lo que le gusta demostrar que él es el que manda tratando de joderme. Necesito que nunca se entere de lo que Valentina significa para mí o la pondré en peligro, y eso es lo último que quiero.

CAPÍTULO 6

RENZO

El despacho de Marco apesta a su colonia cara y a esa arrogancia que siempre ha confundido con poder. Me hace esperar diez minutos antes de levantar la vista de sus documentos. Un juego infantil de dominación que casi me hace sonreír.

Es patético.

—¿Sabes? —dice finalmente, reclinándose en su silla—. Me han contado algo curioso.

El silencio se estira. Marco siempre ha sido así: necesita que su audiencia le ruegue la información. Como un niño presumiendo de un secreto. Yo no le he dado nunca ese placer, y desde luego no pienso hacerlo ahora.

—Sobre cierto paseo nocturno por el vertedero municipal —continúa cuando ve que no voy a preguntar.

Joder. Se ha enterado.

Esto va a traer consecuencias.

Me muerdo la lengua hasta que el sabor metálico de la sangre inunda mi boca. No por miedo, sino para contener el impulso de sacar mi pistola y acabar con esto ahora mismo.

—Los Genovese controlan esa zona —su voz destila satisfacción—. Y sus hombres son comunicativos, cuando se les paga lo suficiente.

Mantengo mi postura relajada, mis ojos fijos en los suyos. Que vea que no me intimida, que sus juegos no significan nada.

—Lo que me intriga —se levanta, intentando ganar altura—, es por qué mi mejor soldado, mi *hermano*, arriesgaría tanto por recuperar la basura de Valentina.

La forma en que pronuncia su nombre hace que mis dedos anhelen el tacto frío del metal. Sería tan fácil. Un movimiento, un disparo. Pero no es el momento. Todavía no.

—Esta noche tenemos un invitado especial para cenar —dice Marco, volviendo a sentarse—. Quiero que estés presente.

Espera una reacción, cualquier indicio de que sus palabras anteriores me han afectado. Mantengo mi expresión impasible, como si los últimos cinco minutos no hubieran existido.

—Los negocios que vamos a discutir... —hace una pausa estudiada— son importantes para el futuro de la familia.

La sangre en mi boca es un recordatorio constante de que debo mantener el control. Un error más y todo por lo que he trabajado durante veinte años se desmoronará.

—¿Algo más? —mi voz suena fría, profesional. La voz del soldado que todos creen que soy.

Marco tamborilea con los dedos sobre su escritorio. El gesto delata su frustración por no haber conseguido la reacción que buscaba de mí.

—A las ocho —responde finalmente—. No llegues tarde, *hermano*.

Me giro para marcharme, pero su voz me detiene en la puerta.

—Y Renzo... —puedo oír la sonrisa en sus palabras—. Asegúrate de que Valentina esté presentable. Es una noche especial, después de todo.

Tengo que obligarme a salir del despacho para no meterle un tiro entre las cejas en ese mismo momento.

No voy a darle la puta satisfacción de demostrar que ha descubierto mi única debilidad.

VALENTINA

El tintineo de los cubiertos contra la porcelana francesa llena el comedor. Intento concentrarme en los pequeños detalles: el bordado del mantel, el reflejo de las velas en las copas de cristal, cualquier cosa excepto la presencia de Marco al otro extremo de la mesa.

No cuando sigo tan molesta con él.

—¿No te gusta el salmón, querida? —su voz hace que se me tense todo el cuerpo—. La chef se esmeró especialmente esta noche.

Fuerzo una sonrisa y pincho un trozo de pescado. Cada bocado es como ceniza en mi boca. Hace dos días, a esta hora, todavía tenía mis pinceles, mis sueños, mi pequeño mundo de colores y restauración. Ahora solo me queda esta mesa perfectamente dispuesta y la sensación de estar atrapada en una jaula cada vez más pequeña.

—Está delicioso —miento, y noto cómo Renzo se tensa imperceptiblemente a mi lado. Él siempre sabe cuando finjo, como si pudiera leer cada una de mis máscaras.

El invitado de Marco —¿señor Bianchi? ¿Bianco? Ni siquiera recuerdo su nombre— habla sobre importaciones y rutas comerciales. Su voz se mezcla con el sonido de las copas al brindar, creando ese murmullo familiar de las cenas de negocios.

—Deberías comer más —murmura Renzo, tan bajo que solo yo puedo oírlo. Su preocupación, aunque contenida, hace que algo se retuerza en mi

pecho.

Bajo la vista hacia mi plato casi intacto. ¿Cómo explicarle que cada minuto sentada aquí, pretendiendo que todo está bien, que ayer mi hermano no destruyó todo lo que amo, me está ahogando?

—Al menos prueba el vino —insiste Renzo, y su mano roza la mía cuando alcanza la copa para servirme—. Es un Brunello del 82.

El gesto es tan natural, tan propio de él, que por un momento casi puedo fingir que estamos solos. Casi puedo olvidar dónde estamos. Pero entonces noto la mirada de Marco sobre nosotros, ese brillo calculador en sus ojos que me hace estremecer.

—Veo que Renzo cuida de ti, *sorellina* —comenta Marco, y hay algo en su tono que no logro descifrar—. Qué afortunada eres de tener un guardián tan... dedicado.

El invitado asiente distraídamente, más interesado en su plato que en la conversación. Pero Marco no aparta la mirada de nosotros, como si estuviera resolviendo un puzzle especialmente interesante.

Renzo mantiene su expresión neutral, pero noto cómo sus dedos se tensan alrededor de la copa. El ambiente se vuelve más denso, cargado de algo que no comprendo pero que hace que se me erice la piel.

—¿Más vino? —pregunta uno de los sirvientes, rompiendo el momento.

—Gracias —respondo al sirviente, aunque mi copa está prácticamente llena.

El invitado retoma su conversación sobre negocios, algo sobre un cargamento en el puerto. Intento concentrarme en las palabras, en ser la perfecta anfitriona que se espera de mí, pero mi mente sigue volviendo a la forma en que Marco nos observa.

El segundo plato llega: cordero con reducción de vino tinto. El aroma normalmente delicioso me revuelve el estómago. Corto un pedazo diminuto, más por mantener las apariencias que por hambre.

—Valentina siempre ha sido demasiado delicada para comer carne roja —comenta Marco, como si mi inapetencia fuera una debilidad más que exhibir —. ¿No es así, querida?

Antes de que pueda responder, Renzo interviene:

—El cordero está demasiado hecho —su voz suena casual, pero hay un filo en ella que reconozco—. La chef debe estar distraída esta noche.

Es su manera de desviar la atención de mí, de protegerme incluso en algo tan trivial como esto. El gesto hace que mi corazón se acelere, como siempre que demuestra esa preocupación silenciosa.

Marco sonríe, pero es esa sonrisa que siempre precede a algo desagradable. Sus ojos brillan con un placer contenido que me pone nerviosa.

—Hablando de la chef —hace una pausa estudiada mientras los sirvientes retiran los platos—. Ha preparado algo especial para el postre. Una ocasión como esta lo merece, ¿no creéis?

Los sirvientes entran con el postre: tiramisú elaborado con la receta secreta de la familia. El aroma dulce del café y el mascarpone inunda el comedor, pero hay algo en el ambiente que hace que el estómago se me cierre por completo.

Marco espera a que sirvan las copas de Vino Santo antes de aclararse la garganta. El sonido hace que me tense sin saber por qué.

—Querida familia, estimado señor Visconti —así que ese era su apellido—. Esta noche es especial por varios motivos.

Renzo se ha quedado completamente inmóvil a mi lado.

—Como sabrán, nuestra familia siempre ha valorado las alianzas estratégicas —continúa Marco, y su sonrisa hace que se me hiele la sangre—. Y hoy tengo el placer de anunciar la más importante de todas: el compromiso de mi querida hermana Valentina con el señor Alessandro Visconti.

El tiempo se detiene. El tenedor resbala de mis dedos y golpea la porcelana con un tintineo que resuena en el silencio repentino.

—¿Qué? —mi voz suena pequeña, lejana, como si perteneciera a otra persona.

—Por supuesto, los detalles del contrato matrimonial ya están acordados —Marco continúa como si no me hubiera escuchado—. La boda se celebrará en...

El sonido de una silla arrastrándose corta sus palabras. Renzo se ha levantado, y hay algo en su postura que nunca había visto antes.

—No —su voz es baja, letal—. No va a haber ninguna boda.

—¿Disculpa? —la voz de Marco destila diversión—. Creo que no te corresponde...

—He dicho que no —el rugido de Renzo hace que las copas tiemblen—. No vas a volver a tocarla. No vas a volver a hacerle daño. Se acabó.

Marco se recuesta en su silla, saboreando el momento como si fuera el mejor vino de su bodega.

Como si hubiera esperado exactamente esta reacción.

—¿Y qué vas a hacer al respecto, *hermano*? —sus labios se curvan en una sonrisa venenosa—. ¿Qué puede hacer el perro fiel de los Romano para...?

El disparo retumba como un trueno en el comedor. La bala atraviesa la frente de Marco, llevándose con ella su última sonrisa burlona. La sangre salpica el mantel blanco, manchando la porcelana francesa.

Todo explota en un segundo. Visconti intenta alcanzar su arma, pero Renzo dispara con una precisión brutal. El proyectil impacta en su pecho, y su cuerpo se desploma sobre el tiramisú que nadie ha probado.

Las puertas del comedor se abren de golpe. Los guardaespaldas irrumpen con sus armas en alto, pero Renzo es pura furia contenida. Me empuja tras él con un movimiento protector y dispara. Una, dos veces. Los cuerpos caen como fichas de dominó.

Luca aparece en la puerta, evaluando la escena en un segundo. Sin dudar, su cuchillo encuentra la garganta del último guardaespaldas que intentaba flanquearnos.

—*Fratello*... —la voz de Luca rompe el silencio que sigue a la masacre—. ¿Por qué ahora?

El olor a pólvora y sangre lo impregna todo. Las velas siguen ardiendo, ajenas al caos, proyectando sombras sobre los cuerpos caídos. Renzo permanece frente a mí, su espalda tensa como un muro entre yo y la muerte que acaba de desatar.

Mi mente es un torbellino de preguntas. Este hombre que acaba de matar a mi hermanastro sin pestañear, que ha desatado el infierno para protegerme... ¿es el mismo Renzo que ha sido mi guardián silencioso durante años? ¿Por qué arriesgarlo todo así, por mí?

La sangre sigue extendiéndose por el mantel blanco, mezclándose con el vino derramado. Y mientras observo la escena, una verdad innegable se asienta en mi estómago: nada volverá a ser igual después de esta noche.

CAPÍTULO 7

RENZO

Los casquillos de bala todavía tintinean contra el suelo de mármol. El trabajo está hecho: seis cuerpos, seis amenazas neutralizadas. Marco ya no volverá a tocarla. Pero el precio de su libertad ha sido alto: acabo de desencadenar una guerra.

Me giro despacio. La adrenalina todavía corre por mis venas, el instinto asesino aún late bajo mi piel. No es así como quería que me viera, no con las manos manchadas de sangre fresca y el arma todavía humeante. He matado a su hermanastro delante de ella. He ejecutado a un hombre durante la puta cena. Cualquier persona normal estaría aterrorizada.

Contengo la respiración cuando nuestras miradas se encuentran. Espero ver horror, asco, miedo. Pero sus ojos... joder, sus ojos están llenos de lágrimas, sí, pero no de terror.

—Renzo —su voz es apenas un susurro, y antes de que pueda procesar lo que está pasando, se lanza hacia mí.

El impacto de su cuerpo contra el mío casi me hace retroceder. Sus brazos se aferran a mi cintura como si fuera un salvavidas, y por un momento me quedo paralizado. El contraste entre la violencia de hace unos segundos y la suavidad de su abrazo es como un puñetazo en el estómago.

—Gracias —solloza contra mi pecho—. Gracias por no dejar que me vendiera como si fuera ganado.

Algo se retuerce en mi interior. Años de control férreo se desmoronan cuando mis brazos la rodean por instinto. Su pelo huele a vainilla, y ese aroma familiar hace que tenga que contener un gruñido. Quiero enterrar mi cara en su cuello, quiero borrar cualquier rastro de Marco de su vida, quiero...

La siento temblar contra mi cuerpo y el instinto protector se impone a todo lo demás. Puede que ahora parezca fuerte, pero he visto demasiada violencia para no reconocer los signos: el shock llegará pronto.

—Escúchame —mi voz suena más ronca de lo que pretendo—. Mientras yo respire, nadie volverá a intentar controlarte. Nadie va a decidir tu vida por ti. Te lo juro.

No pienso permitir que ningún hombre te toque. Pero eso no se me ocurre decirlo en alto. No quiero que huya despavorida de mí.

Levanta la mirada hacia mí, y por un momento me pierdo en sus ojos color miel. Hay tanta confianza en ellos, tanta... mierda, tengo que mantener el

control. No puedo permitirme sentir esto, no cuando acabo de poner una diana en su espalda al matar a Marco.

—*Fratello* —la voz de Luca corta el momento como uno de sus cuchillos—. Los guardias del perímetro empezarán a hacer preguntas pronto.

Mierda. Tiene razón. El tiempo corre en nuestra contra. En minutos, la noticia de la muerte de Marco se extenderá como pólvora por Nueva York. Cada familia querrá su parte del pastel, y Valentina será el primer objetivo.

Intento apartarme, pero sus dedos se aferran a mi camisa. El gesto, tan vulnerable, hace que algo se retuerza en mi pecho.

—No me dejes —susurra, y el miedo en su voz despierta algo primitivo dentro de mí.

—No voy a ninguna parte —mantengo un brazo alrededor de ella mientras mi mente calcula los siguientes movimientos—. Luca, quiero a los veteranos dentro. Tony, los Bianchi, Giuseppe. Solo los que sean leales.

Luca asiente. La hoja de su cuchillo destella bajo las luces del comedor.

—¿Los hombres de Marco?

—Asegúralos —mi voz es puro acero—. Sin daños permanentes. Necesitamos control, no más enemigos.

Valentina tiembla contra mi costado. Aunque intenta disimularlo, reconozco los signos: el shock está empezando a hacer efecto. Primero viene la adrenalina, luego el vacío.

—Vamos a mi despacho —murmuro, guiándola con suavidad—. Necesito hacer algunas llamadas.

Mientras atravesamos los pasillos de la mansión, noto cómo se apoya más en mí. Su fortaleza inicial está cediendo al agotamiento. La siento temblar, y cada temblor es como un puñetazo en mis entrañas.

Yo he provocado esto. Me he adelantado, pero no existe un mundo en el que permitiese que me quitasen a Valentina.

Nunca existirá.

Mi despacho huele a cuero. Las paredes de madera oscura absorben la luz de las lámparas, creando sombras que se mueven como depredadores. Este es mi territorio, el único lugar donde puedo ser yo mismo. Pero esta noche todo es diferente.

La siento temblar mientras la guío hasta el sofá. Sus dedos siguen aferrados a mi camisa, como si temiera que fuera a desaparecer si me suelta. El gesto me destroza por dentro. Llevo años protegiéndola, y ahora, con un solo disparo, la he puesto en el centro de una guerra.

Mi mente no deja de calcular amenazas. Los Colombo querrán venganza. Los Genovese aprovecharán el caos. Y los hombres de Marco... mierda, tengo

que asegurar la mansión antes de que decidan tomar partido.

Pero cuando bajo la mirada y veo sus ojos llenos de confianza, todo lo demás se desvanece. El cajón de mi escritorio parece llamarme. Dentro está el paquete que rescaté del vertedero, envuelto en papel marrón. Una parte de mí sabe que debería estar organizando defensas, pero necesito darle esto. Necesito que sepa que no todo en su vida va a ser muerte y control.

Necesito darle, aunque sea, un poco de esperanza.

—Espera —murmuro, y por primera vez desde que entramos, sus dedos sueltan mi camisa.

El papel cruje cuando saco el estuche que contiene. Sus ojos se agrandan al verlo, y algo en su expresión hace que se me seque la boca. Cuando se lo entrego, sus manos tiemblan.

El primer pincel arranca un sollozo de su garganta. Lo acaricia como si fuera algo sagrado, y una lágrima cae sobre el envoltorio.

—¿Tú...? —su voz se quiebra—. ¿Cuándo...?

—Anoche —respondo, y mi voz suena más ronca de lo que pretendo—. No podía dejar que te lo quitara. No eso también.

Se levanta tan rápido que apenas tengo tiempo de reaccionar. Sus brazos rodean mi cuello, y el impacto de su cuerpo contra el mío hace que todo mi autocontrol se tambalee. Huele a vainilla y a lágrimas, y cada fibra de mi ser grita por estrecharla más fuerte.

—Gracias —susurra contra mi cuello, y su aliento cálido es una tortura—. Gracias, Renzo...

Mis manos se mueven por voluntad propia. Una encuentra su cintura, la otra se enreda en su pelo. Bajo la mirada y me encuentro con sus ojos brillantes por las lágrimas, pero hay algo más en ellos, algo que hace que mi corazón se detenga.

Tengo que apartarme. Tengo que llamar al doctor Leone, hacer que Sofia venga. Tengo que preparar defensas antes de que la noticia de la muerte de Marco llegue a las otras familias. Pero sus labios están tan cerca y son tan tentadores que estoy a punto de sucumbir al deseo.

De pronto, escuchamos pasos en el pasillo y, gracias a Dios, el sonido me devuelve a la realidad como un puñetazo.

Los pasos se acercan, y con ellos, tiene que regresar mi puto sentido común. Marco lo descubrió ayer, vio mi debilidad cuando recuperé sus pinceles. Y esa debilidad la puso en peligro, la convirtió en moneda de cambio. No puedo cometer el mismo error dos veces.

Por eso me separado de ella de golpe.

La miro una última vez antes de que la puerta se abra. Sus mejillas sonrojadas, sus ojos brillantes, la forma en que sus labios... joder, todo en ella me llama como una sirena. Pero no puedo. No cuando cada familia de Nueva York querrá tomar el control, y ella será el premio más codiciado.

Tengo que encontrar la manera de protegerla. De mantenerla a salvo mientras me aseguro de que nadie más pueda usarla como peón en sus juegos de poder. Necesito pensar con la cabeza fría, calcular cada movimiento como si fuera una partida de ajedrez donde su vida está en juego.

—Renzo —su voz es suave, y cada fibra de mi ser grita por acercarme a ella.

La puerta se abre, y el momento se rompe. La guerra está a punto de comenzar, y tengo que mantener el control. Por ella. Por su vida. Por su libertad.

Porque esta vez, no dejaré que nadie decida su destino.

CAPÍTULO 8

VALENTINA

El despacho de Renzo se llena de hombres que nunca he visto. Hay algo diferente en ellos, en la forma en que se mueven, en cómo miran a Renzo. No es la obediencia ciega que Marco exigía, es algo más profundo.

Me mantengo en el sofá, consciente de la sangre que todavía mancha mi vestido. La imagen de Marco desplomándose sobre la mesa del comedor sigue fresca en mi mente. Todo ha sucedido tan rápido...

—La mansión está asegurada —informa Luca desde la puerta—. Los hombres de Marco están contenidos.

Renzo permanece de pie tras su escritorio, y hay algo en su postura que nunca le había visto antes. Una autoridad natural que siempre ha mantenido oculta.

—¿Qué ha pasado exactamente? —pregunta uno de los hombres, sirviendo whisky en vasos.

Mi corazón se acelera. La verdad pesa en el aire: Marco intentando venderme al mejor postor, Renzo defendiendo mi libertad. Pero cuando Renzo habla, sus palabras me sorprenden.

—Marco perdió el control durante la cena —explica, su voz fría y controlada—. Mató a Visconti sin provocación. Cuando intenté intervenir, sacó su arma.

Me quedo inmóvil, procesando sus palabras. Está mintiendo. Está protegiendo mi honor, asegurándose de que nadie sepa que me estaban vendiendo como ganado.

—Era cuestión de tiempo —dice uno de los hombres mayores—. La sangre Romano siempre ha sido... inestable.

Los hombres intercambian miradas cargadas de significado. Hay algo más aquí, no sé por qué tengo esa sensación, pero lo noto. Hay algo que va más allá de la muerte de Marco.

—Los planes tendrán que adelantarse —dice otro con voz ronca—. No pasa nada. Llevamos veinte años preparándonos.

—Veinte años son muchos años, *fratello* —interviene Luca, su cuchillo girando entre sus dedos—. Quizás sea una señal.

El peso de esas palabras me golpea con fuerza. Veinte años. El tiempo exacto desde que los Romano masacraron a la familia de Renzo. El tiempo que han estado planeando... ¿qué exactamente?

—Las otras familias querrán una explicación —dice el hombre del tabaco —. Los Colombo, los Genovese... todos intentarán aprovechar el caos.

—Y la señorita Romano será su objetivo principal —añade otro—. La hermana del don caído...

—Nadie va a tocarla —el rugido de Renzo hace que todos se tensen.

El silencio que sigue es denso, cargado. Los hombres observan a Renzo como si acabaran de confirmar algo que ya sospechaban.

—Hay una solución —dice finalmente el más anciano—. Una que evitaría una guerra y aseguraría la lealtad de las familias antiguas.

—¿Cuál? —pregunta Luca haciéndose eco de lo que todos estamos pensando.

—El matrimonio —continúa el anciano, y el mundo parece detenerse—. La unión del último Caballero con la heredera Romano. Las familias antiguas lo verían como... poético. Una forma de restaurar el equilibrio. Al resto tendríamos que *convencerlas*.

Mi corazón late tan fuerte que temo que todos puedan oírlo. El matrimonio. Con Renzo. Las palabras hacen que mi piel se erice, que mi estómago se llene de mariposas. Todo lo que he soñado en secreto, todo lo que he anhelado durante años.

La tensión en la habitación es palpable mientras todos esperan. Los hombres nos miran alternativamente a Renzo y a mí, como si estuvieran presenciando algo histórico. Y quizás lo sea.

—No —la voz de Renzo corta el aire como un cuchillo.

RENZO

Me levanto del sillón como si me hubieran electrocutado. La furia hierve bajo mi piel, amenazando con destruir mi control. ¿Cómo se atreven? ¿Cómo pueden sugerir que la use igual que Marco intentó hacerlo?

—No voy a obligarla —las palabras salen como un gruñido desde lo más profundo de mi pecho—. No voy a convertirme en lo mismo contra lo que llevamos años luchando.

Mis ojos encuentran los de Valentina por instinto, buscando asegurarle que nadie volverá a forzarla a nada. Pero lo que veo en su mirada me desarma por completo. No hay miedo, no hay rechazo. Hay... esperanza. Determinación. Algo más que hace que mi sangre arda.

—Yo quiero —su voz rompe el silencio, firme y clara como el cristal—. Quiero casarme con Renzo.

¿Qué cojones?

Se pone de pie, y que Dios me ayude, porque nunca ha sido más hermosa que en este momento. La luz de las lámparas arranca destellos dorados de su pelo, y hay un rubor en sus mejillas que hace que tenga que apretar los puños para mantener el control.

—No es una obligación —continúa, y cada palabra es como un puñal en mi pecho—. Quiero ayudar a restaurar lo que los Romano destruyeron. Quiero ser parte de algo mejor que el imperio de sangre que construyó Vittorio.

La miro, y el deseo se mezcla con una amargura que me desgarra por dentro. Está haciendo esto por la paz, por evitar una guerra. Se está sacrificando. Está haciendo lo mismo que hubiera hecho con el matrimonio que Marco arregló. La única diferencia es que esta vez ha elegido su jaula.

—No sabes lo que está diciendo, Valentina.

—Lo sé perfectamente, Renzo. Quiero casarme contigo. Quiero que evitemos la guerra.

Joder.

Me quedo mirándola fijamente mientras el mundo desaparece a nuestro alrededor. Sopesando sus palabras. Intentando comportarme como un hombre decente. Pero no puedo. La necesidad de hacerla mía es más fuerte que ningún otro impulso.

Algo que jamás pensé que sucedería.

—Que así sea —sentencio.

Mi mujer. Las palabras hacen que mi polla se ponga tan dura que casi resulta doloroso. Solo pensar en que será mía, en que llevará mi apellido... joder, mi cuerpo entero arde por ella. La forma en que me mira, con esa mezcla de inocencia y determinación, hace que tenga que recurrir a todo mi autocontrol para no cruzar la habitación y reclamarla aquí mismo.

Pero ese mismo deseo animal es el que me recuerda por qué no puedo tocarla. Porque, aunque mi cuerpo la anhele como un adicto anhela su siguiente dosis, aunque cada fibra de mi ser grite por hacerla mía en todos los sentidos, no puedo. No quiero convertirla en otra víctima de este mundo de sangre y deber.

Seré su marido sobre el papel, su protector ante el mundo. Pero no voy a reclamar los derechos que ese título me da. No cuando sé que su oferta nace del deber y no del deseo. Aunque eso signifique vivir un infierno personal cada vez que la vea, cada vez que su aroma a vainilla me torture, cada vez que tenga que recordarme que no puedo tenerla realmente.

CAPÍTULO 9

VALENTINA

Cuando acepté ser la esposa de Renzo, mi corazón latía con tantas emociones que apenas podía respirar. Después de años observándolo en silencio, amándolo en secreto, por fin podría estar cerca de él. Por fin tendría derecho a preocuparme cuando llegara herido, a cuidar de sus heridas como aquellas noches en que venía a mi habitación.

Qué equivocada estaba.

Han pasado cinco días desde entonces, y la realidad es muy diferente a lo que imaginé. La mansión es un hervidero de actividad: hombres armados en cada esquina, reuniones interminables en el despacho de Renzo, las otras familias midiendo sus fuerzas como lobos ante una presa.

La guerra no se ha desatado por la promesa del matrimonio, pero pende sobre nuestras cabezas de forma asfixiante.

Todos lo notamos.

Esta mañana lo vi en el pasillo. Tenía un corte nuevo sobre la ceja, y la forma en que se movía delataba alguna herida en el costado. Antes se habría detenido, habría permitido que lo ayudara. Hoy ni siquiera me miró cuando pasó a mi lado.

—Las otras familias están probando los límites —murmura Sofia mientras revisamos los detalles de la ceremonia—. Quieren ver si Renzo puede mantener el control.

Lo sé. Entiendo que ahora mismo hay prioridades más importantes que nosotros. Pero no puedo evitar que mi mente vuele hacia la noche de bodas. La tradición exige pruebas: las sábanas manchadas con mi virginidad, la evidencia de que el matrimonio se ha consumado.

Y entonces todo cambiará.

El pensamiento hace que mi piel arda. Esa noche, por fin, tendré que entregarme a él. No habrá más distancia, no habrá más barreras. La idea de sus manos sobre mi piel, de sus labios sobre mi cuerpo. El calor se extiende por mi vientre como fuego líquido.

Las sábanas manchadas serán la prueba que todas las familias esperan ver: mi virginidad entregada al último Caballero, el matrimonio consumado ante los ojos de la mafia. La tradición es clara en esto. No hay escapatoria, ni para él ni para mí.

Intento concentrarme en los preparativos, en las interminables listas que Sofia me presenta, pero mi mente vuela constantemente hacia esa noche. Hacia el momento en el que por fin podré tenerlo. ¿Será gentil, como cuando curaba sus heridas? ¿O la distancia que mantiene ahora persistirá incluso en nuestra cama?

—Los Bianchi han confirmado su asistencia —la voz de Sofia me devuelve al presente—. Y los Colombo exigen sentarse en la mesa principal.

Asiento mecánicamente. La política de las familias, el baile de poder que se desarrolla a nuestro alrededor... todo parece tan lejano cuando pienso en que en una semana dormiré en su cama.

El sonido de voces masculinas llega desde el pasillo. Reconocería su voz entre mil: grave, controlada, dando órdenes sobre la seguridad de la ceremonia. No necesito verlo para saber que está tenso. Lo noto en su tono, en cómo sus palabras salen más cortantes de lo habitual.

—Al menos os mudaréis después —comenta Sofia, siguiendo mi mirada hacia la puerta—. Una casa nueva, sin fantasmas ni recuerdos.

Una casa nueva. Donde quizás, solo quizás, Renzo deje caer esas barreras que ha construido estos días. Donde por fin compartamos una habitación y nuestra vida.

RENZO

El sonido de otro hueso al romperse llena el almacén. La sangre mancha mis nudillos mientras el mensajero de los Sposti escupe un diente.

—¿Cuántos hombres han enviado al perímetro? —mi voz es hielo puro.

El tipo intenta sonreír, pero solo consigue una mueca sangrienta.

—No vas a poder mantener el control. Eres un bastardo criado por caridad, no un líder.

Otro golpe. Preciso. Calculado. La rodilla cruje bajo mis dedos y su grito hace que las ratas huyan hacia las sombras.

—Última oportunidad.

—Todos saben que Marco te mantenía controlado —jadea entre dientes—. Sin él, sin un Romano de verdad al mando...

Lo agarro del pelo, obligándole a mirarme. Sus ojos están vidriosos por el dolor, pero aún hay desafío en ellos.

—Marco era un farsante —cada palabra es un cuchillo en el aire—. Y tú estás a punto de descubrir por qué los Romano me mantuvieron cerca durante veinte años.

El filo de mi navaja encuentra el punto exacto bajo su mandíbula. No lo suficiente para matar, solo para que sienta el frío del metal contra su arteria.

—Quince —susurra finalmente—. Quince hombres en el perímetro.

La hoja se hunde un milímetro más en su piel. Una gota de sangre resbala por su cuello.

—¿Y?

—Antonio... Antonio quiere venganza por su mano.

Mi mundo se detiene por un segundo. Antonio Genovese. El bastardo que se atrevió a tocar a Valentina durante la cena.

—Luca —mi voz es apenas un susurro—. Asegúrate de que nuestro amigo entienda lo que significa desafiarme.

Me dirijo a la salida mientras los gritos comienzan. La noche es fría, pero la furia que corre por mis venas es puro fuego.

Quince hombres no son nada. Los aplastaré como la amenaza que representan. Pero Antonio... Antonio es más difícil de matar sin empeorar las cosas.

Pero tengo que reducirlo de alguna manera.

Nadie amenaza lo que es mío. Nadie.

Salimos del almacén a abandonado y nos montamos en el coche. El Audi negro corta la noche como una navaja. Mis nudillos, todavía manchados con la sangre del mensajero, se tensan sobre el volante. La furia sigue ardiendo en mis venas, pero hay algo más. Algo que hace que el pecho me duela cada vez que respiro.

La vi esta mañana en el jardín. Estaba sentada junto a las rosas, con el bloc de dibujo en su regazo. La luz del amanecer arrancaba destellos cobrizos de su pelo, y por un momento me permití observarla desde las sombras. Sus dedos se movían sobre el papel con esa gracia que siempre me ha fascinado, pero había algo derrotado en su postura. Como si el peso de este matrimonio forzado ya estuviera aplastando su espíritu.

Mantengo la distancia porque es lo único que puedo hacer. Ella no pidió esto. No pidió estar atada a un hombre como yo, a una vida de violencia y muerte. Lo hace por la paz, por evitar una guerra. Y lo mínimo que puedo hacer es darle el espacio que merece.

El rugido del motor ahoga el gruñido que escapa de mi garganta. Antonio Genovese está buscando venganza. Cada amenaza, cada peligro, solo confirma que debo mantenerla alejada de esta oscuridad.

Aparco el coche en el garaje subterráneo. La mansión está en silencio. Me obligo a no mirar hacia su ventana, a no pensar en cómo solía dejarme curar

por ella. Era más fácil entonces, cuando solo era su guardián. Ahora soy su carcelero, el hombre que la ha atrapado en un matrimonio que no desea.

La protegeré. Es lo único que puedo ofrecerle. Lo único que merezco dar.

Porque es mejor así. Mejor que tenga su espacio, que pueda respirar sin la constante presencia del hombre que la ha privado de elegir su propio destino.

CAPÍTULO 10

VALENTINA

Por fin ha llegado el día.

El reflejo en el espejo muestra a una novia perfecta. El vestido de encaje italiano abraza cada curva con una elegancia que hace que me sienta poderosa por primera vez en muchos días. No es ostentoso ni pretencioso. Es simplemente mío.

—Si sigues mirándote así vas a gastar el espejo —dice Sofia mientras saca otra caja de la boutique más exclusiva de Nueva York.

Mis dedos recorren el encaje del corpiño, delicado pero firme, como todo en esta nueva vida que estoy a punto de comenzar. El escote es sugerente sin resultar vulgar, la espalda lo suficientemente baja para ser elegante.

—¿Has traído lo que te pedí? —pregunto nerviosa, girándome hacia mi amiga.

Sofia deja la caja sobre el tocador.

—Por supuesto. Aunque sigo pensando que deberías haber elegido algo más atrevido.

Abre la caja y saca el salto de cama de seda color marfil. La tela se desliza entre mis dedos como agua, tan suave que casi parece irreal. El corte es simple pero devastador: un escote en V que insinúa sin mostrar, un largo que llegará a medio muslo.

—Y el conjunto a juego —añade Sofia, mostrando la lencería.

El calor sube por mi cuello al ver el tanga de encaje. Es más atrevido de lo que jamás he usado, pero esta noche no quiero ser la heredera perfecta. Esta noche quiero ser simplemente una mujer.

Sofia termina de arreglar mi pelo mientras observo los detalles del vestido. Cada puntada, cada aplique de encaje cuenta una historia diferente a la que Marco tenía planeada para mí. Ya no soy una pieza en su juego de poder.

El sonido de pasos en el pasillo nos alerta de que es la hora. Sofia da los últimos toques al velo y aprieta mi mano antes de dirigirse a la puerta.

—Es tu momento, Val. Hazlo tuyo.

Estoy tan nerviosa y emocionada que apenas registro el camino hasta mi destino.

El murmullo de las familias se apaga cuando entro al salón. Este es el momento más importante de mi vida. El día con el que he soñado desde que

me di cuenta de que lo que sentía por Renzo iba más allá de un simple enamoramiento adolescente.

Hoy todo va a cambiar. Ya no seré la niña que siente tiene que proteger. Hoy me convertiré en su esposa, en su compañera. En su mujer.

Y entonces lo veo, y el mundo entero se detiene.

El esmoquin negro parece haber sido creado específicamente para él. La tela se tensa sobre sus hombros anchos, dibujando una silueta que hace que mi corazón se acelere. La chaqueta no logra ocultar la fuerza contenida de sus músculos, esa potencia letal que tantas veces me ha protegido y que ahora está enfundada en seda italiana.

Su mandíbula está tensa, y no puedo evitar preguntarme si él también siente el peso de este momento. Si entiende que a partir de hoy todo será diferente. La cicatriz en su ceja izquierda solo añade un toque peligroso a su atractivo devastador, recordándome todas las noches que he pasado curando sus heridas.

Cada paso hacia él es un paso hacia mi futuro. La corbata negra destaca contra su camisa blanca, y mi mente ya vuela hacia esta noche, hacia el momento en que por fin podré ser suya en todos los sentidos.

El nudo en mi estómago se aprieta cuando llego a su lado. Desde tan cerca puedo oler su perfume mezclado con ese aroma único suyo: cuero, sándalo y algo más oscuro, más primitivo. El mismo aroma que me ha torturado durante años, que ha protagonizado cada uno de mis sueños.

Este es el momento que cambiará mi vida para siempre. El día en que el hombre que amo se convertirá en mi esposo. En que por fin tendré derecho a preocuparme por él abiertamente, a cuidar de sus heridas sin tener que fingir indiferencia.

El juez comienza la ceremonia, pero apenas escucho las palabras. Estoy demasiado consciente de su presencia a mi lado, de cómo su cuerpo irradia calor incluso a través de las capas de ropa. De cómo sus dedos rozan los míos cuando toma mi mano para el intercambio de anillos.

Mi corazón se acelera cuando es el momento de los votos. Esta es mi oportunidad de decirle, aunque sea veladamente, todo lo que significa para mí. Todo lo que siempre he sentido.

RENZO

—Perímetro sur asegurado —la voz de Giuseppe suena en mi auricular—. Francotiradores en posición.

Reviso el arma oculta bajo mi chaqueta mientras escaneo el salón. Hay demasiados puntos ciegos, demasiadas ventanas. Los arreglos florales ocultan a mis hombres, pero también limitan su visión.

Los Genovese han traído más guardaespaldas de los permitidos. Puedo ver los bultos de sus armas mal disimuladas bajo los trajes caros. Antonio, el muy hijo de puta, sonríe desde primera fila con su mano vendada. Como si no supiera que al primer movimiento sospechoso acabará con una bala entre los ojos.

Sé que quiere vengarse de mí y no permitiré que haga daño a Valentina.

—Movimiento en la entrada oeste —otro susurro en el auricular.

Mi mano se tensa sobre el arma, pero es solo un camarero. Joder, estoy demasiado tenso. Si alguna familia intenta algo hoy...

La música cambia.

Mi cerebro registra el movimiento en la puerta, preparado para cualquier amenaza. Pero entonces la veo y todo se detiene.

Joder.

El arma bajo mi chaqueta, los francotiradores, las amenazas... todo desaparece. Solo existe ella.

El vestido blanco... joder, ese vestido. El encaje marca cada curva de una forma que hace que mi polla se ponga dura al instante. Su piel brilla como si estuviera hecha de oro líquido, y ese escote... Mis dedos se crispan, ansiando tocar, marcar, reclamar.

Tiene el pelo recogido, dejando expuesto su cuello. La piel ahí parece tan suave, tan malditamente comestible. Mi boca se hace agua pensando en hundir mis dientes en esa carne perfecta, en dejar mi marca donde todos puedan verla.

El auricular crepita con otra actualización de seguridad, pero las palabras son ruido blanco. No puedo apartar los ojos de ella. De cómo se mueve hacia mí con esa gracia natural que hace que mi sangre hierva.

Cuando llega a mi lado, su aroma me golpea como un puñetazo en el estómago. Vainilla y flores de naranjo. El mismo perfume que me tortura cada noche, que hace que me despierte sudando y duro como una roca.

El juez empieza la ceremonia, pero apenas registro sus palabras. Estoy demasiado concentrado en cómo sus dedos tiemblan ligeramente cuando comienza a compartir sus votos.

—Renzo —su voz es suave pero firme—. Prometo ser tu compañera, tu apoyo. Prometo estar a tu lado en las noches más oscuras y en los días más brillantes.

Algo se retuerce en mi pecho. La forma en que pronuncia mi nombre, como si fuera algo valioso.

—Prometo ser tu refugio cuando el mundo sea demasiado, tu fuerza cuando la necesites —continúa, y joder, la sinceridad en su voz me está matando—. Prometo lealtad, respeto y...

Se detiene un segundo, mordiéndose el labio, y tengo que contener el impulso de pasar mi pulgar por esa carne maltratada.

—Y prometo que siempre tendrás un hogar en mí.

El silencio que sigue a sus palabras es denso, cargado. Mis votos son los siguientes y nunca he sentido tanto el peso de una mentira. Porque lo que quiero prometerle y lo que debo prometerle son cosas muy diferentes.

—Valentina —mi voz suena más ronca de lo que pretendo—. Prometo protegerte con mi vida. Prometo que mientras yo respire, nadie volverá a intentar controlarte.

Sus ojos brillan con algo que no me permito analizar. No cuando sé que la estoy condenando a una vida que no eligió.

—Prometo ser tu escudo, tu guardián —las palabras saben a ceniza en mi boca porque son tan ciertas y tan falsas al mismo tiempo—. Y prometo que siempre tendrás la libertad de elegir tu propio camino.

Excepto ahora. Excepto en este momento donde la estoy encadenando a mí por el bien de la paz.

El anillo se desliza en su dedo como si perteneciera allí desde siempre. Su piel es tan suave bajo mis dedos callosos que tengo que recurrir a años de entrenamiento para no acariciarla como realmente deseo.

—Puede besar a la novia.

Las palabras del juez hacen que la sangre me hierva en las venas. Mi cuerpo entero se tensa ante la perspectiva de tenerla tan cerca. De probar sus labios por primera vez.

Pero no puedo hacerlo.

Me giro hacia ella y el tiempo se detiene. Sus ojos color miel me miran con una mezcla de nervios y anticipación que hace que mi control se tambalee. El rubor en sus mejillas, la forma en que contiene el aliento... joder, es demasiado.

Doy un paso hacia ella, acortando la distancia que nos separa. Mis brazos la rodean, una mano en su cintura, la otra en su espalda. Es pura estrategia, me digo. Para ocultar a los invitados lo que voy a hacer. Pero su cuerpo encaja contra el mío como si hubiera sido diseñado para esto, y el calor que emana hace que tenga que contener un gruñido.

Me inclino hacia ella, mis labios cerca de su oído.

—No voy a obligarte a besarme delante de todos —susurro, tan bajo que solo ella puede oírme—. No tienes que hacer esto.

La siento temblar ligeramente entre mis brazos. Cuando me aparto para mirarla, sus labios están entreabiertos, invitando, tentando. El deseo me golpea como un puñetazo en el estómago. Sería tan fácil inclinarme esos centímetros que nos separan, tomar su boca como he soñado durante años.

En cambio, me acerco lentamente. Sus ojos se cierran, y el gesto de confianza hace que algo se retuerza en mi pecho. Mis labios rozan la comisura de los suyos, apenas un toque, una caricia fantasma. Su aliento se mezcla con el mío, dulce, cálido. La piel de su mejilla es tan suave bajo mis labios que tengo que usar todo mi autocontrol para no girar la cabeza, para no devorar su boca como el animal que soy.

El aroma a vainilla me envuelve, nublando mis sentidos. Por un segundo, un precioso segundo, me permito fingir que esto es real. Que ella me desea tanto como yo a ella. Que no la estoy forzando a esto.

Pero entonces recuerdo dónde estamos, quiénes somos. Lo que le estoy haciendo.

Me aparto antes de perder el control por completo. Antes de que el deseo que me consume haga que la bese como realmente quiero: en la boca. Profundo, posesivo, marcándola como mía.

Los aplausos estallan a nuestro alrededor. Las familias están satisfechas con el espectáculo. Pero yo solo puedo ver el brillo en sus ojos, la forma en que sus dedos se aferran a mi chaqueta por un segundo antes de soltarme.

Y sé, con una certeza que me destroza, que acabo de darle el primero de muchos momentos en los que la decepcionaré.

CAPÍTULO 11

RENZO

El salón de banquetes es una trampa mortal disfrazada de lujo. Cada ventana es un punto de entrada potencial, cada invitado un asesino en potencia. Los hombres de los Genovese se han situado demasiado cerca de la salida oeste, sus trajes caros ocultando mal el bulto de sus armas.

Estoy completamente alerta. Quiero asegurarme que nada ni nadie amenaza a mí mujer.

El roce de su muslo contra el mío corta mis pensamientos como un cuchillo. Valentina apenas ha tocado la cena, su tenedor dibujando patrones nerviosos en el plato de porcelana francesa. El vestido de novia deja al descubierto la curva de su cuello, y cada vez que traga puedo ver el movimiento de su garganta. La piel ahí parece tan suave que mis dedos se crispan bajo el mantel, ansiando tocar.

Aparto la mirada con un gruñido interno. No puedo permitirme esta distracción. No cuando cada familia de Nueva York nos observa como buitres, evaluando cada gesto, cada movimiento.

Otro temblor de Valentina. Sus dedos aprietan la copa de champán con tanta fuerza que temo que el cristal se rompa. El miedo en sus gestos me golpea como un puñetazo en el estómago. Sé lo que está pensando, lo que la atormenta: la noche de bodas. El momento en que tendrá que entregarse a un hombre que no eligió.

Si no fuese una obligación no le haría pasar por esto, por mucho que yo lo ansíe. Después de esta noche no volveré a tocarla, pero las tradiciones de la familia son claras y brutales: mañana deberán exhibirse las sábanas manchadas con su virginidad. Una prueba más de que los Caballero han reclamado lo que es suyo. De que el matrimonio se ha consumado.

La idea de tomarla así, por deber, hace que una furia helada me recorra las venas. Soy un asesino, un monstruo creado por los Romano, pero hay líneas que no quiero cruzar. Y forzar a una mujer, especialmente a ella, es algo que nunca hubiera querido tener que hacer.

En cambio, si ella me desease, tomaría su virginidad con orgullo, como el puto regalo que en realidad es.

El tintineo de los cubiertos contra la porcelana francesa llena el salón. La tensión en el ambiente es palpable mientras los sirvientes retiran los platos principales y sirven el postre.

—Los novios deben cortar la tarta —anuncia uno de los camareros, su voz demasiado alegre para este ambiente cargado.

Valentina se tensa a mi lado cuando me levanto y le ofrezco mi mano. Sus dedos tiemblan ligeramente al tomarla, y el contacto envía descargas eléctricas por todo mi cuerpo. El perfume a vainilla que emana de su piel me golpea cuando la ayudo a incorporarse.

La tarta es una obra de arte de cinco pisos, toda encaje de azúcar y flores de fondant. Una belleza superficial que oculta el verdadero significado de esta noche. Como todo en este mundo.

—¿Lista? —murmuro solo para ella mientras tomo el cuchillo.

Sus ojos encuentran los míos por un momento. Hay tanto en esa mirada… miedo, nervios y algo más que no me permito analizar. Asiente una vez, y sus dedos se entrelazan con los míos sobre el mango del cuchillo.

Los flashes de las cámaras estallan cuando cortamos el primer trozo. La tarta es perfecta, por supuesto. Todo en esta boda es una fachada inmaculada que oculta la realidad: que estoy forzando a esta mujer a una vida que no eligió.

Los aplausos llenan el salón cuando le doy de comer un pequeño bocado. Sus labios se entreabren para aceptar el pastel, y el gesto inocente hace que tenga que contener un gruñido. La forma en que su lengua roza brevemente el tenedor... joder, necesito todo mi autocontrol para no perderlo aquí mismo.

—¿Quieres retirarte ya? —pregunto en voz baja, inclinándome hacia ella como si compartiera un secreto. El aroma a vainilla es más intenso desde tan cerca.

Contiene el aliento, y veo cómo su pecho sube y baja rápidamente bajo el encaje del vestido. El miedo en sus gestos me revuelve el estómago. Estoy alargando lo inevitable, lo sé, pero la idea de llevarla arriba, de tener que tomarla.

Los invitados comienzan a golpear sus copas con los cubiertos, el sonido reverberando por el salón como un latido acelerado. La tradición exige que nos besemos de nuevo. Otra más de las mil putas tradiciones que nos han traído hasta aquí.

Me inclino hacia ella, pretendiendo darle otro beso casto como el de la ceremonia. Pero el champán debe haberla envalentonado, porque gira ligeramente la cabeza y sus labios casi rozan los míos directamente. El pequeño contacto, aunque breve, hace que toda mi sangre se dirija al sur.

Los aplausos y silbidos estallan a nuestro alrededor. Las familias están disfrutando del espectáculo. Si supieran la batalla que se libra en mi interior.

—Creo... creo que es la hora —susurra ella, y su voz tiene un temblor que me destroza por dentro.

Asiento una vez, incapaz de confiar en mi voz. Los invitados nos abren paso mientras nos dirigimos a las escaleras, sus miradas cargadas de expectación. Todos saben lo que viene ahora. La tradición más brutal de todas.

Cada escalón es una cuenta atrás hacia lo inevitable. Los murmullos de los invitados nos siguen como sombras mientras ascendemos, sus voces mezclándose con el sonido de la música que todavía flota desde el salón. El vestido de Valentina susurra contra el mármol, y su mano tiembla ligeramente sobre mi brazo.

Luca me hace una señal discreta desde el primer rellano: el perímetro está asegurado, los hombres en posición. Incluso en este momento tengo que pensar en la seguridad, en las amenazas. En cómo los Genovese podrían aprovechar esta noche para atacar.

El roce de sus dedos contra mi bíceps me devuelve al presente. Está temblando más ahora, y la culpa me golpea como un puñetazo. Debería decir algo, tranquilizarla. Pero ¿qué puedo decirle? ¿Que no tema al monstruo con el que se ha casado? ¿Que intentaré ser gentil cuando le robe su inocencia?

El pasillo del ala este está en penumbra, iluminado solo por apliques de cristal que arrojan sombras dramáticas sobre las paredes. Nuestros pasos resuenan contra la madera antigua mientras nos acercamos a la habitación. A su condena.

Me detengo frente a la puerta, súbitamente consciente de que este es el punto de no retorno. Una vez que crucemos este umbral, todo cambiará. La forma en que me mira, cómo se muerde el labio inferior... joder, ¿cómo puedo hacerle esto?

—Valentina —mi voz suena más ronca de lo que pretendo.

—Está bien —susurra, pero el temblor en su voz me dice que nada está bien.

La puerta se abre con un crujido que parece resonar en mis huesos. La habitación está preparada: sábanas de seda blanca, pétalos de rosa esparcidos sobre la colcha, velas aromáticas. una escenografía perfecta para lo que debería ser una noche de amor y no esta farsa cruel.

Mis sentidos están sobrecargados: su cercanía, su calor, la forma en que la luz de las velas juega con las curvas de su cuerpo bajo el vestido.

Cierro la puerta tras nosotros y el *click* del pestillo suena como una sentencia.

El silencio en la habitación es tan denso que casi puedo oír el latido acelerado de su corazón. O quizás es el mío. Me mantengo cerca de la puerta, dándole espacio, intentando no abrumarla con mi presencia.

—Valentina —mi voz suena áspera, como si llevara días sin usarla—. Sobre esta noche.

Se gira hacia mí y la visión me deja sin aliento. La luz de las velas juega con su piel, con las curvas que el vestido de novia abraza como una segunda piel. El rubor en sus mejillas, la forma en que sus dedos juegan nerviosamente con el encaje de su manga, todo en ella es una tentación diseñada para destruir mi control.

—La tradición dicta —me detengo, buscando las palabras menos brutales para explicarle esto—. Mañana esperarán ver las sábanas.

Sus pómulos se ruborizan, y el gesto hace que algo se retuerza en mi pecho. Por supuesto que conoce la tradición. Ha crecido en este mundo igual que yo.

—Necesitan la prueba de que el matrimonio se ha consumado —continúo, y cada palabra sabe a ceniza en mi boca—. De que eres mía.

La última frase sale como un gruñido que no pretendía dejar escapar. La idea de poseerla, de marcarla como mía, hace que mi polla se endurezca dolorosamente contra la tela del pantalón.

Ella asiente una vez, mordiéndose el labio inferior. El gesto inocente envía una descarga de deseo directo a mi entrepierna.

—Yo... necesito un momento —susurra, y antes de que pueda responder, se escapa al baño.

La puerta se cierra suavemente tras ella, dejándome solo con el sonido de mi respiración pesada y el aroma a vainilla que todavía flota en el aire.

Me paso una mano por el pelo, intentando controlarme. Debería estar pensando en la seguridad, en los hombres apostados en el perímetro. En su lugar, solo puedo pensar en cómo temblaba, en el miedo en sus ojos.

El sonido del agua corriendo llega desde el baño. Está ganando tiempo, preparándose mentalmente para lo que tiene que soportar. Para entregarse a un hombre que no desea.

Mientas la espero paseo por la habitación como un león enjaulado.

El crujido de la puerta del baño hace que me tense. Me giro, preparado para cualquier cosa excepto la imagen que me atraviesa.

Valentina se ha puesto un salto de cama de seda que abraza cada curva de su cuerpo como si hubiera sido creado para torturarme. La tela es tan fina que puedo distinguir el contorno de sus pezones endurecidos por el aire frío. El largo apenas llega a medio muslo, dejando al descubierto unas piernas que hacen que se me seque la boca.

Pero es el tanga de encaje lo que casi acaba con mi control. La diminuta prenda apenas cubre nada, y la idea de que se haya puesto algo así para mí hace que mi polla palpite dolorosamente.

Me giro bruscamente, dándole la espalda. No puedo mirarla así, no puedo permitir que vea el hambre en mis ojos. No cuando está haciendo esto por obligación.

—Túmbate en la cama —ordeno. Mi voz suena ronca, casi irreconocible.

El susurro de la seda contra las sábanas me dice que ha obedecido. Mis dedos tiemblan mientras me desabrocho la camisa. Cada botón es una batalla contra el instinto de girarme, de devorarla con la mirada.

La chaqueta y la camisa caen al suelo. El pantalón los sigue, pero me detengo antes de quitarme los boxers. No quiero asustarla más de lo necesario.

Cuando me giro hacia la cama, el aire abandona mis pulmones. Está tumbada, mordiéndose el labio inferior, toda pureza e inocencia. La seda se ha subido ligeramente, revelando más muslo, y mis dedos se crispan con la necesidad de tocar.

Me acerco despacio, como si fuera un animal salvaje que pudiera asustarse. El colchón se hunde bajo mi peso cuando me tumbo sobre ella, apoyándome en los antebrazos para no aplastarla.

El primer contacto de nuestras pieles desnudas nos arranca un gemido a ambos. Su piel es tan suave, tan cálida... Sus uñas se clavan en mis hombros cuando bajo la mirada para encontrarme con sus ojos.

—Tranquila —susurro, aunque mi voz suena más a súplica que a consuelo —. Voy a intentar que sea lo mejor posible para ti.

Mi mano se desliza por su muslo, y el temblor que la recorre hace que tenga que cerrar los ojos un momento para mantener el control.

—¿Estás tomando anticonceptivos? —la pregunta sale áspera, necesitada.

Niega con la cabeza y joder, la idea de dejarla embarazada hace que mi polla gotee contra la tela de los boxers. La imagen de su vientre hinchado con mi hijo... No. No puedo pensar en eso.

—Voy a buscar un preservativo —murmuro, apartándome de ella como si su piel quemara.

Me levanto y camino hacia mi chaqueta, donde he guardo los condones. Cuando me giro de nuevo hacia la cama, la visión me paraliza. Está ahí tumbada, tan hermosa que duele, temblando ligeramente, preparándose para entregarse a mí por obligación.

La furia explota en mi pecho como una bomba.

No puedo hacerlo. No puedo tomarla así, no cuando cada temblor, cada gesto me dice que me teme.

—Levántate —la orden sale como un gruñido.

Sus ojos se agrandan con confusión, pero obedece. La seda del camisón se adhiere a sus curvas mientras se incorpora, y tengo que apartar la mirada. No

puedo pensar en lo perfecta que se ve, en cómo mi cuerpo entero arde por poseerla.

Mi cuchillo de combate descansa sobre la mesilla. El metal brilla bajo la luz de las velas cuando lo tomo. La hoja está perfectamente afilada, como siempre. Mantengo mis armas en perfecto estado, es una de las pocas cosas que puedo controlar en esta vida de mierda.

—¿Renzo? —su voz tiembla, y el sonido hace que algo se retuerza en mi pecho.

No respondo. No puedo. Si hablo ahora, si la miro, mi control se hará pedazos. En su lugar, presiono el filo contra la cara interna de mi antebrazo. La sangre brota inmediatamente, roja y brillante. El dolor es un viejo amigo, casi reconfortante comparado con la agonía de tenerla tan cerca y no poder tocarla.

Las gotas caen sobre las sábanas blancas, manchando la seda italiana. Cada gota es una promesa de que nadie cuestionará su honor. De que al menos en esto puedo protegerla.

—¿Qué estás...? —empieza a preguntar, pero la corto con una mirada.

—Date la vuelta —mi voz suena más dura de lo que pretendo, pero es mejor así. Mejor que piense que soy el monstruo que todos creen.

Cuando se gira, arranco las sábanas de la cama con mi mano libre. La sangre ha creado un patrón convincente. Nadie cuestionará que su virginidad ha sido tomada esta noche.

—Voy al baño —anuncio, enrollando las sábanas—. No me esperes despierta.

Cierro la puerta del baño tras de mí y abro el grifo al máximo. El agua ahogará cualquier sonido. Cualquier gemido cuando me toque pensando en ella, en cómo se veía con ese maldito salto de cama, en cómo sus uñas se clavaron en mis hombros.

Mi polla está tan dura que duele. Las sábanas manchadas con mi sangre servirán para más de un propósito esta noche. Mañana, cuando las exhiban ante las familias, nadie sabrá la verdad. Nadie sabrá que me masturbé como un adolescente pensando en mi esposa mientras ella lloraba de alivio al otro lado de la puerta.

Porque está llorando, puedo oírla incluso sobre el ruido del agua. Y cada sollozo es un recordatorio más de que hice lo correcto. De que no podía tomarla así, no cuando claramente me temía.

Mi mano se mueve más rápido, la imagen de sus pezones bajo la seda, el recuerdo de su piel contra la mía... El orgasmo me golpea como un puñetazo, y tengo que morderme el labio hasta sangrar para no gritar su nombre.

Las sábanas quedan perfectamente manchadas. Nadie cuestionará que el matrimonio se ha consumado. Que he reclamado lo que es mío.

Pero mientras me apoyo contra la pared fría del baño, jadeando, sé que es una mentira más. Porque ella nunca será realmente mía. No de la forma en que mi cuerpo, mi alma entera, anhela que lo sea.

VALENTINA

Las lágrimas queman en mis mejillas mientras miro fijamente la puerta cerrada del baño. El sonido del agua corriendo es como una burla, como si quisiera ahogar mi humillación. Me he ofrecido a él completamente, he dejado caer todas mis barreras, y Renzo... Renzo ni siquiera ha podido soportar tocarme.

El espejo me devuelve una imagen patética: una novia rechazada en su noche de bodas, con un salto de cama que costó una fortuna y que no ha servido para nada. La seda marfil que parecía tan seductora ahora solo subraya mi ingenuidad. ¿Cómo pude pensar que algo tan simple podría tentar a un hombre como él?

Recuerdo el momento exacto en que se apartó de mí en la cama, como si mi contacto le repugnara. La forma en que se giró bruscamente para no tener que mirarme. Incluso ahora, el recuerdo hace que el estómago se me retuerza.

El corte en su brazo, la sangre manchando las sábanas... todo fue tan clínico, tan frío. Ni siquiera pudo fingir deseo por mí. Prefirió herirse a sí mismo antes que tocarme. El pensamiento hace que un sollozo escape de mi garganta.

Me acerco a la ventana, necesitando aire. La noche es clara, las estrellas brillan con una indiferencia cruel sobre los jardines de la mansión. ¿Cuántas veces lo he observado desde aquí, entrenando al amanecer? ¿Cuántas veces he dibujado la forma en que sus músculos se mueven bajo el sol, soñando con un momento como este?

Qué ilusa.

El agua sigue corriendo en el baño, y me pregunto si está esperando a que me duerma para salir. Si planea evitarme el resto de la noche como ha estado evitándome estos últimos días. ¿Es esto lo que será nuestro matrimonio? ¿Un ejercicio de evasión perpetua?

La determinación reemplaza lentamente al dolor. Quizás Renzo no me desee ahora, pero eso no significa que tenga que ser así para siempre. Me he ganado mi lugar en el mundo del arte con trabajo duro y perseverancia. ¿Por qué debería ser diferente con el amor?

Me seco las lágrimas con el dorso de la mano. Si Renzo cree que voy a rendirme tan fácilmente, no conoce realmente a Valentina Romano. O, mejor dicho, a Valentina Caballero.

Porque ahora soy su esposa. Y aunque él no lo sepa todavía, aunque parezca imposible en este momento, voy a conseguir que me vea como a una mujer. No con trucos ni manipulaciones, sino siendo yo misma. La mujer que siempre ha estado ahí, esperando que la note.

El agua sigue corriendo en el baño, pero ya no me importa. Esta noche puede que haya ganado la batalla, pero la guerra por su corazón acaba de empezar.

Y no pienso perderla.

CAPÍTULO 12

VALENTINA

La tradición dicta que las sábanas deben ser exhibidas ante los testigos de la familia al amanecer. Una costumbre bárbara que convierte mi humillación en espectáculo público.

Me mantengo erguida mientras el ama de llaves despliega la tela manchada de sangre ante las mujeres reunidas en el salón. Sus miradas ávidas, sus sonrisas conocedoras, sus murmullos de aprobación me revuelven el estómago. La señora Genovese se inclina hacia adelante, sus joyas tintineando mientras examina las manchas con ojo crítico. A su lado, su nuera finge modestia, pero no pierde detalle. Si supieran que esa sangre no es mía, que ni siquiera me ha tocado.

—La señora Caballero ha honrado a su esposo —declara la anciana señora Colombo, como si mi virginidad fuera una ofrenda en algún ritual pagano—. Los Romano pueden estar orgullosos.

—Y los Caballero han reclamado lo que es suyo —añade la señora Genovese con una sonrisa que no llega a sus ojos—. Como debe ser.

Sofia me aprieta la mano discretamente. Es la única que nota cómo me tenso ante la mención de mi antiguo apellido. Ya no soy una Romano. Ahora soy una Caballero, aunque mi marido prefiera cortarse antes que reclamarme como suya.

—Vamos —susurra Sofia cuando por fin terminan los formalismos—. Te ayudaré a recoger tus cosas.

En mi habitación, cierro la puerta y me derrumbo en la cama. Sofia se sienta a mi lado, esperando.

—¿Tan malo fue?

Suelto una risa amarga.

—Ni siquiera me tocó.

—¿Qué? Pero las sábanas...

—Se cortó él mismo —mi voz suena hueca mientras revivo la escena—. Estábamos en la cama, yo con ese ridículo salto de cama que me ayudaste a elegir. Se tumbó sobre mí, apenas un roce. Y cuando pensé que por fin iba a pasar, se levantó.

—No entiendo.

—Cogió su cuchillo de combate —continúo, levantándome para empezar a guardar todo—. Se hizo un corte en el brazo y manchó las sábanas. Luego se

encerró en el baño. Abrió el grifo al máximo, supongo que para no oírme llorar.

Sofia se queda en silencio mientras doblo mecánicamente mi ropa.

—¿Sabes qué es lo peor? —añado, metiendo el maldito salto de cama en el fondo de una maleta—. Que ni siquiera pudo fingir deseo. Prefirió herirse a sí mismo antes que tocarme.

—Val, no creo que eso sea lo que ha pasado.

—No, Sofia. Lo vi en sus ojos. Era repulsión.

—¿El mismo hombre que mató a tu hermano para protegerte? ¿El que recuperó tus pinceles del vertedero? ¿Ese hombre siente repulsión por ti?

Me detengo, una blusa a medio doblar en mis manos.

—Eso es diferente. Es su deber protegerme.

—¿Y también era su deber pasar horas buscando tus pinceles en la basura?

—No lo entiendes —sacudo la cabeza—. Me ve como una responsabilidad. Como algo que tiene que proteger.

Sofia se levanta y me quita la blusa de las manos.

—¿Sabes por qué sigo siendo yo virgen? —pregunta abruptamente—. No es por las tradiciones ni por lo que digan las familias. Es porque nunca he encontrado a alguien que me haga sentir que vale la pena.

La miro sorprendida por el cambio de tema.

—Pensaba que tú y aquel médico del hospital…

—Marco era guapo, sí. Pero no sentí ni una fracción de lo que veo en tus ojos cuando miras a Renzo.

—De lo que me sirve —murmuro, cerrando otra maleta.

—Al menos sabes lo que quieres —dice con una mirada decidida—. Y más importante: sabes que lo quieres a él.

—¿Qué propones? ¿Que me humille más?

—Propongo que dejes de actuar como la virginal hija de los Romano y empieces a actuar como la mujer que eres. La que sabe lo que quiere y no tiene miedo de ir a por ello.

El sonido de voces masculinas en el pasillo nos interrumpe. Renzo y Luca están abajo, esperando para llevarnos a la casa nueva.

—Perfecto —Sofia sonríe mientras me ayuda con las últimas maletas—. Primera lección: camina como si el mundo te perteneciera.

Bajamos las escaleras y los veo en el vestíbulo. Renzo está dando instrucciones a sus hombres, todo poder y control en su traje negro. Los músculos de su espalda se tensan bajo la tela cuando se gira hacia nosotras. Cuando me ve, su mandíbula se tensa imperceptiblemente.

Luca silba por lo bajo al ver la cantidad de maletas.

—¿Has dejado algo en tu habitación, *principessa*?

—Solo los malos recuerdos —respondo, y por un momento creo ver algo oscuro atravesar los ojos de Renzo.

—¿Lista? —pregunta, y su voz profesional me hace más daño que cualquier rechazo.

Asiento, enderezando los hombros como Sofia me indicó. A mi lado, mi amiga me da un codazo discreto, recordándome su consejo.

—Lista para empezar mi nueva vida —respondo, y mi voz suena más segura de lo que me siento.

Renzo da una orden brusca y sus hombres comienzan a cargar las maletas en el Audi negro. Lo observo dirigir la operación como si fuera una misión militar, coordinando la seguridad del traslado como si yo no existiera.

Sofia me aprieta el brazo antes de susurrar:

—Esta noche iré a tu casa nueva. Tenemos un plan que trazar.

Y mientras veo a Renzo abrir la puerta del coche para mí, manteniendo esa distancia profesional que me está matando, sé que tiene razón. Es hora de que Renzo Caballero descubra exactamente con quién se ha casado.

RENZO

Una hora antes

La señora Colombo entra en mi despacho sin llamar, su vestido negro susurrando contra el parqué. Los hombres reunidos para la sesión informativa se tensan ante su presencia.

—La señora Caballero ha demostrado ser pura —anuncia con esa sonrisa satisfecha que hace que me hierva la sangre—. Las familias están complacidas.

Las felicitaciones no tardan en llegar. Cada palabra es un recordatorio más de lo que hice anoche, de cómo preferí cortarme antes que tocarla.

—¿Y cómo es la señora Caballero en la cama? —pregunta uno de los nuevos reclutas cuando la anciana se retira.

El silencio cae como una losa. Mi mirada encuentra la suya y el color abandona su rostro.

—Vuelve a hablar así de mi esposa y te arrancaré la lengua —mi voz es puro hielo—. ¿Ha quedado claro?

Los veteranos intercambian miradas mientras el recluta asiente frenéticamente. Luca, apoyado contra la pared, hace girar su cuchillo con una sonrisa que promete violencia.

—Las familias están demasiado tranquilas —dice Giuseppe, volviendo al tema que nos ocupa—. Ni siquiera los Genovese han hecho un movimiento

tras la muerte de Marco.

—Están esperando —Tony se frota la mandíbula cicatrizada—. Midiendo fuerzas, viendo si el matrimonio es suficiente para mantener la paz.

Los hermanos Bianchi presentan su informe. Los Colombo mantienen distancia prudencial. Los Genovese buscan aliados en silencio. Todos conteniendo el aliento, esperando ver si el último Caballero puede mantener el control ahora que Marco está muerto.

—El matrimonio fue una jugada inteligente —comenta Carlo Bianchi—. Las familias antiguas respetan las tradiciones. Ver a la heredera Romano convertida en la señora Caballero.

—Es poético —completa su hermano—. Como si el círculo se cerrara.

Aprieto los puños bajo el escritorio. Si supieran que ese «círculo poético» significa condenar a Valentina a un matrimonio sin amor, a estar atada a un hombre que ni siquiera pudo reclamarla como esposa.

El sonido de maletas en el vestíbulo interrumpe la reunión. Mi cuerpo entero se tensa al pensar en ella, en cómo pasé la noche escuchando sus sollozos a través de la puerta del baño.

—Ve con tu mujer —dice Tony—. Nosotros coordinaremos la seguridad del traslado.

En el vestíbulo, la visión de Valentina me golpea como un puñetazo en el estómago. El vestido azul abraza cada curva de su cuerpo como una segunda piel, y el recuerdo de cómo se veía anoche con ese salto de cama hace que tenga que apretar los puños.

Pero ahora no es momento para pensar en eso. Ahora tengo que sacarla de este maldito lugar.

El viaje a la casa nueva es una tortura exquisita. Su perfume a vainilla inunda el espacio cerrado del Audi, y cada vez que se mueve, el roce de su vestido contra el cuero del asiento es como una caricia fantasma. Mantengo mi mirada fija en la carretera, repasando mentalmente las medidas de seguridad para no pensar en lo cerca que está.

La casa aparece tras la última curva. Tres pisos de piedra gris y cristal blindado, rodeada de jardines cuidados y muros altos. Una fortaleza disfrazada de mansión moderna.

—Es preciosa —susurra ella, y el asombro en su voz hace que algo se retuerza en mi pecho.

Cuando paramos frente a la casa me siento ansioso. Quiero que le guste.

La observo mientras recorre las habitaciones. Sus ojos brillan al descubrir la biblioteca, sus dedos rozan reverentemente los lomos de los libros. Cuando llegamos al estudio de arte, contiene el aliento.

Compré la casa solo por este espacio. La luz natural que entra por los ventanales, las estanterías llenas de materiales de restauración, el caballete de roble italiano. Todo pensado para ella, para compensar lo que Marco le robó.

Todo lo que yo le estoy robando.

—Renzo, esto es... —se gira hacia mí, y la emoción en sus ojos hace que tenga que apartar la mirada.

—Tu habitación está arriba —la interrumpo, mi voz deliberadamente profesional.

La guío por las escaleras, dolorosamente consciente de su presencia a mi espalda. La suite principal ocupa todo el segundo piso, dividida en dos zonas separadas por una puerta de roble macizo.

—Tu dormitorio —indico, abriendo la puerta de la derecha. El espacio es amplio, luminoso, con vistas al jardín trasero—. El mío está al otro lado de la puerta. Por seguridad.

La veo tensarse imperceptiblemente. El aire entre nosotros se vuelve denso, cargado de todas las palabras que no nos decimos.

—Los hombres traerán tus maletas —continúo, retrocediendo hacia la puerta—. Si necesitas algo...

—¿Por qué? —su voz me detiene—. ¿Por qué habitaciones separadas?

Porque no confío en mi control cuando estás cerca. Porque el recuerdo de anoche me persigue como un fantasma. Porque prefiero la agonía de tenerte tan cerca y no poder tocarte que forzarte a estar conmigo.

—Es lo mejor —respondo, y cada palabra es como vidrio en mi garganta —. Más seguro.

Salgo antes de que pueda responder, antes de que la vulnerabilidad en sus ojos destruya dos décadas de control. En el pasillo, me permito un momento de debilidad, apoyando la frente contra la pared fría.

Tengo una familia que dirigir. Una guerra que evitar. Un imperio que proteger.

No puedo permitirme el lujo de desearla como lo hago.

CAPÍTULO 13

VALENTINA

—¿Habitaciones separadas? —Sofia deja caer el pincel que estaba examinando —. ¿Me estás diciendo que tienes una mansión entera para ti sola y ni siquiera compartes dormitorio con tu marido?

Estamos en mi nuevo estudio de arte, rodeadas de materiales de primera calidad y ventanales que bañan la habitación en luz natural. El espacio es perfecto, diseñado con una atención al detalle que hace que mi corazón se encoja. Los estantes están a la altura exacta que prefiero, las luces colocadas en el ángulo preciso para evitar sombras mientras trabajo. Incluso el caballete es de roble italiano, el mismo tipo que mencioné una vez, hace años, durante una cena.

—Por seguridad, dice —imito su tono profesional mientras organizo mis pinceles rescatados—. Como si alguien fuera a atacarnos en mitad de la noche.

Sofia recorre la habitación, sus dedos rozando las superficies pulidas.

—¿Te das cuenta de que cada detalle de este estudio grita que te conoce mejor que nadie? —señala la disposición de los materiales—. La forma en que todo está organizado, exactamente como lo haces tú. Incluso esa mesa de trabajo está en el ángulo perfecto para la luz natural.

—Bueno, técnicamente...

—Y, aun así, os coloca en habitaciones separadas. Hay algo que no me cuadra —me interrumpe, sentándose en el taburete frente al caballete—. ¿Qué vas a hacer al respecto?

—¿Qué puedo hacer? Ni siquiera me mira. Esta mañana me crucé con él en el pasillo y actuó como si fuera invisible.

Una sonrisa traviesa se forma en sus labios.

—Podrías tener una pesadilla.

—¿Qué?

—Una pesadilla terrible que te obligue a buscar consuelo en su habitación —elabora, gesticulando dramáticamente—. O mejor aún, podrías quedarte encerrada en el baño que conecta ambas habitaciones.

No puedo evitar reír.

—¿Y qué se supone que debo hacer? ¿Gritar «ayuda, el pestillo se ha atascado» mientras estoy en la bañera?

—Exacto —asiente con falsa seriedad—. Preferiblemente usando ese conjunto de lencería negra que compramos y nunca te has atrevido a ponerte.

El de encaje, ya sabes, el que hace que tus tetas se vean estupendas.

—Sofia.

—O podrías fingir que necesitas ayuda para alcanzar algo en una estantería alta —continúa, claramente disfrutando—. Ya sabes, estirarte justo cuando él pase por detrás. Con ese vestido nuevo que compramos.

—Eso es ridículo.

—¿Más ridículo que dormir en habitaciones separadas cuando es obvio que se muere por ti? —se levanta y empieza a examinar los materiales de restauración—. Mira esto. Son pinceles de pelo de marta del mejor fabricante de Florencia. Los mismos que mencionaste en aquella exposición hace meses.

—No se muere por mí —corrijo, aunque el detalle de los pinceles hace que algo se agite en mi estómago—. Apenas tolera mi presencia.

Sofia rueda los ojos tan fuerte que temo que se hagan daño.

—¿El mismo hombre que diseñó este estudio específicamente para ti? ¿Que pasó horas buscando tus pinceles en la basura? ¿Que mató a tu hermano para protegerte? Por favor, si hasta la iluminación es perfecta.

—Eso es diferente.

—No, no lo es —agarra un frasco de disolvente y lo examina—. El problema es que te ve como la niña que tiene que proteger porque es lo único que le has mostrado.

Sus palabras me hacen detener el movimiento mecánico de organizar materiales.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que es hora de que vea a la mujer en la que te has convertido —se acerca y me quita el pincel de las manos—. La restauradora talentosa, la artista apasionada. La mujer que tiene sus propios sueños y ambiciones.

—¿Y cómo se supone que hago eso?

—Para empezar, podrías retomar lo del puesto en la universidad.

El corazón me da un vuelco.

—Sabes que Marco...

—Marco está muerto —me corta—. Y Renzo no es Marco. Si le presentas tus razones de forma adulta, tendrá que verte diferente.

Me acerco a uno de los ventanales, observando el jardín donde varios hombres de Renzo patrullan el perímetro.

—¿Y si dice que no?

—¿Y si dice que sí? —contraataca, uniéndose a mí junto a la ventana—. Val, eres brillante en lo que haces. Tus técnicas de restauración son innovadoras. La universidad te quiere por tu talento, no por tu apellido.

Sus palabras despiertan algo en mi interior. Tiene razón. No soy solo la hermana de Marco o la esposa de Renzo. Soy Valentina, y tengo algo que ofrecer al mundo. Por mí misma.

—Además —continúa Sofia con una sonrisa maliciosa—, imagina la cara de la señora Genovese cuando se entere de que la nueva señora Caballero es profesora universitaria. Se morirá de envidia.

—Sofia Leone, eres terrible.

—Por eso me quieres —guiña un ojo—. Ahora, ve a hablar con tu marido. Demuéstrale que te has casado con él, no que te has convertido en su prisionera.

Me levanto, súbitamente decidida. Sofia tiene razón. Es hora de que Renzo vea que ya no soy la niña que necesita protección constante.

—¿Sabes qué? —digo mientras me dirijo a la puerta—. Voy a hacerlo ahora mismo.

—Esa es mi chica —la oigo decir mientras salgo del estudio—. Y recuerda: pecho fuera, barbilla alta, y camina como si el mundo te perteneciera. Si todo falla, siempre podemos recurrir al plan de la bañera.

Su risa me acompaña mientras me dirijo al despacho de Renzo. Con cada paso, siento crecer mi determinación. Es hora de que mi marido descubra que se ha casado con una mujer, no con una responsabilidad.

Y si dice que no... bueno, quizás el plan de la bañera no sea tan mala idea después de todo.

RENZO

Los informes sobre movimientos de las familias cubren mi escritorio cuando escucho sus pasos acercándose. El sonido hace que todos mis sentidos se agudicen: ligero pero decidido, como todo en ella. La puerta se abre sin que llame, y el aroma a vainilla inunda mi despacho antes incluso de levantar la vista, golpeándome como un puñetazo en el estómago.

—Necesito hablar contigo —su voz suena más firme de lo habitual.

Algo en su postura me hace tensarme. Ese brillo en sus ojos que promete problemas. El vestido que lleva abraza sus curvas de una manera que hace que tenga que apretar la mandíbula.

—¿Ha ocurrido algo? —mantengo mi tono profesional mientras ella cierra la puerta tras de sí, aunque mi polla se endurece solo con verla moverse así, tan segura de sí misma.

—Ya te conté que la universidad me ha ofrecido un puesto como profesora asistente —suelta sin preámbulos—. En el departamento de restauración.

Quiero aceptarlo.

El lápiz que sostengo se parte entre mis dedos. La imagen de ella en un campus abierto, vulnerable, rodeada de potenciales amenazas, hace que una furia helada me recorra las venas.

—No.

—No te estoy pidiendo permiso —da un paso hacia el escritorio—. Te estoy informando de mi decisión.

La miro fijamente, intentando procesar que esta mujer desafiante es la misma que hasta hace poco bajaba la mirada ante las órdenes de Marco. El deseo y la rabia se mezclan en mi sangre como un cóctel explosivo.

—Es peligroso.

—¿Más peligroso que vivir en una jaula? —contraataca—. Pensé que contigo sería diferente.

Sus palabras son como un puñetazo en el estómago. Mi mente ya está calculando todas las formas en que podrían hacerle daño: un francotirador en cualquier ventana del campus, un cuchillo en un pasillo oscuro, veneno en su café... La sola idea hace que quiera destruir algo.

—Las otras familias están esperando cualquier señal de debilidad —me levanto, necesitando la ventaja de la altura, necesitando poner distancia entre nosotros antes de que haga algo estúpido como empujarla contra la pared y demostrarle exactamente por qué no puedo pensar con claridad cuando está cerca.

—¿Y qué? ¿Quién va a atacarme en una universidad? Puedes poner guardaespaldas, cámaras, lo que necesites.

La imagen que sugiere hace que se me hiele la sangre. Demasiados estudiantes, demasiados ángulos muertos. Un segundo de distracción y podría perderla para siempre. La idea hace que algo primitivo ruja en mi interior.

—He dicho que no.

—¿Por qué? —da otro paso hacia mí, y su perfume me envuelve como una droga—. ¿Porque soy tu prisionera? ¿Tu responsabilidad?

—Porque no puedo protegerte allí —gruño, y hay más verdad en esas palabras de la que pretendía revelar. Porque si algo le pasara, si alguien la tocara...

—No necesito que me protejas. Necesito que me dejes vivir.

Se gira para marcharse, pero algo en su postura, en la forma en que sus hombros tiemblan ligeramente, me dice que está conteniendo las lágrimas. Y ese conocimiento me destruye más que cualquier amenaza.

Horas después, todavía sigue enfadada conmigo. Y joder si no lo odio.

La cena es un asunto tenso. Su ausencia en la mesa hace que tenga ganas de matar a alguien. Cada minuto que pasa sin saber dónde está hace que mi piel arda. Luca me lanza miradas conocedoras mientras juega con su cuchillo, pero no dice nada.

Finalmente, no aguanto más y me levanto. La encuentro en su estudio. La luz del atardecer dibuja sombras doradas sobre su perfil mientras trabaja en un lienzo. El vestido se le ha subido ligeramente al sentarse, revelando más muslo del que debería. Ni siquiera se gira cuando entro.

—Deberías bajar a cenar.

—No ceno con mentirosos controladores —su voz está cargada de una amargura que me golpea como un puñetazo—. Ni con hombres que dicen querer protegerme mientras me encierran en una jaula.

La forma en que escupe las palabras, la furia contenida en su tono... mi polla se endurece dolorosamente contra la tela del pantalón. No debería excitarme verla así, desafiante, furiosa. Pero joder, todo en ella me vuelve loco.

—Valentina.

—No —se gira bruscamente en el taburete, sus ojos brillantes de lágrimas contenidas—. No quiero oír más excusas sobre mi seguridad. Pensé... pensé que contigo sería diferente. Que por fin podría ser algo más que la muñeca de porcelana que hay que proteger.

Sus palabras me atraviesan como balas. La veo ahí, tan hermosa en su furia, tan viva, y algo se rompe en mi interior. Llevo tanto tiempo intentando mantenerla a salvo que no me he dado cuenta de que la estoy marchitando.

—Toda mi vida ha sido una sucesión de *no* —continúa, y cada palabra es como un puñal—. No puedes salir sola, no puedes tener amigos normales, no puedes estudiar donde quieras. Y ahora que por fin tengo la oportunidad de hacer algo por mí misma...

Se detiene, mordiéndose el labio inferior. El gesto hace que tenga que apretar los puños para no cruzar la distancia entre nosotros.

—Solo quiero sentir que mi vida me pertenece —susurra, y la vulnerabilidad en su voz hace que algo se retuerza en mi pecho—. Que soy más que la hermana de Marco o tu esposa. Que puedo ser yo misma.

Joder. La miro y veo todas las veces que ha tenido que tragarse sus sueños, todas las veces que le han cortado las alas. Y ahora yo, que juré protegerla de eso, estoy haciendo exactamente lo mismo.

No pienso. Solo actúo.

—Podrás aceptar el trabajo —las palabras salen antes de poder detenerlas.

Se gira tan rápido que algunos pinceles caen al suelo. El movimiento hace que su pelo caiga sobre sus hombros como una cascada oscura, y mis dedos

ansían enterrarse en esas ondas.

—¿Qué?

—Con condiciones —aclaro, y mi voz suena ronca. La idea de ella en ese campus todavía hace que se me hiele la sangre, pero su felicidad... joder, su felicidad vale más que mi paz mental—. No te separas de tus guardaespaldas. Y si la situación con las familias empeora, lo dejas inmediatamente.

La sonrisa que ilumina su rostro es como el puto sol saliendo. Hace que todo el miedo, toda la preocupación, valga la pena. Porque esa sonrisa, esa luz en sus ojos, es todo lo que siempre he querido darle y nunca me he atrevido.

Antes de poder reaccionar, se lanza hacia mí. Sus brazos rodean mi cuello y el impacto de su cuerpo contra el mío hace que tenga que dar un paso atrás. Sus pechos se presionan contra mi torso y tengo que recurrir a todo mi autocontrol para no empujarla contra la pared más cercana.

—Gracias, gracias, gracias —susurra contra mi cuello, y su aliento cálido envía descargas eléctricas directamente a mi entrepierna.

Mis manos encuentran su cintura por instinto. Es tan pequeña, tan suave comparada con la dureza de mi cuerpo... y aun así tiene más poder sobre mí que cualquier enemigo.

Se aparta ligeramente, solo lo suficiente para mirarme a los ojos. Sus labios están tan cerca que puedo sentir su respiración mezclándose con la mía. El aroma a vainilla que emana de su piel me está volviendo loco. Sería tan fácil inclinarme esos centímetros que nos separan, devorar su boca como he soñado durante años.

—¿Vais a bajar a cenar o qué? —la voz de Luca desde la puerta rompe el momento como un cristal—. Me muero de hambre.

Valentina se aparta como si la hubiera quemado, sus mejillas teñidas de un rubor que hace que tenga que apretar los puños para no atraerla de nuevo hacia mí. La pérdida de su calor contra mi cuerpo es como una herida física.

—Ya vamos —respondo, y mi voz suena como si hubiera estado corriendo.

La observo recoger sus pinceles, sus movimientos nerviosos delatando que está tan afectada como yo por lo que casi sucede. Cuando pasa junto a mí hacia la puerta, su aroma me golpea como una droga. Mi cuerpo entero se tensa, anhelando agarrarla, empujarla contra la pared, demostrarle exactamente lo que me hace.

Esta mujer será mi perdición. Y lo peor es que empiezo a pensar que quizás valga la pena arder en el infierno si es con ella.

CAPÍTULO 14

VALENTINA

El amanecer se filtra perezosamente por las ventanas de la cocina, dibujando patrones dorados sobre el mármol italiano. A esta hora, la mansión todavía duerme, envuelta en ese silencio íntimo que solo existe antes de que el mundo despierte.

Mis pies descalzos no hacen ruido mientras me muevo por el espacio. El frío del suelo envía escalofríos por mis piernas desnudas. Probablemente debería haberme puesto algo más que esta vieja camiseta —una que le robé a Renzo hace semanas del cesto de la ropa limpia— y las bragas de encaje. Cualquiera de los guardias podría entrar y verme así, pero es mi casa, ¿no? Debería poder moverme libremente por ella.

El aroma del café recién hecho comienza a inundar la cocina. Es uno de esos pequeños placeres que me permito: ser la primera en usar la cafetera italiana, disfrutar del ritual de preparar la primera taza del día.

Me estiro para alcanzar mi taza favorita del estante superior, la camiseta subiendo por mis muslos. El encaje de mis bragas asoma brevemente y me pregunto si debería haber sido más prudente.

El primer sorbo de café es como un beso cálido. Me apoyo contra la encimera, dejando que el calor de la taza despierte mis sentidos poco a poco. La luz de la mañana juega con las sombras, haciendo que todo parezca más suave, más íntimo.

El sonido de una respiración contenida rompe mi burbuja de paz.

Renzo está en la puerta, y la forma en que me mira hace que se me seque la boca. Lleva uno de sus trajes impecables, la camisa blanca destacando contra su piel bronceada, el pelo todavía húmedo de la ducha. Su colonia, mezclada con ese aroma único suyo, llena el espacio entre nosotros.

Su mirada recorre mis piernas desnudas con una intensidad que hace que mi piel arda. Cuando sus ojos se detienen en el punto donde la camiseta —su camiseta— resbala por mi hombro, contengo el aliento.

—¿Qué coño haces así vestida? —su voz es baja, peligrosa, y hay algo en su tono que me hace casi jadear.

Llevo la taza a mis labios, tomando otro sorbo mientras intento calmar mi pulso acelerado. Y entonces lo noto: la forma en que sus ojos siguen el movimiento de mi garganta al tragar, cómo sus dedos se tensan a los costados.

—Desayunar —respondo, y por primera vez me doy cuenta de cómo se oscurece su mirada cuando la camiseta resbala otro centímetro por mi hombro —. ¿O también necesito tu permiso para eso?

Da un paso hacia mí, y la atmósfera en la cocina cambia instantáneamente. Pero no es su habitual aura de peligro lo que hace que mi piel se erice. Es algo más... algo que nunca había notado antes.

—Hay quince hombres patrullando la casa —cada palabra sale como un gruñido contenido—. Quince pares de ojos que podrían verte así.

—¿Y qué? —me muevo hacia la mesa de la cocina, y esta vez soy perfectamente consciente de cómo sus ojos recorren mis piernas desnudas—. Es mi casa también.

Otro paso. Ahora está tan cerca que puedo oler su colonia cara mezclada con ese aroma único suyo. Pero es la tensión en su mandíbula, el ligero temblor en sus manos, lo que hace que algo haga clic en mi mente.

No es indiferencia lo que ha estado mostrando todo este tiempo. Es control. Un control que está empezando a resquebrajarse.

—¿Quieres que mis hombres te vean medio desnuda? —su voz es puro hielo, pero sus ojos... sus ojos me devoran de una manera que hace que el calor se extienda por mi vientre.

—Quiero poder moverme por mi propia casa sin que me trates como a una prisionera —respondo, y esta vez dejo que la camiseta se deslice deliberadamente por mi hombro.

El sonido que escapa de su garganta es casi animal. Y por primera vez desde que nos casamos, noto algo diferente en su mirada, algo que hace que mi corazón se acelere. La forma en que sus ojos recorren mi cuerpo... no puede ser lo que creo, pero hace que el calor se extienda por mi vientre.

Antes de poder procesar lo que está pasando, Renzo cruza la distancia entre nosotros. Sus manos encuentran mi cintura y, con una facilidad que me deja sin aliento, me levanta y me sienta sobre la mesa de la cocina. El movimiento es tan repentino que suelto un pequeño grito de sorpresa.

—¿Esto es lo que quieres? —susurra, inclinándose sobre mí hasta que mi espalda toca la madera—. ¿Provocarme?

Su cuerpo me cubre por completo, una mano a cada lado de mi cabeza. El calor que emana hace que me estremezca, y no de miedo.

—Yo no estaba intentando nada —mi voz suena pequeña, casi sin aliento.

—¿No? —su mano derecha abandona la mesa para desabrochar el primer botón de su camisa—. ¿Y por qué llevas mi camiseta? ¿Por qué bajas así, medio desnuda, cuando sabes que hay hombres por toda la casa?

Cada botón que se abre revela más piel bronceada, más músculos definidos. No puedo apartar la mirada de sus dedos, de cómo se mueven con una lentitud deliberada que hace que me cueste respirar.

El último botón cede bajo sus dedos y la camisa se abre por completo. Mi boca se seca ante la visión de su torso desnudo a centímetros de mí. Las cicatrices que marcan su piel cuentan historias de violencia, pero solo consiguen hacerlo más hermoso a mis ojos.

—Si quieres jugar a provocarme —murmura mientras se quita la camisa por completo—, deberías saber en qué te estás metiendo.

El movimiento de sus músculos bajo la piel bronceada me hipnotiza. Quiero tocarlo, sentir el calor de su piel bajo mis dedos, pero algo en su mirada me mantiene inmóvil.

Se inclina sobre mí de nuevo, y esta vez el calor de su piel desnuda atraviesa la fina tela de la camiseta que llevo. Un pequeño gemido escapa de mis labios cuando su pecho roza mis pezones endurecidos.

—Levanta los brazos —ordena, su voz ronca por algo que no me atrevo a nombrar.

Obedezco sin pensar, mi cuerpo respondiendo a un instinto más primitivo que mi razón. Con un movimiento fluido me quita su camiseta vieja, dejándome solo en bragas ante él. El aire frío de la cocina hace que mi piel se erice, pero es su mirada ardiente lo que provoca que tiemble.

Durante un segundo que parece eterno, sus ojos recorren mi cuerpo casi desnudo. Hay algo salvaje en su mirada, algo que hace que el calor se acumule entre mis piernas.

—Ponte esto —su voz es áspera mientras desliza su camisa blanca por mis brazos. La tela todavía conserva el calor de su cuerpo, y su aroma me envuelve como una caricia.

Sus dedos rozan mi piel mientras abrocha los botones, uno a uno, con una lentitud tortuosa. Cada roce envía descargas eléctricas por mi columna. La camisa me queda enorme, el dobladillo llegando a medio muslo, pero hay algo increíblemente íntimo en llevar su ropa.

Se aparta ligeramente para observarme y contengo el aliento. La forma en que me mira, como si quisiera devorarme, hace que todo mi cuerpo arda.

Sus manos encuentran mis muslos desnudos y el contacto de su piel contra la mía arranca un gemido de mi garganta. Sus dedos se deslizan hacia arriba, llevándose con ellos el borde de la camisa, hasta que alcanzan el encaje de mis bragas.

—Esto —murmura, enganchando los dedos en el elástico—, es mío.

Con un movimiento fluido me quita las bragas, deslizándolas por mis piernas. El aire frío contra mi piel desnuda me hace estremecer, pero es la forma en que guarda la prenda en el bolsillo de su pantalón lo que hace que el calor se acumule en mi vientre.

Se inclina sobre mí una última vez, su aliento cálido contra mi oído.

—La próxima vez que quieras provocarme —susurra, y su voz es puro pecado—, recuerda que puedo devolverte el favor.

Y entonces se aparta, dejándome sobre la mesa de la cocina, vestida solo con su camisa y completamente confundida por lo que acaba de pasar.

Lo veo salir de la cocina. La puerta se cierra tras él, dejándome sola con el sonido de mi respiración agitada y el aroma de su colonia impregnado en la camisa que ahora llevo.

Me bajo de la mesa con piernas temblorosas, intentando procesar lo que acaba de ocurrir. El café se ha enfriado sobre la encimera, olvidado en medio de... lo que sea que haya sido esto.

La puerta de la cocina se abre de nuevo y su voz me sobresalta:

—Sube a cambiarte —la orden es cortante, aunque hay algo ronco en su tono que no estaba antes—. Y no vuelvas a bajar así vestida.

Lo veo marcharse de nuevo, su espalda desnuda moviéndose con esa gracia felina que siempre me ha fascinado. La puerta se cierra tras él, dejándome sola con el sonido de mi respiración agitada.

Mis dedos rozan los botones de su camisa, recordando cómo los abrochó uno a uno. La tela es suave contra mi piel, pero es su aroma lo que hace que me estremezca. Huele a él, a poder contenido y peligro.

Sofia tenía razón. Hay algo más bajo esa fachada de control férreo que siempre mantiene. La forma en que me miró, cómo sus manos temblaban ligeramente al tocarme.

Me acerco a la ventana, necesitando aire. El jardín está bañado en la luz dorada del amanecer, y los guardias patrullan como si nada hubiera pasado. Como si su jefe no acabara de... de hacer lo que sea que haya hecho.

Miro mi reflejo en el cristal: mejillas sonrojadas, labios entreabiertos, su camisa blanca cubriendo apenas lo necesario. Ya no parezco la niña que todos insisten en proteger.

Por primera vez desde que nos casamos, empiezo a preguntarme si quizás he estado equivocada todo este tiempo sobre cómo me ve realmente.

RENZO

El primer baño que encuentro en mi camino es suficiente. Cierro la puerta de un golpe y me apoyo contra ella, el pecho subiéndome y bajándome como si hubiera corrido kilómetros. Mi polla late dolorosamente contra la tela del pantalón, exigiendo atención.

Sus bragas siguen en mi bolsillo. Las saco con dedos temblorosos, el encaje negro un contraste obsceno contra mi piel bronceada. El aroma que emana de ellas hace que tenga que contener un gruñido animal.

Me desabrocho el pantalón con movimientos frenéticos. Mi polla salta libre, dura como el acero y goteando. Envuelvo mi mano alrededor de ella, usando sus bragas como si fueran seda. El contacto del encaje, sabiendo que estuvieron contra su piel hace unos minutos, casi me hace perder el control.

La imagen de ella sobre la mesa de la cocina me tortura: sus piernas desnudas, la forma en que sus pezones se marcaban bajo mi camiseta vieja, el pequeño gemido que soltó cuando la toqué. Joder, y cuando la dejé solo con mi camisa puesta...

Mi mano se mueve más rápido, la presión aumentando. El recuerdo de su piel bajo mis dedos mientras le abrochaba los botones me está volviendo loco. Quería marcarla, morderla, follármela sobre esa mesa hasta que gritara mi nombre.

Las bragas están empapadas de mi presemen mientras bombeo con más fuerza. La idea de que ahora mismo esté en la cocina, llevando solo mi camisa, sin nada debajo.

Joder.

El orgasmo me golpea con una fuerza brutal. Tengo que morderme el puño libre para no gritar su nombre mientras me corro, manchando el encaje negro que todavía sostengo. Mi respiración es pesada, pero me mantengo firme, como el depredador que soy.

Me acerco al lavabo con movimientos controlados. El reflejo en el espejo muestra a un hombre que apenas reconozco: ojos salvajes, mandíbula tensa, el control destrozado. He cruzado una línea. He dejado que viera un atisbo de lo que me provoca, de lo que me hace sentir.

Mi autocontrol, construido durante años, se ha agrietado por un momento de debilidad. No puedo permitirme eso. No cuando hay tantas amenazas acechando, no cuando cualquier señal de vulnerabilidad podría ponerla en peligro.

No cuando sé que no me desea.

Abro el grifo y dejo que el agua fría despeje mi mente. Tengo que recuperar el control. Tengo que mantener la distancia. Por su bien. Por su seguridad.

Pero mientras me arreglo la ropa, sé que será imposible olvidar cómo se veía con mi camisa puesta, cómo sus ojos brillaban con ese nuevo descubrimiento.

La he subestimado. Y ese error podría costarnos todo.

Cuando salgo del baño, Luca está apoyado contra la pared del pasillo, jugando con uno de sus cuchillos. La sonrisa que me dedica es todo filo.

—¿Sabes? —comenta casualmente mientras hace girar la hoja entre sus dedos—. La señora Caballero acaba de subir a su habitación. Llevaba una camisa que me resulta familiar.

—No empieces, Luca.

—Y curiosamente —continúa como si no me hubiera oído—, tú has salido sin ella. Interesante elección de vestuario para las reuniones de esta mañana.

El cuchillo destella bajo las luces del pasillo mientras Luca lo hace bailar entre sus dedos.

—¿Vas a quedarte ahí todo el día haciendo el gilipollas?

—Oh, no. Tengo que supervisar que los nuevos reclutas no suban a esta planta —su sonrisa se vuelve más afilada—. Ya sabes, por si alguien más decide bajar a desayunar medio desnudo.

Le lanzo una mirada que haría retroceder a cualquier otro hombre. Luca solo ensancha su sonrisa.

—Los Colombo llegarán en una hora —dice finalmente, guardando el cuchillo—. ¿Quieres que les diga que el jefe está... indispuesto?

—Luca, no me toques los cojones.

—¿O prefieres que les explique que estás buscando una camisa nueva? Aunque personalmente, creo que la que llevabas puesta le sienta mejor a tu mujer.

—Vete a tomar por culo, Luca —gruño, pasando junto a él—. Y encuentra algo mejor que hacer que estar por los pasillos como una puta maruja.

Su risa me sigue por el corredor, ese sonido entre maniático y divertido que solo él sabe hacer.

—¿Sabes qué es lo mejor, fratello? —grita a mi espalda—. Que por fin alguien en esta casa tiene los cojones de plantarte cara. Y resulta que es tu mujer.

Me detengo un segundo, pero no le doy la satisfacción de girarme. Su risa se vuelve más fuerte.

—Anda, ve a ponerte una camisa —lo oigo decir mientras me alejo—. O mejor no, así los Colombo verán que hasta el gran Renzo Caballero puede perder la cabeza por una mujer.

Esta vez sí me giro, pero el muy cabrón ya ha desaparecido por uno de los pasillos, su risa todavía resonando por las paredes.

CAPÍTULO 15

VALENTINA

Mis manos tiemblan mientras intento abrochar el último botón de la blusa. El reflejo en el espejo me devuelve la imagen de una mujer que intenta parecer profesional: falda lápiz negra, blusa de seda color crema, tacones discretos. El pelo recogido en un moño bajo que espero que transmita seriedad.

Pero mis ojos delatan el miedo. ¿Y si no estoy preparada? ¿Y si la profesora Martínez se da cuenta de que soy un fraude, de que mi apellido es lo único que tengo?

Respiro hondo, intentando calmar los nervios que me corroen el estómago. El maletín con mis materiales espera junto a la puerta, preparado desde anoche. Lo he revisado tres veces: mis pinceles especiales, las notas sobre técnicas de restauración, el proyecto que me abrió las puertas de la universidad.

Sofia me envió un mensaje de ánimo hace media hora: «Ve a por todas, profesora Caballero». El nuevo apellido todavía suena extraño, pero me da fuerzas. Ya no soy la muñeca de los Romano. Soy una Caballero, y voy a demostrar que merezco esta oportunidad.

El rugido familiar de un motor corta el silencio de la mañana. Mi corazón se detiene un instante antes de comenzar a latir desbocado. Conozco ese sonido, lo he memorizado durante años: el Audi negro de Renzo. Me acerco a la ventana, conteniendo el aliento.

Lo veo bajar del coche con esa elegancia letal que lo caracteriza. El traje negro se ajusta a su cuerpo como una segunda piel, y la forma en que se mueve, todo poder contenido y gracia depredadora, hace que se me seque la boca. No esperaba verlo esta mañana. No cuando sé lo importante que son las reuniones que tiene pendientes.

Pero está aquí. Ha venido por mí.

El pensamiento hace que algo cálido se expanda por mi pecho. Renzo, el hombre más poderoso de Nueva York, el que tiene a todas las familias pendientes de sus movimientos, ha decidido que mi primer día de trabajo es más importante que sus obligaciones.

Bajo las escaleras intentando controlar el temblor de mis piernas. El tacón de mis zapatos marca un ritmo irregular contra el mármol, delatando mi nerviosismo. Su perfume me alcanza antes de verlo: cuero y sándalo, poder y peligro.

Está en el vestíbulo, una presencia tan imponente que hace que el espacio parezca más pequeño. La luz de la mañana arranca destellos de su pelo, y cuando se gira hacia mí, sus ojos grises me atraviesan como cuchillos.

—¿Lista? —su voz grave envía oleadas de calor por todo mi cuerpo.

—Has venido —las palabras se me escapan.

—Por supuesto que lo he hecho —dice con presura, como si le quisiera restar importancia.

Se acerca con movimientos fluidos, controlados, y toma mi maletín. El roce de sus dedos contra los míos, aunque breve, hace que mi piel arda. Desde aquella mañana en la cocina, cada contacto entre nosotros está cargado de una electricidad que amenaza con consumirme.

—Vamos —murmura, su mano encontrando la parte baja de mi espalda. El contacto, aunque sea a través de la tela de mi blusa, hace que contenga el aliento—. No querrás llegar tarde en tu primer día, profesora.

La forma en que pronuncia «profesora», con ese toque de orgullo mezclado con algo más oscuro, más posesivo, hace que mi corazón se acelere. Este hombre, que podría tener el mundo a sus pies, que controla el imperio criminal más poderoso de la costa este, está aquí, acompañándome en mi primer día como si fuera lo más importante de su agenda.

En este instante podría explotar de emoción.

Mientras me abre la puerta del coche, mientras observo la gracia letal con la que se mueve, algo se retuerce en mi interior. Porque este gesto, esta presencia inesperada pero tan deseada, significa más que todas las palabras.

El interior del Audi huele a cuero y a él. Observo de reojo cómo sus manos agarran el volante, esos dedos largos y fuertes que hace unos días abrochaban los botones de su camisa sobre mi piel. El recuerdo hace que el calor suba por mi cuello.

—Estás nerviosa —no es una pregunta. Su voz grave llena el espacio íntimo del coche.

—Un poco —admito, alisando una arruga imaginaria de mi falda—. ¿Y si no estoy preparada? ¿Si la profesora Martínez se da cuenta de que...?

—He visto tu trabajo —me interrumpe, y el modo en que lo dice, con esa certeza absoluta, hace que mi corazón dé un vuelco—. Tus técnicas de restauración son innovadoras. Si alguien va a aprender algo en esa universidad, será ella de ti.

Lo miro sorprendida. Su perfil es todo ángulos duros bajo la luz de la mañana, la mandíbula tensa en esa forma que he aprendido a reconocer cuando está conteniendo alguna emoción.

—¿Has visto mi trabajo?

Gira ligeramente la cabeza hacia mí, y por un momento sus ojos dejan el camino para encontrarse con los míos. La intensidad de su mirada hace que se me seque la boca.

—Conozco cada restauración que has hecho —su voz es más suave ahora, casi una caricia—. El Botticelli del mes pasado. La técnica que desarrollaste para las grietas en la capa pictórica. Nadie había conseguido ese nivel de detalle antes.

El calor se expande por mi pecho. Ha estado atento. Todo este tiempo, él ha estado observando, valorando mi trabajo.

—Los guardaespaldas tienen órdenes de pasar desapercibidos —continúa, volviendo a su tono profesional—. No notarás que están ahí, pero te protegerán. Es lo único que quiero que tengas en mente hoy. Lo único de lo que tienes que preocuparte.

Su mano abandona el volante un momento para rozar la mía, un gesto tan breve que casi podría haberlo imaginado. Pero la piel me arde donde sus dedos me han tocado.

—Sé que lo harás bien —añade, y hay tanto en esas palabras, tanta confianza mezclada con algo más profundo que hace que mi corazón se acelere.

Es justo lo que necesito.

El resto del viaje transcurre en un silencio cómodo, pero soy dolorosamente consciente de su presencia. De cómo sus músculos se tensan bajo el traje cuando cambia de marcha, del modo en que su perfume llena el espacio cerrado del coche, de cómo sus ojos encuentran los míos cada pocos minutos.

Cuando aparca frente a la universidad, cuando sus manos abandonan el volante y se gira hacia mí, contengo el aliento.

—Vamos —dice, y hay una nota posesiva en su voz que no estaba antes—. Quiero conocer a esta profesora Martínez.

El campus bulle de actividad matutina. Renzo camina a mi lado, su presencia intimidante haciendo que los estudiantes se aparten instintivamente de nuestro camino. Su mano no ha abandonado la parte baja de mi espalda, el gesto tan posesivo como protector.

—El despacho de la profesora Martínez está en el edificio de Restauración —indico, consultando el email en mi móvil—. Segunda planta.

Subimos las escaleras en silencio. Cada paso me acerca más a esta nueva vida que tanto he deseado, pero es la cercanía de Renzo, el calor que emana su cuerpo, lo que hace que mi corazón lata desbocado.

El departamento está al fondo del pasillo. Una secretaria nos recibe con una sonrisa nerviosa, sus ojos agrandándose al ver a Renzo.

—La profesora Martínez... —empiezo.

—Oh, ha habido un cambio —nos interrumpe, consultando sus papeles—. El profesor Renato dirigirá el programa este semestre. La profesora Martínez está de baja por maternidad.

Siento cómo Renzo se tensa a mi lado. El aire parece volverse más denso, cargado de una electricidad peligrosa.

—¿Profesor? —su voz es puro hielo.

Como si lo hubiera invocado, la puerta del despacho se abre. El profesor Renato es un hombre mayor, con el pelo plateado y gafas de montura fina. Su sonrisa amable se congela al encontrarse con la mirada asesina de mi marido.

—Señora Caballero, bienvenida —saluda, extendiendo su mano hacia mí.

Antes de que pueda responder, Renzo da un paso adelante, interponiéndose sutilmente entre el profesor y yo. La temperatura en el pasillo parece descender varios grados.

—Mi esposa —enfatiza la palabra como si fuera una amenaza— esperaba trabajar con la profesora Martínez.

—Renzo —murmuro, tocando su brazo—. No pasa nada. El profesor Renato es una eminencia en restauración del Renacimiento temprano.

Se gira hacia mí, y la intensidad en sus ojos grises hace que me falte el aire. Hay algo salvaje en su mirada, algo primitivo y posesivo que nunca le había visto antes.

Lo que sucede a continuación pasa tan rápido que apenas puedo procesarlo. Su mano encuentra mi cintura, atrayéndome contra su cuerpo con una fuerza que me deja sin aliento. La otra se enreda en mi pelo, deshaciendo el moño cuidadosamente arreglado.

Y entonces me besa.

No es un beso suave. Es fuego y posesión, es una marca grabada a fuego. Sus labios reclaman los míos con una intensidad que hace que mis rodillas tiemblen. Su lengua invade mi boca, dominante, exigente, y el gemido que escapa de mi garganta parece encenderlo aún más.

Su mano se desliza hasta mi cadera, luego más abajo, agarrando mi trasero de una manera tan posesiva que hace que todo mi cuerpo arda. El mundo desaparece. Solo existe su boca devorando la mía, su cuerpo duro presionado contra el mío, el calor que amenaza con consumirme.

Cuando finalmente se aparta, tengo que agarrarme a su chaqueta para no caer. Mi respiración es errática, mis labios palpitan, y puedo sentir cómo el rubor se extiende por mi cuello.

—Toca a mi mujer —su voz es un gruñido dirigido al profesor, que parece querer fundirse con la pared— y descubrirás por qué las familias de Nueva

York me temen.

Me da un último beso, este más suave pero igual de posesivo, antes de girarse para marcharse. Sus pasos resuenan por el pasillo mientras se aleja, dejándome temblorosa y completamente abrumada.

La secretaria tose discretamente, recordándome dónde estoy. El profesor Renato parece haber recuperado algo de color, aunque mantiene una distancia prudencial.

Debería estar avergonzada. Debería disculparme por semejante espectáculo en mi primer día.

En cambio, todo lo que puedo pensar es en cómo mis labios todavía arden por su beso, en cómo mi cuerpo entero vibra por su toque. En cómo, por primera vez desde que nos casamos, Renzo ha demostrado que soy para él algo más que una obligación.

Y mientras sigo al profesor hacia el despacho con las piernas temblorosas, una certeza se asienta en mi interior: puede que Renzo intente mantener las distancias, pero ese beso ha significado que me desea.

CAPÍTULO 16

RENZO

El sótano huele a sangre y metal oxidado. Las luces fluorescentes parpadean, creando sombras que bailan sobre las paredes de cemento. El sonido de gotas cayendo marca un ritmo constante: sangre sobre hormigón. Es un sonido familiar, como el latido oscuro de mi mundo.

Todavía puedo saborear su beso en mis labios.

El pensamiento me golpea sin avisar, como lleva haciéndolo desde esta mañana. La forma en que se derritió contra mí, el pequeño gemido que escapó de su garganta cuando la marqué como mía. Incluso aquí, rodeado de violencia y muerte, su recuerdo es como un fantasma dulce que me persigue.

El traidor de los Genovese escupe otro diente. La sangre forma un patrón sobre su camisa que me recuerda al carmín que manchaba los labios de Valentina después de besarla. Aprieto los puños, intentando centrarme.

—Te lo preguntaré una vez más —mi voz es hielo puro, pero por dentro ardo—. ¿Quién filtró la información sobre el cargamento?

Luca limpia meticulosamente su cuchillo mientras espera. La hoja brilla bajo las luces mortecinas, y por un momento veo reflejado en ella el rostro de ese profesor. La forma en que se atrevió a extender su mano hacia ella. La furia resurge, primitiva y ardiente.

El prisionero intenta sonreír, pero solo consigue una mueca sangrienta.

—No sabes lo que se te viene encima, Caballero —jadea entre dientes rotos —. El jefe tiene planes para ti.

Mi puño encuentra su mandíbula antes de que pueda terminar. El impacto envía ondas de dolor por mis nudillos, pero apenas lo noto. Estoy demasiado ocupado luchando contra los recuerdos: cómo se sentía su cuerpo contra el mío, la suavidad de su pelo entre mis dedos cuando deshice su moño, la forma en que se aferró a mi chaqueta cuando nos separamos.

No debería haber cedido a la necesidad que siento por ella.

Pero no parecía obligada. El recuerdo de la forma en que me devolvió el puto beso me está volviendo loco.

—¿Sabes qué es lo fascinante del cuerpo humano? —la voz de Luca corta mis pensamientos mientras examina su cuchillo—. Hay exactamente cuarenta y siete puntos donde puedes causar dolor extremo sin riesgo de muerte.

El prisionero se tensa. La sangre gotea de sus muñecas donde las cuerdas han cortado la piel. Es un ritual familiar: el interrogatorio, la tortura, las

confesiones. Mi vida siempre ha sido así, teñida de rojo y violencia.

Hasta ella.

Mi móvil vibra en el bolsillo. Lo ignoro, como ignoro el modo en que mis dedos ansían tocarla de nuevo, cómo mi boca arde por reclamar la suya. No puedo permitirme esas distracciones, no cuando hay tanto en juego.

Otra vibración. La pantalla se ilumina con su nombre: *Valentina*.

El mundo entero se detiene.

—Continúa —le ordeno a Luca, apartándome hacia las sombras. Mi voz suena ronca, como si hubiera estado gritando.

La foto que me ha enviado hace que todo el aire abandone mis pulmones. Está en su clase, inclinada sobre una obra que están restaurando. La luz natural que entra por los ventanales juega con su pelo, creando un halo dorado que me recuerda a esta mañana, cuando la besé hasta que ambos nos quedamos sin aliento.

Sus manos trabajan con precisión sobre el lienzo. Esas mismas manos que se aferraron a mi chaqueta, que temblaban cuando la sostuve contra mí. La blusa se le ha subido ligeramente, revelando un atisbo de piel en su cintura que hace que tenga que contener un gruñido.

¿Quién le ha sacado esta fotografía?

«*Mi primera clase*», dice el mensaje.

Los gritos del prisionero mientras Luca trabaja se mezclan con el rugido de mi sangre. El contraste me destroza: aquí estoy, en este sótano que apesta a muerte, mirando a esta mujer que es pura luz, que merece mucho más que un monstruo como yo.

Los gritos del prisionero mientras Luca trabaja se mezclan con el rugido de mi sangre. El contraste me destroza: aquí estoy, en este sótano que apesta a muerte, mirando a esta mujer que es pura luz, que merece mucho más que un monstruo como yo.

Amplío la imagen, hambriento de cada detalle. La forma en que se muerde el labio mientras se concentra, ese gesto inconsciente que me vuelve loco. La curva de su cuello cuando se inclina sobre el trabajo, el mismo lugar donde enterré mis dedos esta mañana mientras la marcaba como mía.

Y entonces lo veo: ese profesor está demasiado cerca. Se inclina sobre su hombro, señalando algo en el lienzo. Sus cuerpos no se tocan, pero la proximidad hace que algo primitivo ruja en mi interior. La misma bestia que tomó el control esta mañana cuando lo vi extender su mano hacia ella.

El recuerdo del beso me golpea con fuerza. Cómo perdí el control, cómo mis manos encontraron su cintura por puro instinto. El sabor de sus labios, dulce y adictivo. La forma en que gimió contra mi boca cuando la apreté

contra mí. Joder, ese pequeño sonido casi acaba con veinte años de autocontrol.

—¿*Fratello*? —la voz de Luca corta mis pensamientos—. ¿Continuamos o prefieres seguir mirando el móvil como un adolescente?

El cuchillo en su mano brilla con sangre fresca. El prisionero apenas está consciente, murmurando incoherencias entre dientes rotos. Este es mi mundo: violencia, sangre, muerte. Es lo que soy, en lo que los Romano me convirtieron.

Y, sin embargo, ella…

Miro la foto una última vez. La luz en su rostro, la pasión en sus ojos mientras trabaja. Tan pura, tan ajena a la oscuridad que me consume. Esta mañana crucé una línea al besarla así. Le mostré el monstruo que habita en mí, la bestia posesiva que quiere reclamarla por completo.

No puedo permitir que eso vuelva a pasar.

—Termina aquí —le digo a Luca, guardando el móvil como si quemara—. Asegúrate de que el mensaje llegue claro a los Genovese.

—¿Ya? —hay diversión en su voz—. ¿La señora Caballero requiere tu atención?

—Cállate, Luca.

Su risa me sigue mientras subo las escaleras. Ese sonido entre maniático y divertido que solo él sabe hacer.

—¿Sabes qué es lo más gracioso, *fratello*? —grita a mi espalda—. Que prefieres torturarte antes de que descubra lo que sientes por ella.

Me detengo en seco. Las palabras de Luca son como cuchillos, precisas y letales.

—Ella merece algo mejor que esto —mi voz suena áspera incluso para mis oídos—. Mejor que un hombre con las manos manchadas de sangre.

—Lo que merece —responde Luca mientras limpia su cuchillo— es que le dejes acercase a ti. Es tú mujer.

Sus palabras me persiguen mientras salgo del sótano. El aire fresco golpea mi rostro, pero no logra limpiar el sabor metálico de la sangre. Ni el recuerdo de sus labios contra los míos.

El móvil pesa en mi bolsillo como una confesión. Debería mantener la distancia, dejarla brillar en su mundo de luz y arte. Protegerla de la oscuridad que me consume.

Pero mientras subo al coche, mientras el sabor de su beso todavía arde en mi boca, sé que es una batalla perdida. Porque cada fibra de mi ser grita por ella, y ni siquiera tantos años de control férreo pueden cambiar eso.

VALENTINA

La luz natural que entra por los ventanales del taller baña el lienzo que estoy examinando. Mis dedos recorren con delicadeza las grietas en la capa pictórica, reconociendo patrones que otros pasarían por alto. El aroma familiar de los disolventes y el óleo antiguo me envuelve, recordándome que esto, este momento, es todo lo que siempre he querido.

Pero incluso mientras explico técnicas de restauración a los estudiantes que me rodean, mientras señalo las diferencias entre pigmentos del siglo XVI, mi piel todavía arde donde Renzo me tocó esta mañana.

—La clave está en entender que cada grieta cuenta una historia —mi voz suena firme, profesional, aunque por dentro tiemblo al recordar cómo sus dedos se enredaron en mi pelo—. Los patrones nos hablan de condiciones de almacenamiento, de traslados, de la vida misma del cuadro.

Un estudiante levanta la mano, pregunta algo sobre técnicas de consolidación. Respondo automáticamente, años de estudio fluyendo naturalmente. Pero mientras hablo, el recuerdo de su beso me golpea como una ola: el sabor de su boca, la forma en que su cuerpo me aprisionó contra la pared, ese gruñido posesivo que vibró contra mis labios.

—Señora Caballero —el profesor Renato mantiene una distancia prudencial desde el incidente de esta mañana—. ¿Podría mostrarnos esa técnica innovadora que desarrolló para las microfisuras?

Me inclino sobre el lienzo, consciente de cómo mi blusa se tensa contra mi pecho. Por un momento, imagino a Renzo observándome, sus ojos grises siguiendo cada uno de mis movimientos como esta mañana en el coche.

Mis manos trabajan con precisión mientras explico el proceso. Esta es mi zona de confort, donde sé exactamente quién soy y qué hago. Aquí no soy la esposa del hombre más peligroso de Nueva York, ni la hermana del don asesinado. Soy simplemente Valentina, la restauradora que puede hacer que obras centenarias vuelvan a la vida.

—El truco está en la presión —continúo, demostrando el movimiento—. Demasiada fuerza y dañaremos la capa original. Muy poca, y la grieta volverá a abrirse.

Como los besos, pienso. Como la forma en que Renzo me besó: el equilibrio perfecto entre fuerza y control, entre posesión y adoración.

La mañana transcurre entre explicaciones técnicas y demostraciones prácticas. Los estudiantes beben cada palabra, toman notas frenéticamente. Hay algo embriagador en esto, en ser valorada por mi conocimiento y no por mi apellido.

Durante un descanso, mientras los alumnos salen a almorzar, me encuentro sacando el móvil. La luz es perfecta, entrando por los ventanales y bañando el taller en un resplandor dorado. Sin pensarlo demasiado, le pido a una compañera que me tome una foto mientras trabajo en el lienzo.

Miro la imagen antes de enviarla. Se me ve concentrada, profesional, en mi elemento. Mis dedos tiemblan mientras escribo: «*Mi primera clase práctica*».

Envío el mensaje antes de que pueda arrepentirme. Mi corazón late con fuerza mientras espero, imaginando a Renzo recibiéndolo, imaginando sus ojos grises recorriendo la imagen como recorrieron mi cuerpo esta mañana.

No hay respuesta inmediata, pero tampoco la esperaba. Él tiene su propio mundo, sus propias batallas que librar, pero vino a acompañarme en mi primer día. La esperanza comienza a brillar en mi pecho. Mientras retomo la clase, mientras guío otras manos sobre lienzos antiguos, no puedo evitar preguntarme si estará pensando en mí tanto como yo pienso en él.

La tarde avanza, y con cada hora que pasa me siento más segura en este papel. Los estudiantes me miran con respeto, el profesor Renato elogia mis métodos. Pero bajo esta fachada de competencia profesional, mi piel sigue ardiendo por el recuerdo de sus manos, de sus labios, de cómo marcó su territorio esta mañana sin importarle quién mirara.

Y mientras recojo mis materiales al final del día, mientras me preparo para volver a casa, una parte de mí se pregunta si esta noche será diferente. Si por fin, después de ese beso que lo cambió todo, Renzo se acerará a mí.

El viaje de vuelta es una tortura dulce. El coche de la familia me recoge puntual, pero no es lo mismo que esta mañana. No está Renzo y su presencia magnética, ni sus manos fuertes en el volante, ni su perfume llenando el espacio íntimo del Audi.

La mansión emerge entre las sombras del atardecer. Las luces ya están encendidas, y por un momento me permito fantasear: quizás él me espera, quizás después de ese beso por fin quiera estar conmigo.

La cena está servida cuando llego. Renzo está sentado a la cabecera, tan guapo que duele mirarlo. Su traje negro está ligeramente arrugado, como si hubiera tenido un día intenso. Hay algo oscuro en sus ojos cuando me mira, algo que hace que mi piel arde.

El silencio entre nosotros está cargado de electricidad. Cada vez que nuestras miradas se cruzan sobre la mesa, el aire parece crepitar. Sus nudillos tienen heridas, noto. Pequeñas marcas rojas que me hacen preguntarme qué ha estado haciendo hoy.

—¿Cómo ha ido tu primer día? —su voz grave rompe el silencio.

—Bien —respondo, alisando inconscientemente mi falda bajo la mesa—. Los estudiantes son muy agradables.

Su mandíbula se tensa cuando me inclino para tomar mi copa. Sus ojos siguen la línea de mi cuello y el corazón se me acelera.

Pero retomamos la conversación como si no estuviera quemándome con los ojos.

La cena termina demasiado pronto. O demasiado tarde, dependiendo de cómo se mire. Renzo se levanta con esa gracia felina que lo caracteriza.

—Que descanses —murmura, y la decepción me golpea con fuerza.

Se va a comportar como si el beso no hubiera cambiado nada.

Dios. No puedo soportarlo. Pero me trago la decepción y voy a mi cuarto. No es como si pudiera obligarle a que me desee.

En mi habitación, el ritual de prepararme para dormir es meticuloso. La ducha caliente relaja mis músculos tensos por el día, pero cada gota de agua sobre mi piel me recuerda sus manos esta mañana.

Dejo que mi pelo caiga libre sobre mis hombros mientras lo cepillo. El camisón de seda color esmeralda es nuevo, comprado específicamente pensando en él. El corte es simple, pero tiene un escote que sugiere sin mostrar, un largo que revela lo suficiente de mis piernas para rozar lo obsceno, pero no tanto como para parecer vulgar.

Me siento en el borde de la cama, pensando en si hoy habrá cambiado algo y entrará mi habitación, el corazón me late tan fuerte que temo que pueda oírlo a través de la pared que separa nuestros espacios. El camisón susurra contra mis muslos cuando me muevo, y me pregunto si él está pensando en mí, si recuerda cómo me besó esta mañana.

Y entonces lo escucho: pasos acercándose a la puerta que conecta nuestras habitaciones. El sonido hace que contenga el aliento. La madera cruje suavemente, como si hubiera apoyado su mano contra ella.

El silencio que sigue es ensordecedor. Puedo imaginarlo al otro lado. Su respiración, apenas audible, se mezcla con el latido de mi corazón.

Un segundo. Dos. La eternidad contenida en el espacio entre un latido y otro.

Y entonces... los pasos se alejan.

El sonido de su cuerpo al dejarse caer contra su cama es como un puñal en mi pecho. La decepción me golpea con fuerza, mezclada con una frustración que hace que me hierva la sangre.

Me levanto y me acerco al espejo de cuerpo entero. La luz de la luna que entra por la ventana dibuja sombras suaves sobre la seda de mi camisón. No

soy la niña que Renzo cree que debe proteger. Soy una mujer, su mujer, y es hora de que lo entienda.

Mientras me deslizo entre las sábanas frías, una determinación se asienta en mi interior: si Renzo cree que puede besarme así y luego mantener las distancias, está muy equivocado.

Porque esta guerra que ha empezado con ese beso, pienso ganarla.

CAPÍTULO 17

RENZO

Los pasillos del Ritz Carlton brillan con todo el poder y la corrupción de Nueva York. Cada lámpara de cristal, cada alfombra, cada sonrisa falsa de los asistentes oculta décadas de sangre y traición. Es una gala benéfica, dicen. Como si donar migajas a la caridad pudiera lavar el dinero sucio que llena nuestras cuentas.

Valentina camina a mi lado, su mano delicada sobre mi brazo cuando entramos al salón. Solo ese gesto ya tiene a mi cuerpo preparado.

No quiero estar aquí, joder. Odio tenerla tan cerca de la gente que está planeando atacarnos, pero debo actuar con total normalidad como un miembro más de la comunidad o lo interpretarán como miedo.

Si ellos supieran que me encantaría acabar con todos.

—Señor Caballero —el maître se inclina con ese respeto teñido de miedo que siempre me sigue—. ¿Me permite la cazadora de la señora?

Antes de que pueda responder, Valentina se gira, permitiendo que el hombre deslice la prenda por sus hombros. Y entonces el mundo se detiene.

La espalda del vestido... no existe. La tela color borgoña cae como agua desde sus hombros hasta la curva de su cintura, dejando expuesta cada pulgada de piel dorada. Mis dedos se crispan, anhelando tocar, marcar, reclamar.

—¿Qué coño llevas puesto? —el gruñido escapa de mi garganta antes de poder contenerlo.

Se gira hacia mí, y la vista frontal es igual de devastadora. El vestido abraza cada curva como una segunda piel, el escote lo suficientemente bajo para ser elegante pero provocador.

—Un vestido —responde con una inocencia que sé que es falsa—. ¿No te gusta?

Doy un paso hacia ella, invadiendo su espacio personal. El aroma a vainilla que emana de su piel hace que tenga que contener un gruñido.

—No vas a entrar así.

Levanta la barbilla, desafiante. La luz de las lámparas de araña arranca destellos cobrizos de su pelo, y por un momento me pierdo en cómo sus ojos brillan con determinación.

—¿No? —su voz es suave pero firme—. ¿Y cómo piensas impedírmelo?

Antes de que pueda responder, se escabulle entre la gente. La furia y el deseo se mezclan en mi sangre mientras la veo desaparecer entre la multitud, la

tela de su vestido ondeando como una provocación.

El don de los Colombo me intercepta antes de que pueda seguirla. Negocios. Siempre negocios. Asiento mecánicamente mientras habla sobre territorios y acuerdos, pero mis ojos la siguen por el salón. La veo detenerse junto a Sofia, quien la recibe con una sonrisa. Acto seguido se ponen a hablar.

—Los Genovese están expandiendo su influencia en el puerto —continúa el don, ajeno a mi distracción.

Asiento de nuevo, forzándome a concentrarme. Soy el jefe de la familia más poderosa de Nueva York. No puedo permitir que un vestido, por devastador que sea, me distraiga de mis obligaciones.

Pero entonces la veo inclinarse para susurrar algo al oído de Sofia, y la forma en que la tela se tensa sobre sus curvas hace que pierda el hilo de la conversación. Un camarero pasa demasiado cerca de ella, sus ojos demorándose un segundo más de lo necesario en su espalda desnuda. Mis dedos se crispan alrededor de la copa.

—¿Todo bien, Caballero? —pregunta el don, notando mi tensión.

—Por supuesto —mi voz suena más áspera de lo que pretendo—. Continúe.

El tiempo se arrastra mientras mantengo estas conversaciones necesarias. Acuerdos territoriales, alianzas, amenazas veladas... el baile habitual de poder que mantiene la paz entre las familias. Pero cada vez que la veo por el rabillo del ojo, cada vez que escucho su risa flotando sobre el murmullo de la gala, mi control se agrieta un poco más.

El heredero de los Colombo se acerca a ella, ofreciéndole una copa. La forma en que sus ojos recorren la piel expuesta de su espalda hace que tenga que contener un gruñido. Ella mantiene esa sonrisa educada, la que usa en sociedad, mientras conversa con él. Es su papel, lo sé. El mismo que yo interpreto mientras discuto territorios y alianzas, pero me dan ganas de acercarme a ellos y arrancarle la cabeza a ese idiota.

Pero cada minuto que pasa, cada mirada que otros hombres le dedican, hace que la bestia en mi interior ruja por marcar territorio. Por recordarles a todos que es mía, aunque solo sea en el papel. Por demostrarles que el último Caballero no es el hombre controlado que todos creen.

Luca aparece a mi lado, su sonrisa afilada delatando que ha notado mi tensión.

—Los Genovese quieren discutir el asunto del puerto —murmura mientras juega con su copa—. Aunque viendo cómo tu mujer está revolucionando la gala, quizás deberíamos posponer la reunión.

—No me toques los cojones, Luca.

—Solo digo que nunca te había visto tan tenso —su sonrisa se ensancha—. Es... refrescante.

—Vete a tomar por culo, Luca.

La veo moverse hacia la barra, y esta vez no puedo contenerme. En tres zancadas estoy detrás de ella, mi pecho rozando su espalda desnuda. Su piel es como seda caliente contra mí.

—Vas a conseguir que mate a alguien esta noche —gruño contra su oído, tan bajo que solo ella puede oírme—. Si veo otra mano acercándose a tu espalda, si noto otra mirada recorriendo lo que es mío, alguien va a terminar con un tiro entre las cejas.

Se estremece, pero no es de miedo. Conozco ese temblor, es el mismo que sentí contra mis labios cuando la besé en la universidad.

—¿Lo que es tuyo? —susurra, y hay algo en su voz que hace que mi polla se ponga dura contra la tela del pantalón—. Qué curioso. No pareces muy interesado en reclamar lo que te pertenece.

Se gira ligeramente, y el movimiento hace que su cadera roce justo donde más duele. Tengo que contener un gruñido.

—No juegues con fuego, Valentina.

—¿Por qué no? —sus ojos brillan con desafío—. ¿Qué más da que otros miren algo que a ti no te interesa tocar?

Antes de que pueda agarrarla, antes de que pueda demostrarle exactamente cómo quiero tocarla, se escabulle entre la gente. La muy descarada tiene el valor de lanzarme una última mirada por encima del hombro, y juro que veo una sonrisa en sus labios.

VALENTINA

Mi corazón late desbocado mientras me alejo de la barra, pero mantengo la cabeza alta. El vestido susurra contra mi piel con cada paso, recordándome que esta noche soy una mujer con una misión. No la niña que todos insisten en proteger.

Sus palabras todavía arden en mi oído: «*Si veo otra mano acercándose a tu espalda, si noto otra mirada recorriendo lo que es mío, alguien va a terminar con un tiro entre las cejas.*» La amenaza, susurrada con esa voz que promete violencia, hace que un escalofrío recorra mi columna.

Sofia me intercepta entre la multitud, una copa de champán en su mano y una sonrisa cómplice en sus labios.

—Por tu cara, diría que el plan está funcionando —susurra mientras finge un brindis—. No ha apartado los ojos de ti en toda la noche.

Tomo un sorbo de champán, permitiéndome una mirada discreta hacia donde está Renzo. La forma en que su mandíbula se tensa cuando otro invitado pasa demasiado cerca de mí hace que una oleada de satisfacción me recorra. El depredador más peligroso de Nueva York, el hombre que todas las familias temen, está perdiendo el control. Por mí.

—La señora Colombo quiere presentarte a su nuera —murmura Sofia, señalando con un gesto sutil hacia un grupo de mujeres—. ¿Lista para el interrogatorio?

Asiento, enderezando los hombros. El movimiento hace que la tela del vestido se deslice contra mi piel desnuda, y noto cómo la mirada de Renzo se clava en mi espalda como un cuchillo ardiente.

Las esposas de los capos son como serpientes vestidas de seda italiana. Sus sonrisas son tan falsas como los diamantes que adornan sus cuellos, y sus preguntas son dardos envenenados disfrazados de cortesía.

—Qué tragedia lo de Marco —comenta la señora Colombo, estudiando mi reacción por encima de su copa de champán—. Tan joven, tan... repentino.

Mantengo mi expresión serena, aunque noto cómo Sofia se tensa a mi lado. Todas están esperando que me derrumbe, que muestre alguna grieta en mi fachada.

Como no pudieron hacerlo en la boda quieren mi reacción ahora.

—La vida es impredecible —respondo con una sonrisa estudiada—. Pero Renzo está manejando los negocios de la familia admirablemente.

—Debe ser... diferente, estar casada con un Caballero —la voz de la nuera de los Colombo gotea veneno dulce—. Después de todo, los Romano.

—Los Caballero siempre fueron respetados por su honor —la corto con elegancia—. Mi marido está restaurando ese legado.

El champán burbujea en mi copa, pero apenas lo pruebo. La tensión de mantener esta fachada, de jugar a la perfecta esposa de la mafia mientras siento la mirada ardiente de Renzo siguiendo cada uno de mis movimientos, está empezando a pasarme factura.

Las preguntas siguen, cada vez más afiladas. ¿Cómo es vivir en la nueva mansión? ¿Cuándo pensamos tener hijos? ¿No es peculiar que Renzo mantenga a Luca tan cerca después de la boda? Cada respuesta que doy es analizada, diseccionada, evitando cualquier señal de debilidad.

El aire del salón se vuelve más denso con cada minuto que pasa. El vestido, que me hacía sentir poderosa hace una hora, ahora parece atrapar demasiadas miradas. O quizás es solo que la intensidad de los ojos de Renzo me está quemando viva.

—Necesito un momento —murmuro a Sofia, quien asiente comprensiva.

Me abro paso entre la multitud, consciente de cómo la tela se desliza contra mi piel con cada movimiento. Las puertas de la terraza prometen un respiro, un momento de paz lejos de sonrisas falsas y preguntas envenenadas.

El aire fresco de la noche golpea mi piel desnuda, y por fin puedo respirar. Las luces de Nueva York brillan bajo nosotros, un mar de estrellas artificiales que ocultan la verdadera naturaleza de la ciudad. Como todos en esta gala, supongo.

Me acerco a la barandilla, dejando que el viento juegue con mi pelo. Desde aquí puedo escuchar la música amortiguada del salón, las risas, los susurros. Todo ese mundo de apariencias del que necesitaba escapar, aunque fuera por un momento.

El frío de la noche eriza mi piel expuesta, pero es un alivio comparado con el calor abrasador de su mirada que he estado soportando toda la noche. Cierro los ojos, permitiéndome un momento de debilidad. Sus palabras siguen resonando en mi mente: «*Si veo otra mano acercándose a tu espalda...*»

El sonido de pasos tras de mí rompe mi momento de paz. Probablemente otro invitado buscando aire fresco, o quizás Sofia viniendo a buscarme.

Pero entonces el aroma me golpea: cuero, whisky y ese toque de peligro que es únicamente suyo. Antes de poder girarme, su calor corporal me envuelve, y su voz grave hace que todo mi cuerpo tiemble:

—¿Qué estás haciendo, Valentina?

Mi respiración se detiene. Está tan cerca que puedo sentir el calor que emana de su cuerpo, aunque no me toca. La barandilla fría contra mis manos es lo único que me mantiene anclada a la realidad.

—Solo necesitaba aire —intento que mi voz suene firme, pero el temblor me traiciona.

Su risa es oscura, peligrosa.

—¿Aire? Después de pavonearte por el salón con ese vestido, después de provocarme toda la noche.

Da un paso más, y ahora sí, su pecho roza mi espalda desnuda. El contacto, aunque mínimo, envía descargas eléctricas por todo mi cuerpo. Su aliento cálido acaricia mi cuello cuando se inclina para susurrar:

—¿Sabes lo que me está costando no arrancarte ese vestido aquí mismo?

Un gemido escapa de mis labios antes de poder contenerlo. Como respuesta, sus manos encuentran mis caderas, y el agarre es posesivo, casi doloroso.

—Renzo... —mi voz suena necesitada incluso para mis propios oídos.

—No —gruñe contra mi oído—. No digas mi nombre así. No cuando llevo toda la noche conteniéndome para no follarte contra cada superficie de

este maldito hotel.

El calor se acumula en mi vientre. Instintivamente, me arqueo contra él, y entonces lo siento: está duro como el acero contra mi espalda baja.

He conseguido excitarle.

Mi reacción, ese movimiento instintivo contra su erección, parece romper algo en él. Sus manos aprietan mis caderas con más fuerza, y por un glorioso momento creo que por fin va a tomarme como he estado deseando toda la vida.

Pero entonces... se aparta.

El frío de la noche golpea mi espalda donde antes estaba su calor. Me giro, confundida, y lo que veo me deja sin aliento: sus ojos son puro fuego contenido, su mandíbula está tan tensa que temo que se rompa los dientes.

—No estás preparada para esto —su voz suena ronca, casi dolorida—. No estás preparada para el animal que vive dentro de mí.

—Soy tu mujer —las palabras salen antes de poder contenerlas—. ¿Por qué te niegas a tocarme?

—Precisamente por eso —me corta, y hay algo salvaje en su mirada que hace que mi vientre se contraiga—. Porque eres demasiado pura para la oscuridad que me consume.

Se gira para marcharse, pero antes de hacerlo, sus ojos recorren mi cuerpo una última vez, como si quisiera memorizar cada detalle.

—Vuelve a la fiesta —ordena, y su voz ha recuperado ese tono frío y profesional que odio—. Y por tu bien, mantente alejada de mí el resto de la noche.

Lo veo desaparecer en el salón, dejándome sola con la frustración ardiendo en mis venas. Las luces de la ciudad brillan bajo nosotros, ajenas a cómo mi mundo acaba de tambalearse de nuevo.

Porque ahora lo sé con certeza: Renzo me desea. Me desea tanto que tiene que huir de mí para mantener el control. Y esa revelación, en lugar de asustarme, solo hace que lo desee más.

La pregunta es: ¿qué tengo que hacer para que deje de verme como algo demasiado puro para corromper?

CAPÍTULO 18

RENZO

La noche de Nueva York envuelve el Audi como un manto de terciopelo negro. El motor ronronea suavemente mientras dejamos atrás las luces del Ritz Carlton, cada kilómetro poniendo más distancia entre nosotros y lo que sucedió en esa terraza.

Valentina está sentada a mi lado, tan cerca que su perfume a vainilla inunda mis sentidos. La tela de su vestido susurra con cada movimiento del coche, recordándome cómo se sentía su piel desnuda contra mi pecho. No hemos cruzado una palabra desde que me aparté de ella, desde que tuve que usar cada gramo de autocontrol para no tomarla allí mismo.

La observo por el rabillo del ojo: su perfil recortado contra las luces de la ciudad, la forma en que su pelo cae sobre sus hombros desnudos, cómo sus manos descansan delicadamente sobre la tela borgoña que tanto me ha torturado esta noche. Incluso ahora, después de horas, el pensamiento de su espalda expuesta hace que tenga que apretar la mandíbula.

Luca conduce en silencio, pero puedo ver su sonrisa conocedora en el espejo retrovisor. El muy cabrón ha estado disfrutando de verme perder los papeles toda la noche, de ser testigo de cómo el gran Renzo Caballero se deshace por su mujer.

Las calles están inusualmente despejadas para ser medianoche en Manhattan. Mi mente registra este detalle casi inconscientemente, como registra la furgoneta negra que apareció tres cruces atrás, o la moto que mantiene su distancia a nuestra derecha. Son detalles pequeños, casi imperceptibles, pero años en este mundo te enseñan a reconocer cuando algo no encaja.

La moto se acerca a nosotros.

Mi brazo se mueve por instinto, empujando a Valentina contra el asiento mientras mi cuerpo se gira para cubrirla. El movimiento es fluido, practicado en mil entrenamientos, pero esta vez el miedo me corroe las entrañas. No es mi vida la que está en juego.

—¡Luca! —el rugido escapa de mi garganta mientras el primer disparo revienta el cristal trasero.

El mundo explota en un caos de cristales y balas. Mantengo a Valentina presionada contra el asiento, mi cuerpo como un escudo sobre el suyo. Siento

el ardor de una bala rozando mi brazo, pero apenas lo registro. Solo existe ella, su respiración agitada contra mi pecho, el temblor de su cuerpo bajo el mío.

—¡Agáchate! —ordeno a Valentina mientras Luca hace girar el Audi bruscamente.

El aroma metálico de mi sangre se mezcla con su perfume a vainilla. La bala que me rozó el brazo ha dejado un surco ardiente en mi piel, pero el dolor solo alimenta mi furia. Se han atrevido a atacarnos. Se han atrevido a ponerla en peligro.

Luca frena de golpe, haciendo que la furgoneta nos sobrepase. Mi Beretta encuentra su objetivo casi sin apuntar: las ruedas traseras revientan en una explosión de goma y chispas. El vehículo derrapa, golpeando una farola con un estruendo metálico.

La moto se acerca por la derecha. El tirador levanta su arma, pero es demasiado lento. Mi siguiente disparo encuentra su pecho, y el cuerpo cae como un muñeco roto mientras la moto se estrella contra un contenedor.

—¿Estás herida? —mi voz suena áspera, desesperada, mientras mis manos recorren su cuerpo buscando heridas—. Valentina, mírame. ¿Estás herida?

Sus ojos encuentran los míos en la penumbra del coche, y el miedo que veo en ellos hace que algo se rompa en mi interior.

—Estoy bien —susurra, pero el temblor en su voz me destroza—. Renzo, tu brazo...

—No es nada —gruño, aunque la sangre ya mancha la manga de mi chaqueta—. Luca, a casa. Ya.

Sin esperar respuesta, atraigo a Valentina hacia mí, sentándola en mi regazo. Necesito sentirla cerca, asegurarme de que está a salvo. Su cuerpo tiembla contra el mío, y el vestido que tanto me ha torturado esta noche ahora está manchado con mi sangre.

—Si te hubiera pasado algo... —mi voz es apenas un susurro ronco contra su pelo—. Juro por Dios que si te hubieran herido, habría quemado esta ciudad hasta los cimientos.

Sus dedos se aferran a mi camisa, y el gesto hace que la estreche con más fuerza. El aroma a vainilla de su pelo se mezcla con el olor a pólvora y sangre, recordándome lo cerca que he estado de perderla.

—¿Cómo se atreven? —el gruñido sale desde lo más profundo de mi pecho —. ¿Cómo se atreven a atacarme cuando mi mujer está conmigo?

Mis dedos se enredan en su pelo, necesitando el contacto, necesitando saber que está aquí, viva, a salvo. La siento temblar contra mi pecho y cada temblor es como un puñal. Ella no debería conocer este miedo, esta violencia. Debería estar protegida de toda esta oscuridad.

—Luca —mi voz suena ronca—. Cuando lleguemos, quiero que investigues todo. Quién, por qué, cómo sabían nuestra ruta. Todo.

—¿Y tú, *fratello*?

—Yo me ocuparé mañana —mis brazos se aprietan alrededor de Valentina cuando el coche toma una curva—. Esta noche solo... solo necesito asegurarme de que está bien.

La mansión emerge entre las sombras. Debería soltarla, mantener la distancia que me he impuesto desde que nos casamos. Pero cuando intenta moverse, mis brazos se niegan a dejarla ir.

Entramos en casa y sigo cargándola. Subo las escaleras que conducen hasta mi habitación.

—Renzo, estás sangrando —susurra contra mi cuello, y el roce de sus labios hace que tenga que contener un escalofrío—. Déjame curarte.

La guío hasta el baño de mi habitación y la dejo en el suelo. Esta noche no puedo soportar la idea de tenerla lejos. Sus pasos son inestables mientras caminamos, y mi brazo en su cintura es lo único que la mantiene erguida. La adrenalina está empezando a abandonarla, dejando solo el shock y el agotamiento.

La alzo suavemente, sentándola en el borde del lavabo de mármol. El vestido borgoña se desliza sobre sus muslos con el movimiento, pero por primera vez esta noche, no me permito mirar. Me estiro para alcanzar el botiquín del segundo cajón, ignorando el dolor punzante en mi brazo.

—Déjame curarte —repite, su voz es suave pero firme, y ese tono profesional casi me hace sonreír. Incluso ahora, después de todo lo que ha pasado, mantiene esa fortaleza que me vuelve loco.

—Quítate la ropa —ordena mientras abre el botiquín, y hay algo en su voz que hace que tenga que contener un escalofrío.

La tela se pega a la herida cuando intento quitarme la camisa. Sus manos encuentran las mías, ayudándome con los botones. El roce de sus dedos contra mi piel envía descargas eléctricas por todo mi cuerpo. Está tan cerca que puedo contar sus pestañas, ver cómo su pulso late en su cuello.

—No es profundo —murmura mientras examina el arañazo, sus dedos gentiles alrededor de la herida—. Pero necesitará puntos.

La observo trabajar, hipnotizado por la concentración en su rostro. Sus manos tiemblan ligeramente mientras limpia la sangre, pero sus movimientos son precisos, cuidadosos. El alcohol escuece cuando toca la herida, pero apenas lo noto. Estoy demasiado concentrado en cómo se muerde el labio inferior mientras enhebra la aguja.

—Lo siento si duele —susurra, y la preocupación en su voz hace que algo se retuerza en mi pecho.

—He tenido peores —respondo, pero mi voz suena ronca incluso para mis propios oídos.

El primer punto hace que mis músculos se tensen, pero no por el dolor. Es la intimidad del momento: ella entre mis brazos, sus manos en mi piel, su aliento cálido contra mi hombro mientras trabaja. La preocupación que siente por mí. Todo lo que me he negado desde que nos casamos, concentrado en este instante.

Sus dedos trazan suavemente el contorno de los puntos cuando termina, como si quisiera asegurarse de que ha hecho un buen trabajo. El gesto es tan íntimo, tan lleno de cuidado, que hace que mi garganta se cierre.

—Deberías descansar —murmuro, pero no me muevo. No puedo. Está atrapada entre el lavabo y mi cuerpo, y la idea de apartarme, de romper este momento, me resulta físicamente dolorosa.

—Renzo... —su voz tiembla ligeramente—. No quiero estar sola esta noche.

Ni yo quiero tenerla lejos. Necesito asegurarme de que está a salvo.

Las palabras hacen que todo mi cuerpo se tense. Debería decirle que no. Debería mantener las distancias que me he impuesto. Pero el recuerdo de los disparos, de su cuerpo temblando bajo el mío mientras la protegía me hacen ceder. Necesito esto tanto como ella.

—Duerme conmigo —las palabras salen antes de poder detenerlas—. Solo dormir.

Sus ojos encuentran los míos, y la vulnerabilidad que veo en ellos hace que algo primitivo se retuerza en mi interior. Asiente una vez, y el movimiento hace que un mechón de pelo caiga sobre su rostro.

Sin pensar, mis dedos lo apartan, rozando su mejilla en el proceso. Su piel es tan suave que tengo que contener un gruñido.

—Te traeré algo para dormir —murmuro, apartándome antes de hacer algo estúpido, como besarla hasta que olvide el miedo de esta noche.

Encuentro una de mis camisetas negras en el armario. Es vieja, suave por los lavados, y la idea de verla con mi ropa hace que algo posesivo ruja en mi interior. Cuando regreso al baño, está intentando alcanzar la cremallera de su vestido, sus movimientos todavía temblorosos por el shock.

—Déjame —mi voz suena más ronca de lo que pretendo.

Mis dedos encuentran el cierre. Lo bajo despacio, dolorosamente consciente de cada centímetro de piel que voy revelando. El vestido cae a su alrededor en un susurro de seda, dejándola solo en ropa interior de encaje negro.

Aparto la mirada, extendiendo la camiseta como una barrera entre nosotros.

—Ponte esto.

La tela negra cae sobre ella como una caricia, llegándole a medio muslo. Verla así, envuelta en mi ropa, con el pelo revuelto y las mejillas sonrojadas, hace que tenga que recurrir a todo mi autocontrol.

—Ven —murmuro, guiándola hacia la cama.

Las sábanas están frías cuando nos deslizamos entre ellas. Mantengo una distancia prudente, pero su calor corporal me alcanza incluso así. El aroma a vainilla de su pelo se mezcla con el mío en las almohadas, y ese detalle íntimo hace que algo se retuerza en mi pecho.

En la oscuridad, su respiración es el único sonido. Intento mantener la distancia, pero cada pequeño temblor de su cuerpo me llama como un imán. Cuando un trueno lejano hace que se sobresalte, mi brazo se mueve por instinto, atrayéndola hacia mí.

—Shh... estás a salvo —susurro contra su pelo mientras ella se acurruca contra mi pecho desnudo—. Nadie va a tocarte mientras yo respire.

Sus dedos trazan patrones suaves sobre mi piel, rozando cicatrices antiguas, evitando cuidadosamente la herida reciente. El gesto es tan íntimo que hace que mi garganta se cierre. La necesidad de tenerla cerca, de sentir su calor, su vida pulsando contra mí, es más fuerte que cualquier barrera que haya construido.

La siento relajarse gradualmente contra mi cuerpo, su respiración volviéndose más profunda. El aroma a vainilla de su pelo me envuelve mientras el sueño la reclama poco a poco. Solo por esta noche, me permito esto: tenerla en mis brazos, protegerla, sentirla viva y a salvo.

Mañana volverán las barreras. Mañana volveré a ser el soldado que soy.

Pero esta noche... esta noche solo existe ella.

CAPÍTULO 19

VALENTINA

Me despierto envuelta en su aroma. Por un momento desorientador, no reconozco dónde estoy, pero entonces los recuerdos de anoche me golpean: los disparos, la sangre, sus brazos protegiéndome. Y después... después, la forma en que me sostuvo mientras dormía, como si temiera que pudiera desaparecer.

La cama está vacía, pero todavía conserva su calor. Su camiseta negra cae sobre mis muslos cuando me incorporo, y el aroma a sándalo y cuero que emana de ella me hace cerrar los ojos un momento.

El sonido de la ducha me alerta de su presencia. Minutos después, emerge del baño ya vestido, todo poder contenido en un traje negro. Sus ojos se oscurecen ligeramente al verme en su cama, llevando su ropa.

—No irás a trabajar —su voz no admite discusión—. No hasta que encuentre quién ordenó el ataque.

Me sorprendo a mí misma asintiendo. Hace unos días, me habría rebelado contra esta orden. Pero después de anoche, después de sentir el miedo en su voz cuando me preguntaba si estaba herida, no puedo hacerlo.

—Lo entiendo —respondo suavemente—. Llamaré a la universidad, diré que estoy enferma.

Algo parpadea en sus ojos, ¿sorpresa quizás? No esperaba que cediera tan fácilmente.

—Luca se quedará contigo —continúa, ajustándose el reloj—. No salgas de la casa. No abras a nadie.

—Lo sé, Renzo —mi voz suena más fuerte de lo que me siento—. Ve. Haz lo que tengas que hacer.

Se detiene en la puerta, como si quisiera decir algo más. Por un momento, creo que va a regresar, que va a besarme como lo hizo en la universidad. Pero solo asiente una vez antes de marcharse.

Me dejo caer contra las almohadas, inhalando su aroma. Anoche sentí algo diferente en él, algo que iba más allá de la protección. La forma en que me sostuvo, cómo sus dedos se enredaron en mi pelo. Por primera vez desde que nos casamos, pude sentir al hombre bajo la armadura.

Me levanto, me hago un café y me dirijo a la biblioteca para tomarlo con tranquilidad. Hay muchas cosas en las que necesito pensar.

El sonido de tacones en el pasillo me hace levantar la vista. Sofia irrumpe en mi habitación como un huracán, todavía con su bata de médico y el pelo recogido apresuradamente.

—¿Se puede saber por qué no me has llamado? —exige, sus ojos brillando con una mezcla de preocupación y enfado—. ¿Tengo que enterarme por mi padre de que os han atacado?

Me levanto de la cama y ella me envuelve en un abrazo feroz.

—Si te llega a pasar algo, te mato —murmura contra mi pelo, y no puedo evitar reír.

—Esa amenaza no tiene sentido.

—Me da igual —se aparta y me estudia de arriba abajo—. ¿Qué llevas puesto?

El calor sube por mi cuello mientras juego con el dobladillo de la camiseta negra.

—Es de Renzo.

—Eso ya lo veo —Sofia se sienta en el borde de mi cama—. La pregunta es por qué la llevas.

Me siento a su lado, consciente de cómo su mirada registra cada detalle: las ojeras bajo mis ojos, el ligero temblor en mis manos.

—Dormí en su habitación anoche.

—¿Qué? —sus ojos se agrandan—. Vale, empieza por el principio. Y no te atrevas a omitir ni un detalle.

Le cuento todo: los disparos, cómo Renzo me protegió con su cuerpo, la bala que lo hirió. Cuando llego a la parte donde le pedí que durmiera conmigo, Sofia me interrumpe.

—¿Y qué te dijo?

—Dijo que era solo para dormir —aclaro, recordando la tensión en su voz cuando lo sugirió—. Pero me sostuvo toda la noche, Sofia. Como si temiera que fuera a desaparecer.

—¿Y esta mañana?

—Me dijo que no puedo ir a trabajar hasta que encuentren quién ordenó el ataque.

Sofia frunce el ceño.

—¿Y lo aceptaste?

—Si lo hubieras visto anoche —miro hacia la ventana, donde los hombres de Renzo patrullan el perímetro—. El miedo en su voz cuando me preguntó si estaba herida... Nunca lo había visto así.

—¿Y ahora qué? —pregunta Sofia, recostándose contra el sofá—. ¿Volvéis a las habitaciones separadas como si nada?

—No lo sé —admito—. Esta mañana apenas me miró antes de irse. Pero anoche fue diferente. La forma en que me tocaba, cómo sus dedos se enredaban en mi pelo. Por primera vez sentí que no me veía como a una niña que tiene que proteger.

—Quizás porque casi te pierde —señala Sofia—. A veces necesitamos un susto así para ver lo que tenemos delante.

Y puede que tenga razón.

Los días siguientes se convierten en una rutina extraña. Renzo sale antes del amanecer y vuelve tarde, cuando ya estoy en mi habitación. A veces lo escucho pasar por el pasillo, sus pasos deteniéndose brevemente frente a mi puerta. Pero nunca entra.

Al tercer día, la frustración comienza a crecer. Aquella noche, cuando me sostuvo entre sus brazos, pensé que algo había cambiado. Pero ahora parece más distante que nunca.

Al quinto día, mientras reviso unos libros de restauración en la biblioteca, lo veo en el jardín. Está entrenando con algunos de sus hombres, y la vista de su cuerpo moviéndose con esa gracia letal hace que se me seque la boca. Por un momento nuestras miradas se cruzan a través del cristal, y el calor en sus ojos me atraviesa. Pero entonces se gira bruscamente, como si el solo hecho de mirarme le doliera.

Una semana después del ataque, mientras observo su silueta alejarse en el Audi negro, algo hace clic en mi mente. La forma en que me mira cuando cree que no lo noto, cómo sus músculos se tensan cuando paso cerca, el modo en que sus ojos se oscurecen cuando llevo sus camisetas para dormir.

Renzo me desea. Lo sé con una certeza que me atraviesa como un rayo. Pero por alguna razón que no logro comprender, está luchando contra ello con todas sus fuerzas.

Mientras subo a mi habitación, una determinación nueva se asienta en mi pecho. Si Renzo quiere jugar a ser el soldado perfecto, el guardián intocable... bien. Pero dos pueden jugar a este juego.

CAPÍTULO 20

VALENTINA

El reflejo en el espejo de mi habitación me devuelve una imagen que apenas reconozco. La luz de la luna se filtra por las cortinas, dibujando sombras suaves sobre el camisón de encaje negro que Sofia me ayudó a elegir hace semanas. En aquel momento no me atreví a usarlo, pero esta noche por fin lo haré.

Mis dedos tiemblan mientras ajusto uno de los tirantes. La tela es tan fina que prácticamente no oculta nada, y el escote... Dios, nunca he llevado algo así. El rubor sube por mi cuello solo de pensar en lo que estoy a punto de hacer.

Los sonidos familiares de la noche llenan la mansión: los guardias cambiando turno en el jardín, el crujido del parqué antiguo y, sobre todo, los pasos de Renzo en la habitación contigua. Cada noche la misma rutina: su ducha, el sonido de las páginas mientras lee algo en la cama, el silencio cuando finalmente se duerme.

Excepto que esta noche será diferente.

El corazón me late tan fuerte que temo que pueda oírlo a través de la pared que separa nuestras habitaciones. La idea de lo que voy a hacer hace que el estómago se me retuerza con una mezcla de nervios y anticipación. Nunca he hecho algo así, nunca me he mostrado tan vulnerable.

Pero estoy cansada. Cansada de cómo me mira cuando cree que no lo noto, de cómo sus ojos arden cuando llevo sus camisetas para dormir, de cómo se tensa cada vez que paso cerca. Y, sobre todo, estoy cansada de que no haga nada al respecto.

Me acerco a la puerta que conecta nuestras habitaciones. Está cerrada, como siempre, pero sé que no tiene pestillo. Renzo lo mandó quitar el primer día, alegando motivos de seguridad.

Mi mano se detiene en el pomo. Al otro lado, escucho el sonido familiar de las páginas al pasar. Está leyendo, como cada noche. Probablemente informes sobre quién ordenó el ataque, o planes para mantener el control de la ciudad.

Con dedos temblorosos, abro ligeramente la puerta. Lo suficiente para que el sonido llegue hasta él, para que pueda ver si quiere mirar. Rezo para que no se dé cuenta de que he abierto la puerta hasta que no sea demasiado tarde.

El camisón susurra contra mis muslos mientras regreso hacia la cama. Mi corazón late tan fuerte que casi ahoga el sonido de su respiración al otro lado.

Cierro los ojos, reuniendo todo mi valor. Una parte de mí no puede creer lo que estoy a punto de hacer, pero la otra... la otra está cansada de esperar que él dé el primer paso.

Deslizo los dedos entre mis piernas y me dejo llevar, dejando salir todos los sonidos que se crean en mi cuerpo, mientras pienso en que es él tocándome. El silencio al otro lado es absoluto: ha dejado de pasar páginas. Mi respiración se vuelve más pesada mientras mis manos siguen moviéndose.

El primer gemido que escapa de mis labios es suave, casi tentativo, pero sé que lo ha oído. El crujido de su cama me lo confirma. Mis dedos encuentran puntos sensibles y esta vez el suspiro que dejo escapar lleva su nombre.

La puerta se abre de golpe, pero me fuerzo a no reaccionar. No necesito abrir los ojos para saber que está ahí, observando. El aire entre nosotros se vuelve denso, cargado. Su respiración, antes silenciosa, ahora es pesada, irregular.

Arqueo la espalda, dejando que el camisón se deslice hacia arriba. El encaje roza mis pezones endurecidos y el gemido que suelto esta vez es salvaje. Lo escucho contener el aliento, y luego una maldición ronca, casi animal.

El sonido de sus pasos acercándose hace que mi corazón se acelere aún más. Entreabro los ojos y la visión me deja sin aliento: está apoyado en el marco, su pecho desnudo subiendo y bajando erráticamente, sus ojos convertidos en fuego líquido.

Su mano se desliza hacia la cinturilla de sus pantalones y por un momento glorioso creo que va a tocarse él también. Pero entonces se gira bruscamente y se mete en su habitación como una exhalación. Segundos después, la puerta de su baño se cierra con tanta fuerza que las paredes tiemblan.

Me quedo inmóvil, jadeando, la frustración mezclándose con una determinación renovada. Si cree que esta es la única vez que voy a tentarlo, está muy equivocado.

Mañana... mañana llevaré esto más lejos.

La segunda noche mi determinación es aún mayor. El camisón es más atrevido: transparencias estratégicas, el encaje que apenas cubre lo necesario. Esta vez, cuando me tumbo en la cama, dejo la puerta muy abierta desde el principio.

Mi cuerpo ya sabe lo que viene, anticipando sus reacciones. Mis dedos encuentran un ritmo más seguro, más audaz. Los gemidos que escapan de mi garganta son menos tímidos, más deliberados. Cada sonido es una invitación, una súplica silenciosa.

Lo escucho moverse antes incluso de que aparezca en la puerta. Esta vez, cuando entreabro los ojos, veo que ha dado un paso dentro de mi habitación. Su mano está dentro de sus pantalones de pijama, moviéndose al ritmo de mis gemidos.

La visión hace que el calor explote en mi vientre. Verlo así, perdiendo el control por mí... Arqueo la espalda, dejando que mi mano libre suba por mi cuerpo, acariciando donde quiero que él me toque.

—Renzo... —mi voz es un ruego necesitado.

Su respuesta es un gruñido animal. Da otro paso hacia mi cama, su mano moviéndose más rápido. La tensión en el aire es tan densa que apenas puedo respirar.

El orgasmo me golpea sin avisar, arrancado por la visión de él tocándose mientras me mira. Su nombre escapa de mis labios como una plegaria.

Pero cuando abro los ojos, ya no está.

Me quedo mirando el techo, jadeando, escuchando el sonido de la ducha en su baño. La frustración se mezcla con algo más oscuro, más determinado.

Necesito ir más lejos.

Cojo el móvil de la mesilla y escribo un mensaje a Sofia: «Necesito que me ayudes a comprar algo».

La respuesta llega casi al instante: «Es casi de madrugada, ¿estás bien?»

«Sí, pero hay algo requiere tu experiencia y tu discreción.»

«Valentina Romano, me estás asustando.»

«Caballero. Soy Valentina Caballero. Y necesito verte mañana.»

«¿Tiene esto algo que ver con cierto marido tuyo que parece una estatua de hielo?»

Me muerdo el labio, pensando en cómo hace unos minutos ese *hielo* ardía mientras me observaba desde la puerta.

«Digamos que el hielo igual puede empezar a derretirse. ¿Almorzamos mañana?»

«Mi apartamento, 1 PM. Y más te vale traer una botella de vino, porque presiento que esta conversación la va a necesitar.»

No puedo evitar sonreír mientras respondo: «Trato hecho.»

El amanecer me encuentra ya despierta, repasando mentalmente cómo enfrentarme a Renzo. Lo encuentro en la cocina, su presencia llenando el espacio como siempre. Se tensa visiblemente cuando entro, sus nudillos blancos alrededor de la taza de café.

No parece que tenga muchas ganas de hablar sobre lo de ayer.

Bien, porque no pienso decir nada.

—Buenos días —mi voz suena más segura de lo que me siento. Especialmente después de lo de anoche.

Solo asiente, sus ojos fijos en el periódico frente a él. Pero noto cómo contiene la respiración cuando paso a su lado para servirme café.

—Voy a almorzar con Sofia hoy —anuncio, apoyándome en la encimera—. Y mañana vuelvo al trabajo.

La taza golpea la mesa con más fuerza de la necesaria.

—No.

—No te estoy pidiendo permiso —mantengo mi tono tranquilo mientras le añado leche al café—. Han pasado dos semanas desde el ataque. No pienso seguir encerrada.

Se levanta con esa gracia felina que lo caracteriza. En dos zancadas está frente a mí, invadiendo mi espacio personal. Su aroma, mezclado con el café recién hecho, hace que se me seque la boca.

—Es peligroso —su voz es un gruñido bajo.

—La vida es peligrosa —respondo, alzando la barbilla—. Pon todos los guardaespaldas que quieras, seguiré tus protocolos de seguridad. Pero voy a volver a trabajar.

Sus ojos recorren mi rostro, buscando algo. ¿Miedo quizás? ¿Duda? Lo que sea que ve hace que su mandíbula se tense aún más.

—Valentina...

—No —lo corto—. No vas a mantenerme encerrada como una princesa en su torre. Soy tu esposa, no tu prisionera. Hace días te escuché decir que ya habíais neutralizado la amenaza.

Aprieta los labios molesto porque sabe que tengo razón.

Cuando desliza sus ojos a mi boca el aire entre nosotros se vuelve denso, cargado de todas las cosas que no nos decimos.

—¿Y el almuerzo con Sofia? —pregunta finalmente, dando un paso atrás.

—También voy a ir —tomo un sorbo de café, intentando calmar mi pulso acelerado—. A menos que quieras explicarme por qué no debería.

Sus ojos se oscurecen, y por un momento creo que va a mencionar lo de anoche. Que por fin vamos a hablar de la tensión que crece entre nosotros.

En cambio, se gira bruscamente.

—Luca te llevará. Ni se te ocurra separarte de él.

Lo veo marcharse, su espalda rígida bajo el traje negro. Solo cuando escucho el motor de su coche alejándose me permito soltar el aire que contenía.

Fase uno completada. Ahora solo necesito que Sofia me ayude con la fase dos.

El apartamento de Sofia está en el centro, en un edificio antiguo con vistas al parque. Luca se queda en el vestíbulo mientras subo en el ascensor, repasando mentalmente cómo voy a explicarle a mi mejor amiga lo que necesito.

Sofia me recibe con una botella de vino ya abierta y una mirada que promete un interrogatorio exhaustivo. Tira de mi mano y me arrastra hasta el salón.

—Vale —dice mientras me sirve una copa—. Suéltalo. ¿Qué estuviste haciendo para que me escribieses de madrugada?

Me siento en el sofá.

—¿Recuerdas el camisón negro que me ayudaste a elegir?

—¿El de encaje que juraste que nunca te atreverías a utilizar? —su sonrisa se ensancha.

—Lo usé anoche —tomo un largo sorbo de vino—. Y funcionó. Bueno, más o menos.

—Define «más o menos» —se inclina hacia adelante, toda su atención centrada en mí.

Le cuento todo, los avances de las dos noches. Cuando llego a la parte donde Renzo apareció en la puerta, Sofia casi derrama su vino.

—¡Esa es mi chica! ¿Y dices que se tocó mientras te miraba? —pregunta emocionada—. Vamos por el buen camino.

El rubor sube por mi cuello.

—Sí. Pero luego... luego huyó al baño. Las dos noches.

—Joder —Sofia se reclina en su sillón—. Vale, tenemos que hacer algo todavía más atrevido. ¿Qué tienes en mente?

—Necesito... —me muerdo el labio, reuniendo valor—. Necesito algo que lo haga perder el control definitivamente. Algo que cuando me vea usarlo no pueda resistirse.

—Vamos, suéltalo —me apremia Sofia con una sonrisa traviesa.

—Quiero comprar un consolador.

Sofia prácticamente salta de la emoción.

—¡Es una idea brillante! —Se levanta y va hacia su habitación—. Renzo necesita ver que estás dispuesta a perder tu virginidad con un juguete para espabilar.

Regresa con su iPad, sentándose a mi lado.

—Tengo algunos contactos discretos. Nada de tiendas locales donde puedan reconocerte.

—Sofia, no tengo ni idea de lo que quiero —mi voz se apaga mientras ella navega por una web que hace que el rubor se extienda hasta mi cuello.

—Este —señala uno que parece sorprendentemente... realista—. No es demasiado grande para ser tu primera vez, pero lo suficiente para que tu marido pierda la cabeza cuando te vea usarlo.

—No puedo creer que estemos haciendo esto —murmuro, pero mis ojos no pueden apartarse de la pantalla.

—¿Prefieres seguir con tus shows nocturnos mientras él huye a darse duchas frías? —arquea una ceja—. Porque por lo que me has contado, está a punto de romperse. Solo necesita un último empujón.

—¿Y si...? —me muerdo el labio—. ¿Y si aun así no funciona?

Sofia deja el iPad y toma mis manos.

—Cariño, cuando te vea a punto de entregar tu virginidad a un trozo de silicona se va a volver loco.

—¿Tú crees? —mi voz suena pequeña, esperanzada.

—Por favor —rueda los ojos—. Estoy absolutamente segura.

Miro la pantalla de nuevo. El objeto que podría cambiar todo entre Renzo y yo me intimida y me intriga a partes iguales.

—¿Cuánto tarda en llegar? —pregunto finalmente.

La sonrisa de Sofia es puro triunfo mientras pulsa «comprar».

—Dos días. ¿Crees que podrás mantener a tu marido al borde hasta entonces?

El recuerdo de cómo me miraba anoche, de cómo su mano se movía dentro de sus pantalones, hace que el calor se expanda por mi vientre.

—Oh, tengo algunas ideas para estos dos días.

CAPÍTULO 21

RENZO

Mi polla lleva dura desde que me levanté. Como cada maldita mañana desde que Valentina empezó con sus juegos nocturnos. La ducha fría no ha servido de nada, como tampoco sirvió anoche cuando tuve que masturbarme tres veces seguidas después de verla tocarse.

Los Colombo siguen hablando de territorios y yo solo puedo pensar en el encaje negro deslizándose sobre su piel, en cómo arqueó la espalda cuando se corrió susurrando mi nombre. Mi cuerpo entero arde con cada recuerdo: sus gemidos, el rubor en sus mejillas, la forma en que sus pezones se marcaban bajo la tela transparente.

Voy a perder la puta cabeza.

—Los Genovese están expandiendo su influencia en el puerto —dice alguien, pero las palabras llegan distantes.

¿Cómo voy a concentrarme cuando todavía puedo oler su excitación en el aire? ¿Cuando cada vez que cierro los ojos la veo con las piernas abiertas, tocándose mientras me mira? Llevo varias noches sin dormir, torturado por sus sonidos al otro lado de la pared, por la forma en que me provoca sabiendo exactamente lo que me hace.

La reunión más importante de la semana y mi mente solo puede pensar en follarla contra cada superficie de la mansión.

El don de los Colombo me mira expectante, esperando una respuesta que no he escuchado. Me ajusto en la silla, intentando disimular la erección que no ha bajado en toda la mañana. El traje italiano de tres mil dólares se siente como una prisión.

—Repite la pregunta —mi voz suena más ronca de lo normal.

—Decía que los Genovese... —se interrumpe cuando mi móvil vibra sobre la mesa.

El mensaje de Giuseppe hace que me tense por razones completamente diferentes: «Ha llegado un paquete para la señora. Sin remitente. ¿Procedo con el protocolo de seguridad?»

La preocupación momentáneamente supera al deseo. Un paquete sin identificar, en medio de esta guerra silenciosa que se desarrolla en las calles.

—Disculpadme —me levanto de golpe—. Tengo un asunto urgente que atender.

Los hombres asienten con ese respeto teñido de miedo que siempre me sigue. Si supieran que el temible Renzo Caballero está siendo destruido por una mujer de veintitrés años y sus juegos nocturnos.

Giuseppe me espera en el salón, ha dejado el paquete sobre la mesa. Es pequeño, discreto. No parece una amenaza, pero en nuestro mundo las apariencias engañan.

—¿Lo has escaneado? —pregunto mientras me quito la chaqueta.

—Sí, está limpio. Sin explosivos, sin sustancias tóxicas —informa—. Es algo de plástico o silicona, según el escáner.

Examino el paquete con cautela. La dirección está escrita a máquina, solo aparece el nombre de Valentina en letras negras. Sin remitente, sin logotipo de empresa. Mis dedos recorren los bordes, buscando cualquier señal de manipulación.

El cuchillo de combate se desliza de mi manga a mi mano por instinto. Con un movimiento preciso, corto el precinto. El cartón cede fácilmente, revelando una caja más pequeña dentro.

—Puedes retirarte —le digo a Giuseppe.

Cuando la puerta se cierra tras él, abro la segunda caja. El tiempo se detiene. Mi mente tarda varios segundos en procesar lo que estoy viendo: un consolador.

No me jodas.

El cacharro es realista, de un tamaño considerable. El juguete que mi esposa, mi Valentina, piensa usar para...

La furia explota en mi pecho como una bomba. Las implicaciones de lo que sostengo, de para qué lo quiere, me hacen perder la cabeza. Mi polla se endurece dolorosamente mientras mi mente conjura imágenes de ella usándolo, hasta que la furia las reemplaza, cuando pienso en cómo planea entregarse a un pedazo de silicona en vez de a mí.

El rugido que escapa de mi garganta hace temblar las ventanas. En dos zancadas estoy en la puerta.

—¡El coche! —le grito a Luca mientras paso como una tormenta por su lado—. Ahora.

Ni siquiera registro como nos montamos. Solo sé que estoy a punto de reventar.

El Audi negro corta las calles de Manhattan como un depredador. Luca conduce en silencio, lanzándome miradas por el retrovisor. El consolador pesa en el bolsillo de mi chaqueta como una acusación.

—¿Quieres explicarme por qué vamos a la universidad como si nos persiguiera el diablo? —pregunta finalmente.

No respondo. No puedo. La rabia y el deseo se mezclan en mi sangre como un cóctel explosivo. Las imágenes no dejan de torturarme: Valentina tumbada en su cama, arqueándose mientras ese pedazo de plástico se mete en su interior.

No lo permitiré mientras viva.

—Aparca en la entrada lateral —ordeno cuando llegamos al campus.

Los guardaespaldas que vigilan a Valentina se tensan visiblemente al verme. Uno de ellos señala hacia el edificio de Restauración.

—Está en clase práctica, señor. Tercer piso, laboratorio...

No lo dejo terminar. Subo las escaleras de dos en dos, mi cuerpo vibrando con una energía contenida que amenaza con explotar. Los estudiantes se apartan instintivamente de mi camino, reconociendo el peligro incluso sin saber quién soy.

No tardo en dar con ella.

La encuentro inclinada sobre un lienzo, explicando algo a un grupo de alumnos. El profesor está demasiado cerca, observando por encima de su hombro. Mis dedos se crispan, anhelando romperle el cuello solo por respirar cerca de ella.

—Fuera —mi voz corta el aire como un látigo—. Todos.

Solo hay un momento de estupor antes de que obedezcan.

El laboratorio se vacía en segundos. Nadie cuestiona mi orden, nadie se atreve a mantener mi mirada. Solo Valentina permanece inmóvil, su espalda recta mientras cierra con calma el frasco de disolvente que estaba usando.

Cuando se gira hacia mí, el aire abandona mis pulmones. Es jodidamente preciosa. Su pelo está recogido en un moño suelto, y el rubor que sube por su cuello me pone insoportablemente duro.

Cierro la puerta sin apartar mis ojos de ella. El sonido del pestillo resuena en el silencio del laboratorio.

—¿Qué significa esto? —gruño, sacando el consolador de mi bolsillo y dejándolo caer sobre la mesa.

Sus ojos se agrandan por un segundo antes de que el desafío destelle en sus labios.

—Creo que es bastante obvio lo que es —responde, y hay algo en su voz que hace que mi polla se endurezca dolorosamente—. Ya que mi marido no parece interesado en reclamar sus derechos...

No la dejo terminar. En dos zancadas estoy frente a ella, acorralándola contra la mesa de trabajo. El calor de su cuerpo atraviesa las capas de ropa entre nosotros.

—¿Crees que esto es un juego? —mi voz es apenas un gruñido mientras mis manos encuentran sus caderas—. ¿Crees que puedes torturarme durante días y luego comprar esta mierda?

—No es un juego —susurra, y su voz tiembla ligeramente—. Es una declaración de intenciones.

La furia y el deseo batallan en mi interior mientras la observo. El rubor en sus mejillas, la forma en que sus ojos brillan con determinación... está preciosa cuando me desafía.

—¿Qué quieres de mí, Valentina? —gruño, inclinándome hasta que nuestros rostros están a centímetros—. ¿Qué pretendes conseguir con esto?

—Quiero a mi marido —responde sin titubear—. Quiero que dejes de tratarme como si fuera de cristal. Como si fuera demasiado pura para ti.

Sus palabras me golpean como un puñetazo. La sinceridad en su voz, la vulnerabilidad mezclada con determinación... hace que algo se rompa en mi interior.

—No sabes lo que pides —mi voz suena ronca, casi dolorida—. No tienes idea del monstruo que vive dentro de mí.

—Entonces muéstrame ...

No termina la frase. No puede. Mis labios encuentran los suyos en un beso brutal, posesivo. Un beso que marca territorio, que reclama lo que es mío.

—Eres mía —gruño contra sus labios mientras mis manos encuentran su cintura—. Solo mía.

—Demuéstralo —susurra, desafiante incluso ahora—. Demuestra que te pertenezco.

Sus palabras hacen que algo primitivo ruja en mi interior. La alzo sobre la mesa de trabajo, colocándome entre sus piernas. Su bata de laboratorio se desliza hacia arriba, revelando más piel.

—¿Esto es lo que querías? —murmuro contra su cuello—. ¿Provocarme hasta que perdiera el control?

—Quiero que me hagas tuya —su voz tiembla, pero es firme—. Aquí. Ahora.

Me aparto lo suficiente para mirarla a los ojos. El deseo que veo en ellos casi acaba con mi control, pero...

—No —mi voz suena ronca—. No aquí. No así.

—¿Por qué no? —hay frustración en su tono.

—Porque mereces más que un polvo rápido en un laboratorio —gruño, aunque me cuesta mantener la distancia—. Cuando te haga mía, será en nuestra cama. Como mi mujer merece.

—Entonces quizás debería probar otras opciones —murmura, sus ojos desafiantes—. Ya que mi marido prefiere mantener las distancias...

Mi mano encuentra su barbilla, obligándola a mirarme.

—No te atrevas.

—¿O qué? —su voz tiembla, pero mantiene el desafío—. ¿Vas a seguir huyendo cada vez que me acerco? ¿Cada vez que intento...?

—Estás jugando con fuego, Valentina.

—Tal vez quiero quemarme —responde, y hay tanta determinación en su voz que hace que algo se retuerza en mi pecho—. Tal vez estoy cansada de que decidas por mí lo que merezco o no.

La observo en silencio, luchando contra el impulso de demostrarle exactamente por qué he mantenido las distancias. Su respiración es agitada, sus mejillas sonrojadas, y cada fibra de mi ser grita por reclamarla.

—Dame dos días —las palabras salen como un gruñido—. Dos días para prepararlo todo como mereces.

Sus ojos brillan con curiosidad.

—¿Preparar qué?

—La primera vez de mi mujer —respondo, y mi voz suena más posesiva de lo que pretendo—. Si voy a reclamarte, lo haré bien.

—¿Y mientras tanto? —hay un toque de provocación en su tono que hace que tenga que apretar los puños.

—Mientras tanto... —me inclino para susurrar en su oído—. Ni se te ocurra tocar ese juguete. O cualquier otro. Tu placer me pertenece, Valentina. Solo a mí.

CAPÍTULO 22

VALENTINA

Han pasado dos días desde el incidente en el laboratorio. Dos días en los que apenas he visto a Renzo, aunque he sentido su presencia en cada detalle: las flores frescas en mi estudio cada mañana, la forma en que sus hombres parecen más atentos que nunca, cómo su colonia permanece en el aire minutos después de que abandone una habitación.

La anticipación me consume por dentro. Esta noche... esta noche por fin seré suya en todos los sentidos. El hombre del que llevo enamorada desde que tengo uso de razón, el que ha protagonizado cada uno de mis sueños, va a reclamarme como su mujer.

La nota descansa sobre mi tocador, el papel grueso doblado con precisión militar. La caligrafía de Renzo, firme y elegante, solo indica: "*Esta noche, 7 PM. Ponte el vestido que encontrarás en tu armario.*" Las palabras son simples, pero hacen que mi piel arda. Porque sé lo que significan, lo que prometen.

Mis manos tiemblan mientras me preparo. Cada gesto está cargado de significado: la loción de vainilla, la lencería de encaje nueva que he elegido específicamente para esta noche. Quiero ser perfecta para él, quiero que cuando me mire no vea a la niña que creció bajo su protección, sino a la mujer que anhela convertirse en suya.

Me arreglo el pelo con cuidado, creando ondas suaves que caen sobre mis hombros. Mientras mis dedos trabajan, no puedo evitar imaginar cómo se sentirán los de Renzo enredándose en mi pelo esta noche. Cómo sus manos, esas manos letales que he visto matar por mí, me tocarán con la gentileza que solo él puede tener.

El vestido aparece ante mí cuando abro la caja, y por un momento me quedo sin aliento. Es una obra de arte en sí mismo: seda color champán que parece fluir como agua entre mis dedos. El corte es un equilibrio perfecto entre elegancia y sensualidad, como si Renzo hubiera captado exactamente la esencia de quién soy.

Mientras me lo pongo, cada roce de la tela contra mi piel me hace estremecer. La seda se ajusta a mis curvas como si hubiera sido creada específicamente para mí, el escote cae en una cascada suave que sugiere sin mostrar. La espalda, aunque no tan atrevida como el vestido de la gala, tiene un corte impresionante.

Me observo en el espejo y casi no me reconozco. La mujer que me devuelve la mirada no es la niña que querían controlar, ni siquiera la profesora que restaura obras de arte. Es una mujer lista para ser amada, para entregarse al hombre que ha ocupado cada uno de sus pensamientos desde que tiene memoria.

El reloj marca las 6:55 y cada minuto parece una eternidad. Me pregunto si Renzo estará pensando en mí la mitad de lo que yo pienso en él.

El sonido del Audi negro llegando a la entrada hace que mi corazón se detenga un instante. Los tacones resuenan contra el mármol mientras bajo las escaleras, intentando mantener la compostura, aunque por dentro tiemble.

Renzo está de espaldas, hablando con Luca en voz baja. El traje negro se ajusta a sus hombros de una forma que debería ser ilegal. Se gira antes de que llegue al último escalón, sus sentidos siempre alerta, siempre consciente de todo lo que sucede a su alrededor.

Sus ojos me recorren lentamente, desde los tacones hasta el último mechón de mi pelo. La intensidad de su mirada hace que se me seque la boca. Hay algo salvaje contenido en esos ojos grises, algo que promete que esta noche será diferente.

—Perfecta —murmura, y su voz suena como un gruñido contenido.

Luca suelta una risa por lo bajo y murmura algo que suena sospechosamente a «patético» antes de desaparecer por el pasillo.

—¿Lista? —pregunta Renzo mientras me ofrece su brazo, su voz más ronca de lo normal.

Asiento, incapaz de confiar en mi voz. Su colonia me envuelve cuando me acerco, ese aroma único que me hace temblar por dentro.

El Audi negro se desliza por las calles de Manhattan. Renzo conduce en silencio, sus manos firmes en el volante, y hay algo en la tensión de sus hombros que me dice que está tan ansioso como yo.

Cuando el MET aparece frente a nosotros, mi corazón da un vuelco. El museo está cerrado a esta hora, las luces apagadas excepto... excepto por el ala de restauración, que brilla como un faro en la noche.

—Renzo… no puede ser —mi voz suena pequeña, incrédula.

—El restaurador jefe nos espera —responde sin mirarme, pero puedo ver la pequeña sonrisa que curva sus labios—. Pensé que te gustaría ver el Botticelli que están restaurando.

El aire se me atora en la garganta. He estado intentando conseguir acceso a esa restauración durante meses. Es uno de los proyectos más importantes del año, y la técnica que están usando...

—¿Cómo has...?

—Tengo mis recursos —responde simplemente mientras aparca frente a la entrada privada.

Un hombre mayor nos espera en la puerta y, cuando nos acercamos, lo reconozco. Es el doctor Harrison, el restaurador jefe. Lo reconozco de las fotografías de sus publicaciones.

—Señora Caballero —saluda con entusiasmo—. He leído su trabajo sobre técnicas de consolidación en grietas microscópicas. Brillante, absolutamente brillante.

Se me escapa un jadeo. Viniendo de él es un halago enorme.

—Gracias —respondo con alegría.

Las siguientes dos horas son un sueño hecho realidad. El doctor Harrison me guía por el laboratorio de restauración, mostrándome cada detalle del proceso que están siguiendo con el Botticelli. No puedo contener mi entusiasmo cuando me explica la nueva técnica que han desarrollado para las microfisuras.

—¿Ve esta zona? —señalo un área particular del lienzo—. La degradación del pigmento sugiere que hubo una intervención anterior, probablemente en el siglo XVIII.

El doctor Harrison asiente emocionado, y pronto nos sumergimos en una discusión técnica sobre métodos de consolidación. Es tan apasionante que casi olvido que Renzo está ahí... casi.

Porque, aunque parece mantenerse en segundo plano, siento su mirada siguiendo cada uno de mis movimientos. La forma en que sus ojos se oscurecen cuando me inclino sobre el lienzo, cómo me observa cuando me entusiasmo explicando un detalle particularmente interesante.

—Su esposa tiene un don excepcional —comenta el doctor Harrison a Renzo—. El departamento estaría encantado de tenerla como consultora en futuros proyectos.

La mano de Renzo encuentra la parte baja de mi espalda, el contacto enviando descargas eléctricas por todo mi cuerpo.

—Lo sé —responde, y hay algo en su voz que hace que me tiemblen las rodillas.

—Hay algo más que quiero mostrarte —murmura contra mi oído cuando el doctor Harrison se excusa para atender una llamada.

Me guía hacia las escaleras de servicio, su mano nunca abandonando mi espalda. Cada paso hace que la anticipación crezca en mi interior. ¿Qué más puede haber preparado?

Cuando abre la puerta de la azotea, el aire abandona mis pulmones. El espacio es algo mágico: luces suaves cuelgan en guirnaldas creando un dosel de

estrellas artificiales, y en el centro, una mesa para dos con vistas a Central Park.

La ciudad brilla bajo nosotros, un mar de luces que se extiende hasta donde alcanza la vista. El aire de la noche es fresco, pero apenas lo noto cuando Renzo se quita la chaqueta y la coloca sobre mis hombros. Su calor y su aroma me envuelven, haciendo que mi piel arda.

La cena es íntima, perfecta. El champán burbujeante se mezcla con la conversación mientras Renzo me cuenta en los proyectos que está metido. Su voz grave llena el espacio entre nosotros, y hay algo diferente en él esta noche, como si hubiera bajado algunas de sus barreras.

No paro de provocarlo cada vez que puedo.

Me inclino sobre la mesa para coger un trozo de pan y el vestido se desliza exactamente como esperaba, revelando mis pechos, y noto cómo sus ojos siguen el movimiento, cómo su mandíbula se tensa.

—Valentina... —su voz suena ronca, casi dolorida.

—¿Mmm? —murmuro, dejando que mis dedos recorran la mesa con deliberada lentitud.

El sonido que escapa de su garganta es casi animal. En un movimiento fluido está de pie, su presencia llenando todo el espacio.

—O nos vamos ahora mismo —su voz es un gruñido contenido—, o voy a tomarte aquí mismo, sobre esta mesa, con toda Manhattan como testigo.

Un escalofrío me recorre la columna ante sus palabras. La forma en que me mira, como un depredador contenido, hace que el calor se acumule en mi vientre.

—¿Y si quiero quedarme? —mi voz suena más segura de lo que me siento, especialmente cuando da un paso hacia mí.

—No me tientes —su voz es puro terciopelo oscuro—. No cuando llevo toda la noche conteniéndome para no arrancarte ese vestido.

La ciudad brilla bajo nosotros, ajena a la tensión que crece entre nosotros. El aire de la noche es fresco, pero mi piel arde donde su mirada me toca.

—Has sido muy considerado —murmuro, levantándome despacio—. El museo, la cena…

—Y tú has sido una provocadora —gruñe, acortando la distancia entre nosotros—. La forma en que te has estado inclinando, cómo te mordías el labio mientras hablábamos.

—No sé de qué estás hablando —protesto con falsa inocencia, pero el brillo en sus ojos me dice que no me cree.

—A casa —ordena, y su voz no admite discusión—. Ahora. O juro por Dios que las cámaras de seguridad del museo van a captar algo más que arte esta noche.

CAPÍTULO 23

VALENTINA

El viaje de vuelta es una tortura dulce. La tensión en el Audi es tan densa que apenas puedo respirar. Renzo conduce en silencio, sus nudillos blancos sobre el volante, y cada vez que el coche frena en un semáforo, siento cómo su mirada recorre mi perfil.

Cuando llegamos a la mansión, casi no espera a que el motor se detenga por completo. En un movimiento fluido está fuera del coche y abriendo mi puerta. Su mano encuentra la mía y el simple contacto hace que todo mi cuerpo tiemble.

Entramos en la mansión envueltos en un silencio cargado de promesas. Sus dedos entrelazados con los míos son un ancla a la realidad mientras subimos las escaleras. Cada paso nos acerca más al momento que he soñado durante años, y mi corazón late tan fuerte que estoy segura de que puede oírlo.

No vamos hacia mi habitación, sino hacia la suya. La realización hace que el aire se atasque en mi garganta. Su territorio, su espacio más privado. El lugar donde finalmente seré suya.

Se detiene frente a la puerta, y por un momento solo nos miramos. La intensidad en sus ojos grises hace que me tiemblen las rodillas. Hay algo salvaje en su mirada, apenas contenido, que promete que esta noche será diferente a todo lo que he imaginado.

Cuando abre la puerta, el aire abandona mis pulmones. La habitación se ha transformado: docenas de velas bañan el espacio en una luz dorada, suave, íntima. Pétalos de rosa blancos crean un camino hacia la cama, donde las sábanas de seda negra contrastan con más pétalos esparcidos sobre ellas.

El aroma es una mezcla embriagadora de sándalo y rosas que hace que la cabeza me dé vueltas. O quizás es la forma en que Renzo me mira mientras cierra la puerta tras nosotros, como si fuera algo precioso y al mismo tiempo algo que quiere devorar.

—Ven aquí —su voz es grave, casi un susurro, mientras extiende su mano hacia mí.

Cuando nuestros dedos se tocan, una corriente eléctrica recorre todo mi cuerpo. Me atrae hacia él con una suavidad que contrasta con la tensión que veo en sus hombros. Sus manos encuentran mi cintura y el calor que emana a través de la seda del vestido hace que contenga el aliento.

—Date la vuelta —murmura contra mi oído.

Obedezco, y el aire se vuelve más denso cuando sus dedos encuentran la cremallera de mi vestido. La baja con una lentitud tortuosa, sus nudillos rozando cada centímetro de piel que va quedando expuesta. Cuando llega al final, sus manos suben por mi espalda desnuda, dejando un rastro de fuego a su paso.

El vestido cae a mis pies en un susurro de seda, revelando el conjunto de encaje que elegí específicamente para esta noche. El sonido que escapa de su garganta es casi animal.

—¿Esto también es para mí? —su voz es ronca mientras sus dedos trazan el borde del encaje en mi cadera.

—Todo es para ti —susurro, y mi voz tiembla cuando sus labios encuentran mi cuello.

Sus manos recorren mis costados con una delicadeza que hace que me derrita contra él. Pero puedo sentir cómo tiembla, cómo lucha por mantener el control.

Sus labios trazan un camino por mi cuello mientras sus manos me sostienen con firmeza. Me gira lentamente hasta que quedamos frente a frente, y la intensidad en sus ojos hace que me tiemblen las rodillas.

—¿Estás segura? —su voz es ronca, contenida—. Si quieres que pare solo tienes que decirlo.

—Te he deseado durante años —las palabras salen antes de poder contenerlas—. Cada noche he imaginado tus manos y tus labios contra mi piel.

RENZO

Sus palabras hacen que algo primitivo ruja en mi interior. La alzo en brazos y la llevo hasta la cama, depositándola con una suavidad que contradice el fuego que me consume. Los pétalos blancos contrastan con el encaje negro, con su piel dorada.

Su piel es seda bajo mis dedos, y cada gemido que arranco de su garganta es una tortura. He soñado con esto durante años, imaginando cómo sonaría mi nombre en sus labios cuando la tocara así. La realidad es mil veces mejor y mil veces más devastadora.

Mis labios trazan un camino descendente por su cuello, saboreando cada centímetro que durante tanto tiempo me he negado. El encaje negro contra su piel es una obra de arte, pero lo que me destruye es saber que lo eligió para mí, que ha planeado esto tanto como yo.

—Déjame demostrarte lo que me haces —murmuro contra su piel mientras mis manos encuentran el borde de su ropa interior—. Lo que siempre me has

hecho.

Sus dedos se enredan en mi pelo cuando beso el valle entre sus pechos, y el pequeño tirón arranca un gruñido de mi garganta. Quiero devorarla, marcarla como mía, pero me obligo a mantener el control. Tiene que ser perfecto para ella. Tengo que ser perfecto para ella.

—Por favor —su voz tiembla, y ese ruego hace que algo primitivo se retuerza en mi interior.

—Déjame cuidar de ti —susurro contra su piel mientras desciendo, dejando besos suaves por su vientre. Mis dedos encuentran el encaje de sus bragas, y con una delicadeza que no sabía que poseía, las deslizo por sus piernas.

El aroma de su excitación hace que tenga que cerrar los ojos un momento, luchando por mantener el control. Cuando los abro, la visión de ella sobre mis sábanas negras, completamente expuesta para mí, hace que mi garganta se cierre.

—Mírame —ordeno, colocándome entre sus piernas. Cuando sus ojos encuentran los míos, veo tanto deseo y confianza en ellos que hace que algo se retuerza en mi pecho—. Quiero ver tu rostro mientras te demuestro cuánto te he deseado.

El primer roce de mi lengua contra su centro arranca un gemido de su garganta que hace que todo mi cuerpo arda. Sus manos encuentran mi pelo, y el pequeño tirón cuando profundizo el contacto me vuelve loco. La saboreo lentamente, memorizando cada sonido que hace, cada movimiento de sus caderas.

Sus muslos tiemblan cuando mi lengua encuentra un punto sensible que hace que arquee la espalda. La sostengo firme con mis manos mientras la llevo al límite con una devoción que nunca he sentido por nada ni nadie.

Sus reacciones me vuelven loco. La forma en que susurra mi nombre, cómo sus dedos se tensan en mi pelo, el rubor que desciende por su cuello hasta su pecho. La mantengo al borde, alternando entre momentos de intensidad y caricias suaves que la hacen temblar.

—Renzo, por favor —su voz es un ruego necesitado que hace que algo primitivo se retuerza en mi interior.

Me incorporo para mirarla, y la visión me deja sin aliento. Su pelo esparcido sobre mis almohadas, sus ojos brillantes de deseo, sus labios entreabiertos... es la cosa más hermosa que he visto jamás.

—Eres perfecta —murmuro mientras me inclino para besarla. Mis manos encuentran su cintura, y el contraste entre su piel suave y mis dedos callosos me recuerda cuánto tiempo he esperado este momento—. No sabes cuántas noches he soñado con tenerte así.

Cuando me incorporo sobre ella, su mirada me atraviesa. Hay tanta confianza en sus ojos, tanta entrega, que hace que mi corazón se detenga un instante. Mi mano encuentra su mejilla, y el modo en que se inclina hacia mi toque me desarma por completo.

—Quiero que esta noche sea perfecta para ti —susurro contra sus labios—. Quiero darte todo lo que mereces.

—Ya lo es —responde, y su voz tiembla ligeramente—. Porque eres tú.

Sus palabras hacen que algo se rompa en mi interior. La beso con una intensidad que me sorprende incluso a mí mismo, intentando transmitir en ese gesto todo lo que no me atrevo a decir. Mis manos recorren su cuerpo con reverencia, memorizando cada curva, cada temblor.

—Mírame —murmuro, separándome lo justo para encontrar sus ojos—. Si en algún momento quieres que pare...

—No pares —me interrumpe, y hay tanta determinación en su voz que hace que mi control se tambalee—. Te quiero a ti, Renzo. Solo a ti.

Sus palabras encienden algo dentro de mí. Me incorporo lo suficiente para quitarme la camisa, y el modo en que sus ojos recorren mi torso, cómo sus dedos trazan mis cicatrices con adoración en lugar de repulsión, hace que mi control penda de un hilo.

—Has sido mi sueño durante tanto tiempo —confieso mientras mis labios encuentran su cuello, el punto donde su pulso late desbocado—. Mi tortura más dulce.

Sus manos descienden por mi pecho, tímidas al principio, luego más seguras. Cuando llegan al borde de mi pantalón, contengo el aliento. La ayudo a desvestirme, y el rubor que sube por su cuello cuando me ve completamente desnudo hace que tenga que cerrar los ojos un momento.

Me coloco entre sus piernas, apoyando mi peso en los antebrazos. El primer contacto de nuestros cuerpos desnudos arranca un gemido de ambos. La beso profundamente mientras mis caderas se mueven contra ella, dejando que sienta lo que me hace, cuánto la deseo.

—Voy a ir despacio —prometo contra sus labios.

Sus uñas se clavan en mi espalda cuando empiezo a entrar en ella, y el pequeño gesto de dolor en su rostro hace que me detenga. La beso suavemente, distrayéndola con caricias hasta que la tensión abandona su cuerpo.

Sus ojos nunca dejan los míos mientras entro en ella. El calor y la estrechez casi acaban con mi control, y tengo que recurrir a años de disciplina para no perderme en la sensación. Sus manos se aferran a mis hombros, y cada pequeña muestra de dolor en su rostro es como un puñal.

—Respira —gruño contra su cuello, mi propia voz irreconocible por el deseo—. Déjame cuidar de ti.

Cuando finalmente estoy completamente dentro, tengo que detenerme. No solo por ella, sino porque la sensación de tenerla así, de estar finalmente donde he soñado durante años, amenaza con destruir todo mi autocontrol.

El instinto primitivo en mi interior ruge por reclamarla, por demostrarle a quién pertenece. Pero el ligero temblor de su cuerpo, la confianza ciega en sus ojos, me anclan. No soy el animal que los Romano crearon. No con ella.

—Mírame —ordeno, y mi voz suena como una súplica ronca—. Necesito ver que estás bien.

—Es increíble —dice entre gemidos.

El movimiento de sus caderas contra las mías casi acaba conmigo. Encuentro un ritmo lento, controlado, aunque cada fibra de mi ser grita por más. Sus gemidos son mi tortura y mi salvación, cada uno amenazando con romper las cadenas de mi control.

El sabor de su piel, mezclado con el aroma a vainilla que me ha torturado siempre, hace que mi control se desmorone poco a poco. Mis dedos se clavan en sus caderas con más fuerza de la que pretendo, pero los sonidos que escapan de su garganta me dicen que le gusta.

—Renzo —gime mi nombre, y el sonido hace que algo salvaje se retuerza en mi interior—. Más.

Gruño contra su cuello, luchando contra el impulso de tomarla como realmente deseo. Sus uñas arañan mi espalda cuando acelero ligeramente el ritmo, y cada marca que deja en mi piel es como gasolina en el fuego que me consume.

—No sabes lo que me haces —mi voz es apenas reconocible, ronca por el deseo contenido—. Lo que me cuesta no follarte como un salvaje.

Me interrumpo cuando arquea su espalda, ofreciéndose a mí de una manera que hace que tenga que cerrar los ojos. La forma en que confía en mí, cómo se entrega completamente... joder, merezco arder en el infierno solo por tocarla.

Sus piernas se enredan en mi cintura, cambiando el ángulo, y el gemido que escapa de sus labios casi acaba con mi cordura. La beso con hambre, devorando cada sonido que hace, marcándola como mía de la única manera que me permito.

La siento temblar bajo mi cuerpo, y sus ojos brillan con una intensidad que me desarma. La beso profundamente, intentando transmitir todo lo que no puedo decir con palabras. Todo lo que significa para mí este momento, esta entrega.

—Eres mía —gruño contra su cuello, y las palabras saben a promesa—. Solo mía.

Sus manos se aferran a mis hombros mientras nos movemos juntos, encontrando un ritmo que hace que el mundo desaparezca. Solo existe ella: su piel contra la mía, sus suspiros en mi oído, la forma en que susurra mi nombre como una plegaria.

La siento tensarse bajo mi cuerpo, sus manos aferrándose a mis hombros con más fuerza. La forma en que dice mi nombre, mezclado con pequeños gemidos, me dice que está cerca. Mantengo el ritmo constante, controlado, aunque me cueste toda mi disciplina no perderme en ella.

—Déjate ir —murmuro contra su oído—. Estoy aquí.

Cuando llega su momento, es la cosa más hermosa que he visto jamás. La forma en que arquea la espalda, cómo sus ojos se cierran y sus labios se entreabren susurrando mi nombre. La sostengo mientras tiembla, besando suavemente su cuello, su mandíbula, sus labios.

Solo entonces me permito seguirla, perdiéndome finalmente en ella. Años de control, de contención, se desvanecen en un instante. Su nombre escapa de mis labios como una plegaria mientras la abrazo contra mi pecho.

Es el mejor orgasmo de mi vida.

Nos quedamos así, entrelazados, mientras nuestras respiraciones se normalizan. Su piel brilla con una fina capa de sudor, y la forma en que su cuerpo encaja perfectamente contra el mío hace que algo primitivo en mi interior ronronee de satisfacción.

Me retiro con cuidado, atento a cualquier señal de incomodidad en su rostro. Mis ojos registran la pequeña mancha de sangre en las sábanas, prueba de que ha sido mía, solo mía. La bestia en mi interior ruge de satisfacción ante la marca de su inocencia.

La atraigo hacia mí, incapaz de soportar la idea de no tocarla. Sus dedos trazan patrones perezosos sobre mi pecho mientras beso su frente, su sien, la curva de su mandíbula. No puedo dejar de tocarla, de asegurarme que esto es real.

—¿Estás bien? —mi voz suena ronca, áspera.

Asiente contra mi pecho, y el movimiento hace que su pelo me haga cosquillas en la barbilla. La sensación es tan íntima, tan doméstica, que hace que algo se retuerza en mi interior.

El silencio que nos envuelve está cargado de promesas que no me atrevo a pronunciar. Su respiración se vuelve más profunda, más regular, y sé que está a punto de quedarse dormida. La observo en la penumbra, memorizando cada

detalle: cómo sus pestañas proyectan sombras sobre sus mejillas, la forma en que sus labios, hinchados por mis besos, se curvan en una sonrisa satisfecha.

Joder. Después de esta noche, después de haberla tenido así, de haber probado lo que significa que sea realmente mía... Nada volverá a ser igual. La bestia en mi interior, el monstruo que los Romano crearon, ahora tiene algo más valioso que proteger que mi venganza.

Por ella quemaría Nueva York hasta los cimientos. Por ella masacraría a cada familia de la costa este. Un solo gesto suyo y el mundo ardería.

La ironía me golpea como un puñetazo: años planeando mi venganza, construyendo este imperio de sangre y violencia, y al final mi mayor debilidad resulta ser también mi mayor fortaleza.

Porque ahora sé, con una certeza que me hiela la sangre, que cualquiera que intente tocarla descubrirá por qué las familias tiemblan al oír mi nombre.

CAPÍTULO 24

VALENTINA

La luz del amanecer se filtra por las cortinas cuando abro los ojos. El brazo de Renzo descansa posesivamente sobre mi cintura, su calor envolviéndome como una manta. No es la primera vez que duermo en su cama —esa noche después del ataque viene a mi mente— pero esta vez es diferente. Esta vez, cuando me muevo entre sus brazos, sé que es mío.

—Buenos días —su voz grave contra mi cuello envía escalofríos por mi columna.

Me giro para mirarlo y la visión me deja sin aliento. Renzo siempre se ha ido antes del amanecer, siempre manteniendo esa distancia que tanto me dolía. Pero ahora... ahora está aquí, con el pelo revuelto y esa mirada intensa que hace que mi corazón se acelere.

Sus dedos trazan patrones perezosos sobre mi piel desnuda, y el simple contacto hace que los recuerdos de anoche inunden mi mente: sus manos, sus labios, la forma en que me reclamó como suya una y otra vez.

—Voy a trasladar tus cosas aquí —murmura contra mi pelo. No es una pregunta, pero tampoco una orden. Es una promesa que hace que algo cálido se expanda en mi pecho.

Y, desde ese momento, todo cambia entre nosotros.

Las siguientes dos semanas son una vorágine de pasión desatada. Renzo parece incapaz de mantener sus manos alejadas de mí por más de unas horas. Me sorprende en mi estudio, me acorrala en los pasillos vacíos, me besa hasta que pierdo el sentido en cualquier rincón oscuro de la mansión.

Cada día descubro una nueva faceta de él. En las comidas de negocios sigue siendo el hombre que hace temblar a las familias de Nueva York, pero ahora, cuando nuestras miradas se cruzan sobre la mesa, veo un fuego diferente en sus ojos. Un hambre que hace que me sonroje y que Sofia me dé codazos bajo la mesa.

La primera vez que me toma en su despacho es después de una reunión particularmente tensa. Apenas espera a que los Colombo crucen la puerta antes de alzarme sobre su escritorio, sus manos deslizándose bajo mi falda con una urgencia que me deja sin aliento.

—No puedo concentrarme cuando te sientas así —gruñe contra mi cuello mientras sus dedos encuentran el encaje de mis bragas—. Cuando cruzas las piernas y me miras como si…

Luca elige ese momento para entrar sin llamar. El grito que suelta mientras se cubre los ojos con una mano es casi cómico.

—¡Por todos los santos, *fratello*! —exclama mientras retrocede a ciegas hacia la puerta—. ¡Hay una cama para eso! ¡Una muy grande y muy cara!

La risa de Renzo contra mi piel es un sonido que atesoro. Es tan raro verlo así, relajado y casi feliz, que hace que mi corazón se hinche.

Los días se funden unos con otros en una rutina dulce que nunca creí posible. Desayunamos juntos cada mañana, y aunque siempre empezamos con intenciones inocentes, invariablemente termino sentada en su regazo, su café olvidado mientras sus manos exploran mi piel bajo su camiseta (porque ya solo duermo con sus camisetas).

Sofia me encuentra una tarde en mi estudio, manchada de pintura y con el pelo revuelto. Su sonrisa conocedora hace que me sonroje.

—¿Sabes? Cuando dije que necesitabas ser más atrevida, no me refería a «bautizar» cada superficie de la mansión.

—No sé de qué hablas —murmuro, aunque la marca en mi cuello, apenas oculta por el cuello alto de mi blusa, me delata.

—Por favor —rueda los ojos—. Luca todavía está traumatizado por lo del despacho. Y Giuseppe jura que necesita terapia después de lo que vio en la biblioteca.

Me río.

Jamás pensé que podría ser tan feliz.

RENZO

La sangre mancha mis nudillos mientras termino el entrenamiento matutino. El saco de boxeo se balancea, los golpes son precisos, letales. Como cada mañana desde hace años. Pero ahora hay una diferencia: ella me observa desde la puerta del gimnasio.

Verla así, con una de mis camisetas negras que apenas cubre sus muslos, sosteniendo dos tazas de café, hace que algo primitivo se retuerza en mi interior. La bestia que los Romano crearon ahora ronronea como un gato doméstico cada vez que me trae el desayuno.

—Vas a llegar tarde a la universidad —gruño, aunque mis manos ya están encontrando su cintura, manchando la tela negra con mi sudor.

—El profesor Renato puede esperar —murmura contra mis labios, y la mención de ese nombre todavía hace que algo salvaje ruja en mi pecho.

Le doy a mi mujer exactamente lo que está pidiendo.

Las noches son diferentes ahora. Ya no paso horas repasando informes o planeando estrategias. En su lugar, la observo mientras lee en nuestra cama, su pelo esparcido sobre las almohadas. A veces dibuja, su cuaderno apoyado en las rodillas, y finjo no notar que soy su modelo favorito.

A veces me pregunto si los hombres que tiemblan al oír mi nombre se reirían si supieran que el desayuno es ahora mi momento favorito del día. Que el asesino más temido de Nueva York se despierta media hora antes solo para ver cómo ella prepara el café en la cocina, tarareando alguna melodía que probablemente ni siquiera sabe que está cantando.

El mensaje de Giuseppe interrumpe mis pensamientos: «Perímetro asegurado. Los Genovese mantienen distancia. Hace dos semanas esto habría sido mi prioridad. Ahora apenas puedo concentrarme en la respuesta porque Valentina acaba de entrar en mi despacho con esa sonrisa que promete problemas.

—Estoy trabajando —gruño, pero mis manos ya están apartando los documentos del escritorio.

—Yo también —responde, dejando unos bocetos sobre la madera pulida—. Necesito tu opinión sobre esta técnica de restauración.

Se inclina sobre el escritorio, y el movimiento hace que su blusa se abra lo justo para revelar el encaje verde que lleva debajo. La muy descarada sabe exactamente lo que hace.

Los informes sobre movimientos territoriales pueden esperar. La guerra silenciosa que se desarrolla en las calles de Nueva York parece distante cuando ella está así, mordiendo su lápiz mientras finge concentrarse en sus dibujos.

—¿Ves esta zona? —señala algo en el papel, pero sus ojos brillan con malicia—. Requiere un toque especialmente delicado.

Mi control se hace pedazos. En un movimiento la tengo sobre el escritorio, sus piernas enredándose en mi cintura como si ese hubiera sido su plan desde el principio.

—Vas a ser mi perdición —gruño contra su cuello.

Su risa se convierte en un gemido cuando mis dientes encuentran ese punto sensible bajo su oreja. Mis manos ya están deslizándose bajo su falda cuando la puerta se abre.

—¡La madre que me parió! —Luca retrocede tan rápido que casi se cae—. ¡Hay una reunión con los Colombo en cinco minutos, fratello!

—Que esperen —mi voz suena irreconocible incluso para mí.

—¡Son las once de la mañana, por todos los santos! —las quejas de Luca se desvanecen por el pasillo—. ¡Once de la mañana y ya están retozando! Giuseppe, cancela todo. El jefe está... indispuesto.

La risa de Valentina contra mi pecho es el sonido más puro que he escuchado jamás. ¿Cómo explicarle a Luca que el monstruo que los Romano crearon, el asesino que hace temblar a las familias, ahora vive para escuchar esa risa?

Las familias hablan. Los susurros se extienden por los clubes nocturnos, por las reuniones clandestinas, por cada rincón oscuro de Nueva York: el temible Renzo Caballero, el hombre que construyó un imperio sobre sangre y venganza, ahora llega tarde a las reuniones porque no puede sacar las manos de encima de su mujer.

El don de los Colombo lo mencionó ayer, con esa sonrisa que pretendía ser amistosa, pero ocultaba algo más oscuro: «El matrimonio te ha cambiado, Caballero. Te ha... suavizado.»

Debería importarme. Debería mantener la imagen que he cultivado durante años. El monstruo que los Romano crearon no puede permitirse mostrar debilidad, no en este mundo de tiburones hambrientos.

Pero entonces la veo en nuestro dormitorio —porque ahora es nuestro, sus vestidos mezclados con mis trajes, su perfume impregnando cada superficie— y todo lo demás deja de importar. La forma en que sonríe cuando me ve entrar, cómo su cuerpo busca el mío instintivamente incluso cuando está dormida...

Luca es el único que se atreve a decirlo en voz alta: «Ten cuidado, fratello. Las otras familias han notado cómo la miras. Han visto cómo el gran Renzo Caballero mueve cielo y tierra solo para hacerla sonreír. Esta actitud es peligrosa.»

Pero ¿cómo explicarle que ya es tarde para advertencias? ¿Cómo hacerle entender que cada minuto que paso con ella, cada sonrisa que me regala, vale más que veinte años de poder y control?

Las familias hablan, sí. Y tienen razón en una cosa: he cambiado. Porque ahora tengo algo más valioso que proteger que mi propio imperio.

Y que Dios ayude a quien intente usarlo en mi contra.

CAPÍTULO 25

VALENTINA

El aroma a disolvente y óleo antiguo llena el estudio de restauración. Mis manos se mueven con precisión sobre el Degas, cada pincelada un ejercicio de paciencia y técnica. La bailarina parece cobrar vida bajo mis dedos mientras retiro décadas de suciedad de su tutú.

—Vale, me rindo —la voz de Sofia rompe mi concentración—. Ver cómo limpias manchas microscópicas durante tres horas no es exactamente mi idea de una tarde emocionante.

Sonrío sin apartar la vista del lienzo.

—Nadie te obligó a venir.

—Ya, bueno. El hospital está mortalmente aburrido últimamente —se queja, girando en la silla hasta que me mareo solo de verla—. ¿Sabes cuánto hace que no tengo una emergencia interesante? Fracturas simples, apendicitis... Necesito algo de acción en mi vida.

—¿No tuviste suficiente acción con aquel residente nuevo? ¿Cómo se llamaba...?

—Antonio —rueda los ojos—. Y no me lo recuerdes. Guapo, pero más aburrido que ver secar pintura. Al menos tú tienes a Renzo, que es básicamente una película de acción andante.

—¿Pedimos algo de comer? —pregunto, intentando cambiar de tema—. Me muero por una pizza.

—¿Pizza? —Sofia finge escandalizarse—. ¿La señora Caballero comiendo algo tan plebeyo? ¿Qué dirían las esposas de los capos?

—Que probablemente deberíamos estar en algún restaurante francés carísimo discutiendo sobre joyas y perfumes —respondo mientras busco el número de nuestra pizzería favorita—. O mejor aún, planeando algún evento social donde todas puedan presumir sus nuevos diamantes.

—Dios, ¿te acuerdas de la última gala? La señora Colombo prácticamente me acorraló para contarme sobre su nueva colección de joyas.

—Como si no supiéramos de dónde sale el dinero para pagarlas —murmuro mientras marco el número.

—Extra de pepperoni —Sofia se inclina sobre mi hombro mientras hago el pedido—. Y por favor, diles que esta vez quiero la masa fina. La última vez parecía que estaba comiendo un colchón.

Termino el pedido y vuelvo al Degas, pero Sofia parece decidida a no dejarme trabajar.

—¿Sabes qué es lo peor del hospital últimamente? —continúa, estirándose en su silla—. Que todas las enfermeras están obsesionadas con ese nuevo cirujano. El doctor Petrov o algo así.

—¿El ruso? —pregunto distraída, concentrada en una mancha particularmente difícil.

—Ni siquiera es tan guapo —se queja—. Vale, sí, tiene ese rollo de vikingo malhumorado con acento sexy, pero...

—¿Acento sexy? —ahora sí aparto la vista del lienzo, divertida por el rubor que sube por el cuello de mi amiga.

—No me mires así. Solo digo que... —se interrumpe cuando alguien golpea la puerta. Es el repartidor con nuestra pizza.

—Salvada por la campana —bromeo mientras me limpio las manos para recoger la comida.

—¿Sabes? —dice Sofia mientras abre la caja—. A veces echo de menos cuando éramos más jóvenes y nos escabullíamos para comer pizza en tu habitación. Antes de que todo se volviera tan...

—¿Complicado? —sugiero, recordando aquellos días más simples.

—Iba a decir «mafioso», pero sí, complicado sirve también —muerde un trozo de pizza y continúa hablando con la boca llena—. Aunque no me quejo. Ver cómo el gran Renzo Caballero se derrite cada vez que entras en una habitación vale la pena.

—¿Sabes qué es lo más molesto? —digo, robando un trozo de pepperoni de su porción—. Que a veces las esposas de los capos me miran como si fuera una especie de bruja.

—¿Por haber «domesticado» al temible Renzo Caballero? —Sofia ríe—. Deberías oír los rumores en el hospital. La semana pasada, la mujer del don Colombo insinuó que usabas algún tipo de hechizo.

—Por favor —ruedo los ojos mientras como—. Como si Renzo fuera tan diferente. Solo que ahora no se molesta en ocultarlo.

—Ya, bueno —Sofia se limpia las manos en una servilleta—. Hablando del hospital... ¿sabes que llevo semanas sin una emergencia decente? La última vez que mi padre me llamó para algo interesante fue cuando los Genovese tuvieron aquel accidente.

—¿El de la pierna rota? —pregunto, recordando la noche de la gala.

—Curiosamente, fueron varios los que se rompieron algo esa noche —me lanza una mirada significativa—. Tu marido tiene una forma muy particular de resolver conflictos.

—No sé de qué hablas —murmuro, aunque no puedo evitar sonreír.

—Dios, echo de menos la acción —repite, y suspira dramáticamente—. Si tengo que atender otra uña encarnada, voy a volverme loca.

—¿No deberías estar contenta de que no haya heridos? —pregunto mientras limpio mis pinceles—. Pensé que eso era algo bueno para un médico.

—Claro que sí, pero... —se estira en su silla—. No sé. A veces siento que me estoy perdiendo algo. Como si la vida real estuviera pasando en otro lugar mientras yo reviso gargantas irritadas.

—Ten cuidado con lo que deseas —bromeo—. En este mundo, la acción suele venir con demasiado drama.

—Lo dice la mujer que vive su propia película de mafia —me lanza una servilleta arrugada.

—¿Sabes qué es gracioso? —interrumpo mientras vuelvo a concentrarme en el Degas—. Que la semana pasada la señora Colombo me envió una invitación para dar una charla en su club de lectura. ¿Te lo puedes creer?

—¿La misma que hace dos meses ni te miraba? —Sofia ríe mientras se estira perezosamente en su silla—. El poder del amor, supongo.

—El poder del miedo a Renzo, más bien —murmuro, aunque no puedo evitar sonreír.

Miro el reloj y me sorprendo al ver la hora. He perdido la noción del tiempo, como siempre que trabajo en una restauración.

—Voy a guardar esto —digo, empezando a limpiar mis pinceles con cuidado—. Mañana tengo que presentar el informe de avance al museo.

—Y yo debería irme a casa a dormir algo antes de mi guardia —Sofia se levanta y comienza a recoger los restos de nuestra improvisada comida—. ¿Necesitas ayuda con algo?

—No, creo que ya está todo —respondo mientras guardo los pinceles en su estuche con meticulosidad. Cada uno tiene su lugar específico, una costumbre que Sofia siempre encuentra divertida.

—Eres tan... ordenada —bromea mientras me observa colocar cada pincel —. A veces me pregunto cómo acabamos siendo amigas.

—¿Te refieres a la chica que tiene su casillero del hospital como si hubiera explotado una bomba dentro?

—Hey, es un desorden organizado —protesta, ayudándome a cubrir el Degas con la tela protectora—. Además, en una emergencia puedo encontrar cualquier cosa en segundos.

Reviso una última vez que todo esté en su sitio: los disolventes bien cerrados, los pigmentos guardados, las herramientas limpias y ordenadas. El

estudio queda exactamente como lo encontré, solo el aroma a pizza delatando que alguien estuvo aquí.

—¿Lista? —pregunta Sofia, sosteniendo mi abrigo.

Asiento, echando un último vistazo a la bailarina cubierta. Mañana continuaré con la restauración, pero por ahora, es hora de volver a casa.

Recogemos nuestros bolsos y salimos al pasillo. El edificio está tranquilo a esta hora de la tarde, aunque todavía se escuchan voces desde algunas aulas donde continúan las clases.

Caminamos hacia la salida, el sonido de nuestros tacones mezclándose con el murmullo lejano de las clases que aún no han terminado. Un grupo de estudiantes pasa junto a nosotras, discutiendo animadamente sobre técnicas de restauración. Es un ambiente que me encanta.

—¿Recuerdas cuando éramos así de entusiastas? —pregunta Sofia mientras bajamos las escaleras principales.

—Habla por ti —respondo, ajustando el maletín con mis materiales—. Yo sigo siendo así de entusiasta con mi trabajo.

La luz de la tarde entra por los ventanales del vestíbulo, bañando el mármol en tonos dorados. Los guardaespaldas que Renzo asignó para mi protección esperan discretamente junto a la entrada, sus trajes oscuros y posturas alertas desentonando con el ambiente académico.

—¿Quieres que te acerquemos al hospital? —pregunto mientras empujamos las puertas de cristal.

El aire fresco de octubre nos recibe, trayendo consigo el aroma característico de la ciudad: una mezcla de hojas secas y el tráfico de la tarde.

Bajamos los escalones de entrada mientras uno de los guardaespaldas se adelanta hacia el coche. El otro mantiene su posición cerca de nosotras, sus ojos escaneando constantemente el área. Es algo a lo que ya me he acostumbrado: esta danza silenciosa de protección que Renzo ha orquestado a mi alrededor.

El campus está tranquilo a esta hora, con grupos dispersos de estudiantes dirigiéndose a la biblioteca o a las últimas clases del día. Las hojas secas crujen bajo nuestros pies mientras caminamos hacia el aparcamiento.

—Mañana tengo guardia temprano —dice Sofia, buscando sus llaves en el bolso—. Pero el viernes podríamos...

El sonido de un motor acelerando bruscamente corta sus palabras. Todo sucede demasiado rápido: una furgoneta negra aparece de la nada, derrapando en la curva.

La furgoneta frena en seco frente a nosotras. Las puertas laterales se abren y cuatro hombres saltan al exterior. Los guardaespaldas desenfundan sus

armas, pero dos disparos silenciados los derriban antes de que puedan apuntar.

—¡Corre! —grita Sofia, agarrando mi brazo.

No llegamos a dar dos pasos. Uno de los hombres alcanza a Sofia, agarrándola por el pelo. Ella reacciona por instinto, su entrenamiento médico traduciéndose en un codazo preciso que hace gruñir a su atacante.

—¡Quieta! —otro de los hombres me sujeta por la cintura. Su agarre es profesional, contenido, como si tuviera órdenes específicas de no lastimarme —. La doctora Leone también viene.

—¡Suéltame, hijo de puta! —Sofia lucha como una fiera, pero son demasiados.

—Basta —la voz que emerge de la furgoneta es suave, educada, con un acento que no logro ubicar—. No queremos llamar la atención innecesariamente, ¿verdad?

Los estudiantes que quedan en el campus están demasiado lejos para ver lo que sucede. Los cuerpos de los guardaespaldas quedan ocultos tras la furgoneta. Todo el ataque ha sido calculado con precisión militar.

Nos empujan hacia la furgoneta. El interior está dividido: un espacio casi lujoso en la parte trasera y una zona más austera cerca de las puertas. El contraste me revuelve el estómago: incluso en un secuestro, están siguiendo algún tipo de protocolo sobre cómo tratarme.

—La señora Caballero atrás —ordena el de la voz educada—. La doctora Leone con los demás.

—¡No! —protesto cuando veo que separan a Sofia—. Ella viene conmigo o no...

—¿Crees que estás en posición de hacer exigencias? —me pregunta con dureza—. Ahora mismo vamos a llamar a tu marido para que sepa lo que se está jugando.

Se escapan sollozos de mi garganta, pero no me queda otro remedio que hacerles caso. La voz de Renzo me tranquiliza, pero me quitan el teléfono tan rápido que no puedo decirle casi nada. Me retuerzo en el asiento para tratar de soltarme de mi atacante, pero un pañuelo presiona contra mi nariz y boca, y un olor dulzón inunda mis sentidos. Lo último que veo antes de que la oscuridad me reclame es a mi captor reírse.

—Dulces sueños, señora Caballero —murmura la voz educada.

El mundo empieza a desdibujarse, los bordes de mi visión oscureciéndose. Mi último pensamiento es para Renzo, y el miedo me atraviesa como un cuchillo: ¿y si nunca vuelvo a verlo? ¿Y si nunca llego a decirle que lo amo, que cada momento a su lado ha sido...?

La oscuridad me reclama antes de poder terminar ese pensamiento.

CAPÍTULO 26

RENZO

El rifle de francotirador es una obra de arte en mis manos. Alemán, última generación, con un alcance que haría llorar al mejor tirador del mundo. La mira telescópica vale más que un coche de lujo.

—Es precioso —murmura Luca, pasando sus dedos por el cañón como si fuera una amante—. ¿Has visto el sistema de compensación? Ni siquiera Giuseppe tiene algo así.

El almacén está lleno de cajas recién llegadas. El proveedor ruso nos ha traído lo mejor de lo mejor: rifles, pistolas automáticas, incluso algunos prototipos que ni siquiera han llegado al mercado negro.

—Pruébalo —le digo, señalando los objetivos que hemos montado al fondo del almacén.

Luca toma el rifle con la reverencia de un niño al que le han dado su juguete favorito. Su sonrisa maniática brilla mientras ajusta la mira.

El disparo es tan silencioso que apenas se oye el impacto. El objetivo, a 200 metros, muestra un agujero perfecto en el centro.

—Joder —silba Luca, admirando el resultado a través de la mira—. ¿Has visto la precisión? Y el retroceso es prácticamente inexistente.

Me pasa el rifle y siento su peso perfectamente equilibrado. El proveedor ruso no mentía: esta es tecnología militar de última generación. El tipo de arma que puede cambiar el equilibrio de poder en las calles.

—Quiero cinco más —decido mientras ajusto la mira—. Giuseppe y sus hombres necesitarán entrenamiento específico.

El siguiente disparo hace que Luca suelte una de sus risas maniáticas. El objetivo muestra dos agujeros perfectamente alineados, uno junto al otro.

—¿Probamos las nuevas Glock? —pregunta, dirigiéndose a otra caja—. El ruso jura que tienen un sistema de puntería revolucionario.

Las pistolas descansan en sus fundas de cuero, negras y letales. Luca las maneja con la familiaridad de quien ha crecido entre armas, comprobando el peso, el equilibrio, la mecánica del gatillo.

—El cargador es más ligero —comenta mientras me pasa una—. Y han modificado el ángulo del cañón para reducir el retroceso. Pruébala.

El peso de la Glock en mi mano es perfecto. La empuñadura tiene un nuevo diseño ergonómico que se ajusta como si hubiera sido moldeada para

mis dedos. Apunto hacia los objetivos más cercanos y aprieto el gatillo tres veces en rápida sucesión.

Los impactos forman un triángulo perfecto en el centro del objetivo.

—Voy a necesitar veinte de estas —digo, admirando la precisión del arma —. Los hombres de Tony necesitan actualizar su equipamiento.

Luca silba mientras abre otra caja.

—¿Has visto los precios? El ruso se está haciendo de oro con nosotros.

—El dinero no es un problema —respondo, comprobando el mecanismo de recarga—. No cuando la calidad es así.

—¿Qué tenemos aquí? —la voz de Luca adquiere un tono casi reverencial mientras saca algo envuelto en tela negra—. Oh, joder. ¿Es lo que creo que es?

—Es el nuevo modelo austriaco —respondo mientras Luca desenvuelve el rifle de asalto—. Fibra de carbono, sistema de refrigeración integrado.

Echo un vistazo al reloj por costumbre. La luz que entra por los ventanales del almacén empieza a suavizarse, anunciando el atardecer. A esta hora Valentina suele estar terminando en el campus, guardando sus pinceles con esa meticulosidad que la caracteriza.

Saco el móvil mientras observo a Luca examinar el rifle. Marco su número, una acción tan natural como respirar. Un tono. La imagino limpiando sus materiales, quizás tan concentrada que no escucha el teléfono. Segundo tono. Probablemente esté guardando el Degas, asegurándose de que la tela protectora cubra cada centímetro. Tercer tono.

El buzón de voz hace que me detenga en seco.

Valentina siempre contesta. Incluso cuando está en medio de una restauración particularmente delicada, siempre encuentra un momento para responderme, aunque sea para decirme que me llamará en unos minutos.

Marco de nuevo. Mis dedos se tensan alrededor del teléfono mientras espero. El rifle austriaco queda olvidado sobre la mesa cuando el buzón de voz vuelve a saltar.

—Algo no está bien —mi voz es puro hielo mientras marco el número del primer guardaespaldas.

Luca deja el rifle y se acerca, toda su atención centrada en mi llamada. El teléfono suena cinco veces antes de saltar al buzón de voz. Segundo guardaespaldas. La misma respuesta.

Mi puño golpea la mesa con tanta fuerza que las armas tiemblan. Luca ya está sacando su propio teléfono, marcando a Giuseppe sin necesidad de que se lo ordene.

Me pasa el móvil.

—Giuseppe —mi voz es apenas un gruñido—. Quiero que mandes hombres a la universidad de Valentina. Ahora.

El silencio al otro lado de la línea mientras Giuseppe procesa la orden dura apenas un segundo, pero se me hace jodidamente eterno.

—En camino, señor. ¿Cuántos...?

Mi propio móvil vibra en mi mano, haciendo que deje de escucharlo al segundo. Seguro que es Valentina. Pero cuando bajo la mirada veo en la pantalla algo que me pone todavía más alerta: Número desconocido.

Las palabras parpadean en la pantalla. Mi mano tiembla ligeramente, aunque jamás lo admitiría. En veinte años de violencia y muerte, nunca he sentido este tipo de miedo. No es el miedo a morir o a perder el control de las familias. Es algo más primitivo, más devastador: el terror de que le haya pasado algo a la mujer que amo.

El silencio del almacén es absoluto mientras mi pulgar se cierne sobre el botón de responder. Luca está tan quieto que apenas parece respirar.

Acepto la llamada y espero, mi corazón latiendo tan fuerte que temo que pueda oírse al otro lado de la línea. El silencio se estira durante dos segundos que parecen eternos.

Y entonces, una voz suave dice:

—Señor Caballero.

—¿Quién es? —mi voz suena engañosamente controlada, aunque la sangre me hierve en las venas.

—Un admirador de su trabajo —responde la voz con un tono educado que hace que mis dedos se crispen—. Especialmente de cómo ha... reorganizado las familias desde la desafortunada muerte de Marco Romano.

Luca ya está en su teléfono, probablemente contactando con nuestros técnicos para rastrear la llamada. Mantengo mi voz firme, aunque cada segundo sin saber de ella es una tortura:

—¿Qué quiere?

—Directo al grano —una risa suave—. Me gusta. Pero primero, ¿no quiere saber si su esposa está bien?

Mi mundo se detiene durante un segundo. La mera sugerencia de que Valentina pueda estar en peligro hace que todo mi cuerpo se tense, listo para matar.

—Si le has tocado un solo pelo... —mi voz es apenas un susurro letal.

—Oh, no se preocupe —interrumpe con esa cortesía que me revuelve el estómago—. La señora Caballero está siendo tratada con el máximo respeto. De hecho, ¿por qué no habla con ella?

Hay un momento de silencio, un roce de tela, y entonces...

—¿Renzo? —su voz suena clara, firme a pesar de las circunstancias.

El alivio de escucharla viva se mezcla con una furia helada. Está intentando sonar valiente, lo noto en su tono, pero la conozco demasiado bien. Hay un temblor apenas perceptible en su voz que hace que quiera destruir el mundo.

—Valentina... —mi voz suena ronca, casi irreconocible—. ¿Estás herida?

—Estoy bien —responde, y el esfuerzo que hace por mantener la calma me destroza—. Sofia está conmigo.

Maldigo internamente. La hija del doctor Leone también.

—Escúchame —digo, intentando que mi voz suene tranquilizadora a pesar de la rabia que me consume—. Voy a...

—Me temo que el tiempo de conversación ha terminado —interrumpe la voz educada—. Como ve, su esposa está perfectamente. Por ahora.

—¿Qué quieres? —gruño, mis nudillos blancos alrededor del teléfono.

—Mi jefe quiere negociar ciertos arreglos territoriales —su voz es precisa, medida—. En persona. Sin intermediarios.

¿Quién será el hijo de puta que ha ordenado secuestrar a mí mujer?

Mi mente ya está calculando posibilidades, analizando quién podría estar detrás de esto.

—¿Dónde? —pregunto, aunque ya sé que no será tan simple.

—Le enviaré la ubicación en unas horas —responde—. Venga solo. Sin armas. Sin su perro rabioso —hace una pausa que interpreto como una referencia a Luca—. Si detecto la más mínima señal de que no sigue las reglas, su esposa pagará las consecuencias.

La línea se corta.

El silencio que sigue es ensordecedor. El teléfono resbala de mis dedos y golpea el suelo. Veinte años de control, de poder absoluto, y en un momento todo se desmorona porque alguien se ha atrevido a tocar lo único que realmente me importa.

Mi puño se estrella contra la pared que tengo más cerca una y otra vez. El dolor es irrelevante, apenas un eco lejano comparado con la agonía de imaginarla en manos de esos bastardos. De saber que está asustada, que me necesita, y que por primera vez en mi vida no puedo protegerla.

Luca no dice nada. No intenta detenerme. Entiende que este no es el momento de planes ni estrategias. Este es el momento en que el hombre más poderoso de Nueva York se da cuenta de que todo su poder no significa nada si no puede mantener a salvo a la mujer que ama.

Lo único que necesito es salvar a mi mujer.

CAPÍTULO 27

VALENTINA

La consciencia regresa lentamente, como si nadara hacia la superficie a través de agua espesa. El olor a sal y óxido me recibe: estamos cerca del mar. Demasiado cerca. Intento mover las manos y descubro que están atadas a la espalda. La cuerda es áspera.

—¿Val? —la voz de Sofia suena cerca, tensa pero controlada—. ¿Puedes oírme?

Abro los ojos despacio. La luz es tenue, artificial. Estamos en lo que parece un almacén abandonado. El suelo bajo mis piernas es cemento frío, y las paredes metálicas están manchadas por años de salitre y humedad.

—El cloroformo tardará un poco en disiparse del todo —murmura Sofia, su voz apenas un susurro—. Respira despacio.

Está sentada junto a mí, también atada. Su ropa está manchada de tierra, pero mantiene la cabeza alta. Hay algo en su postura que me recuerda a su padre: esa calma profesional ante situaciones extremas.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? —mi voz suena ronca.

—Unas tres horas —responde—. Han estado haciendo llamadas. Creo que...

La puerta metálica se abre con un chirrido. El sonido de pasos elegantes resuena en el almacén vacío.

Antonio Genovese aparece en mi campo de visión, impecable en su traje italiano. Su mano derecha, la que Renzo le rompió aquella noche, está enfundada en un guante de cuero negro.

—La bella durmiente por fin despierta —su voz destila veneno dulce—. Espero que el viaje no haya sido demasiado... incómodo.

Mi mente vuela hacia Renzo. ¿Sabrá ya que me tienen? ¿Estará planeando...? El pensamiento se corta cuando Antonio se agacha frente a mí, su colonia cara mezclándose con el olor a mar y metal.

—¿Sabes? Cuando tu marido me rompió la mano —sus dedos enguantados rozan mi mejilla y tengo que contener el impulso de apartarme—, juré que se lo haría pagar. Pero luego pensé: ¿por qué conformarse con venganza cuando puedes tener poder?

—Si crees que Renzo va a negociar... —empiezo, pero su risa me interrumpe.

—¿Negociar? —se levanta con esa elegancia estudiada que todos los herederos practican—. Oh, no. No quiero negociar. Quiero destruirlo. Y tú, querida, eres la llave para lograrlo.

Sofia se tensa a mi lado cuando otro hombre entra al almacén. Este es mayor, con el pelo plateado y ojos fríos como el hielo: el don de los Genovese.

—Todo está preparado —anuncia con voz grave—. Caballero vendrá solo, como exigimos.

—Por supuesto que vendrá solo —Antonio sonríe, y hay algo en su expresión que hace que se me hiele la sangre—. El gran Renzo Caballero, dispuesto a morir por amor. Es casi poético, ¿no crees?

Es una trampa. Van a usar mi vida para atraer a Renzo a una emboscada. El pensamiento hace que el pánico me atraviese como un cuchillo: voy a ser la razón de su muerte. Voy a perderlo sin haberle dicho nunca que lo amo, que cada momento a su lado ha sido lo que ha dado sentido a mi vida.

—Si le tocáis un pelo... —mi voz tiembla, pero mantengo la barbilla alta.

—¿Qué harás? —Antonio se inclina de nuevo, su aliento caliente contra mi mejilla—. ¿Llorar? ¿Suplicar? Tu marido debería haberte enseñado que, en nuestro mundo, el amor es una debilidad. Una que pienso explotar hasta que no quede nada de él.

Se endereza y hace un gesto a los guardias apostados en las sombras.

—Vigiladlas. Si intentan algo, empezad con la doctora.

Cuando la puerta se cierra tras ellos, el silencio cae como una losa. Sofia se acerca más a mí, su hombro tocando el mío en un gesto de consuelo silencioso.

—Va a venir a por nosotras —susurra, y hay tanta certeza en su voz que hace que mis ojos ardan—. Y cuando lo haga, los Genovese descubrirán por qué todas las familias le temen.

Asiento, aunque el miedo me corroe por dentro. No por mí, sino por él. Porque sé que vendrá. Sé que arriesgará todo por salvarme. Y si algo le pasa por mi culpa no podré seguir viviendo.

—Renzo es más listo que ellos —murmura Sofia, como si pudiera leer mis pensamientos—. No caerá en una trampa tan obvia.

Pero mientras las horas pasan lentas como veneno, mientras escucho a los guardias hablar sobre posiciones y emboscadas, el miedo crece en mi pecho como una cosa viva.

Por favor, ruego en silencio mientras las lágrimas que no me permito derramar arden en mis ojos, *por favor, no dejes que muera sin haberle dicho que lo amo*.

RENZO

La ubicación llega por mensaje de texto: coordenadas del puerto este. Giuseppe ya está buscando planos e imágenes por satélite cuando Tony irrumpe en mi despacho.

—Las cámaras de seguridad del campus —su voz es tensa mientras deja una tablet sobre mi escritorio—. Las hemos logrado hackear.

Cada imagen es un puñal en mi pecho: la furgoneta negra, los hombres reduciendo a mis guardaespaldas, Valentina siendo arrastrada al interior.

—Hay más —Tony desliza su dedo por la pantalla, mostrando imágenes del puerto—. Acabamos de conectar con las cámaras cercanas a la localización.

La siguiente imagen hace que la sangre se me hiele en las venas: Antonio Genovese, su mano derecha enfundada en ese guante de cuero negro que empezó a usar después de que se la rompiera en la gala y tuvieran que operarle para salvársela. Está entrando en uno de los almacenes, dando órdenes como si fuera el dueño del lugar.

—Los Genovese —el gruñido escapa de mi garganta mientras mis nudillos crujen—. El muy hijo de puta quiere venganza.

Mi mente no deja de torturarme con imágenes de Valentina en sus manos. ¿Estará herida? ¿Asustada? La idea de que ese bastardo pueda tocarla hace que la furia amenace con consumirme.

Mantén la cabeza fría, me ordeno. *No puedes salvarla si pierdes el control.*

Giuseppe despliega los planos del puerto sobre mi escritorio. Mis ojos recorren cada detalle mientras obligo a mi cerebro a funcionar como una máquina. No puedo permitirme el lujo de la emoción. No cuando su vida está en juego.

—Los almacenes están conectados por túneles —señalo un punto en el mapa, mi voz engañosamente controlada—. De la época de la prohibición. Antonio tendrá una ruta de escape preparada.

—Podemos usar los túneles a nuestro favor —sugiere Tony—. Los Bianchi conocen esa red mejor que nadie.

Asiento mecánicamente, pero cada segundo de planificación es una tortura. Cada minuto que pasa es un minuto más que ella está en manos de esos bastardos. La imagino atada, asustada, preguntándose si vendré a por ella...

—Los francotiradores tardarán quince minutos en estar en posición —informa Giuseppe.

—Que sean diez —mi voz suena más dura de lo pretendido—. No voy a dejarla un segundo más en manos de ese cabrón.

Me interrumpo, cerrando los ojos un momento. El control amenaza con escapárseme entre los dedos. Años de disciplina férrea y estoy a punto de perderlo todo porque la mujer que amo está en peligro.

—Renzo —la voz de Tony es suave, casi paternal—. La traeremos de vuelta.

—Sin un solo rasguño —gruño, y hay una promesa letal en mi voz—. Y cuando la tenga a salvo...

—Mataremos a todos los Genovese —completa Luca, su cuchillo brillando bajo las luces—. Pero primero, vamos a por tu mujer y la doctora.

Asiento, forzándome a concentrarme en el mapa. En los planes. En la estrategia. No puedo pensar en su miedo, en su confusión, en cómo debe estar preguntándose si llegaré a tiempo. No puedo permitir que la preocupación nuble mi juicio.

Porque si cometo un solo error, si dejo que la emoción tome el control...

No. No voy a perderla. No cuando apenas estoy empezando a entender lo que significa amar.

Los hermanos Bianchi extienden el plano de los túneles junto al mapa del puerto. Sus dedos, manchados de pólvora, trazan rutas posibles mientras hablan en voz baja.

—Las cargas aquí y aquí —señala Carlo—. Lo suficiente para crear una distracción, no para derrumbar la estructura.

—Los hombres de Tony entrarán por el norte —continúo, mi mente trabajando en automático mientras mi corazón late dolorosamente en mi pecho—. Giuseppe, quiero tus francotiradores cubriendo cada salida. Si los Genovese intentan usar a Valentina como escudo...

No puedo terminar la frase. La imagen es demasiado dolorosa.

—Mis hombres tienen órdenes —responde Giuseppe—. Un solo tiro limpio si es necesario.

Luca se acerca al mapa, su cuchillo bailando entre sus dedos con esa precisión inquietante que lo caracteriza.

—¿Y Antonio?

—Es mío —mi voz suena como no la he oído nunca, cargada de una promesa oscura—. Si alguien más lo toca se las tendrá que ver conmigo.

No necesito terminar la amenaza. Los hombres asienten, entendiendo. Esta noche no soy su jefe calculador. Soy un depredador al que le han arrebatado lo único que le importa.

Los minutos pasan mientras ultimamos detalles. Cada hombre sabe su posición, su papel. Es una operación precisa, medida, pero lo único en lo que puedo pensar es en ella. En si estará herida, asustada. En si sabrá que voy a por ella.

—Cinco minutos —anuncia Giuseppe.

La Beretta descansa contra mi costado, familiar, letal. Compruebo el cargador por tercera vez, aunque sé que está perfecto.

—Renzo —Tony se acerca mientras los demás salen—. La traeremos de vuelta.

Asiento, incapaz de hablar. El miedo y la furia batallan en mi interior mientras imagino mil escenarios diferentes. Mil formas en las que esto podría salir mal.

—Los equipos están en posición —la voz de Giuseppe suena en mi auricular—. Esperando tu señal.

Cierro los ojos un momento. Veo su sonrisa, la forma en que la luz juega con su pelo por las mañanas, cómo sus dedos trazan mis cicatrices cuando cree que duermo. Todo lo que nunca le he dicho, todo lo que podría perder esta noche...

No. No voy a perderla.

—Empezamos —mi voz suena fría, controlada—. Y recordad: Valentina es la prioridad. Todo lo demás puede esperar.

Salimos hacia los coches en silencio. La noche es clara, las estrellas brillan sobre el puerto como testigos mudos. En minutos estaré más cerca de ella.

Aguanta, pienso mientras el motor ruge bajo mis manos. *Voy a por ti.*

El Audi negro se desliza en silencio por las calles desiertas del puerto. Los faros apagados, moviéndonos como una sombra más entre los contenedores. El auricular crepita con actualizaciones constantes de los equipos.

—Francotiradores en posición —informa Giuseppe—. Tenemos visual del objetivo.

—Los Bianchi están en los túneles —añade Tony—. Cargas listas.

Detengo el coche a doscientos metros del almacén objetivo. La brisa marina trae el olor a sal y óxido, mezclado con el aroma inconfundible de la pólvora. Los Genovese tienen hombres en cada esquina, sus siluetas apenas visibles contra el cielo nocturno.

—Veintitrés hostiles identificados —cuenta Giuseppe—. Ocho en el perímetro, resto dentro.

Luca comprueba su cuchillo una última vez. La hoja brilla bajo la luz tenue de las farolas distantes. —¿Señal de Antonio?

—Segundo piso del almacén —responde Giuseppe—. Con otros tres hombres. Las rehenes están en la planta baja, zona este.

Mi corazón se acelera. Tan cerca. Valentina está tan cerca que casi puedo sentirla. Pero necesito mantener la cabeza fría. Un error, un solo error...

—A mi señal —murmuro en el comunicador—. Los Bianchi primero. Cuando las cargas...

Una explosión corta mis palabras. El suelo tiembla bajo nuestros pies mientras una bola de fuego se eleva desde los túneles. La distracción perfecta.

Todo se desata en segundos. Los guardias del perímetro corren hacia la explosión, y es entonces cuando los francotiradores de Giuseppe abren fuego. Silenciadores de última generación: solo ves los cuerpos caer.

—¡Ahora! —ordeno, y mis hombres emergen de las sombras como una marea negra.

Los Genovese responden con fuego cruzado, pero están desorganizados. La explosión los ha cogido por sorpresa, dividiendo sus fuerzas. Exactamente como planeamos.

Me muevo entre el caos como un depredador, cada paso calculado, cada disparo preciso. La Beretta canta en mi mano mientras me abro camino hacia el almacén. Hacia ella.

—¡Valentina! —el rugido escapa de mi garganta cuando derribo la puerta lateral.

El interior está en penumbra, pero mis ojos, entrenados para la oscuridad, la encuentran al instante. Está atada junto a Sofia, ambas en el suelo. Mi corazón se detiene un segundo cuando la veo levantar la cabeza, sus ojos brillantes de lágrimas contenidas.

—¡Renzo! —su voz tiembla, pero hay tanta fuerza en ella que hace que algo se retuerza en mi pecho.

Un disparo silba cerca de mi oído. Me giro y disparo casi sin mirar. El guardia cae con un agujero limpio entre los ojos.

—¡Tony! —grito mientras corro hacia ellas—. ¡Las tengo!

Mis manos tiemblan ligeramente mientras corto las cuerdas que atan a Valentina. Cuando sus brazos rodean mi cuello, cuando su calor corporal me envuelve, tengo que contener el impulso de estrecharla hasta fundirla conmigo.

—Tenemos que movernos —empiezo, pero una nueva explosión sacude el edificio.

—¡Antonio está escapando! —la voz de Giuseppe suena urgente en mi auricular—. ¡Túnel oeste!

La furia ruge en mi interior, pero una mirada a Valentina y todo lo demás deja de importar. Su rostro está manchado de lágrimas contenidas, sus manos aferradas a mi chaqueta como si temiera que fuera a desaparecer. No. No voy a separarme de ella. No después de haber estado tan cerca de perderla.

—Déjalo ir —ordeno mientras la estrecho contra mi pecho—. Los Genovese pueden esperar.

—¿Señor? —la voz de Giuseppe suena confundida. No es propio de mí dejar escapar a un enemigo.

—Esta noche solo importa una cosa —mi voz no admite discusión mientras ayudo a Valentina a levantarse—. Mi mujer está a salvo. El resto... —mis ojos se encuentran con los suyos, y la promesa de violencia en mi voz es clara—. El resto lo arreglaremos pronto. Y cuando lo hagamos, Antonio Genovese descubrirá por qué no debería de haberse metido con mi familia.

—Renzo... —susurra Valentina contra mi pecho.

—Vámonos a casa —murmuro en su pelo mientras la guío hacia la salida, mis hombres formando un círculo protector a nuestro alrededor—. Esta guerra no termina aquí, pero esta noche... esta noche solo quiero tenerte a salvo.

Los Genovese han cometido su último error. Han tocado lo único que realmente me importa, y por eso van a arder. Pero eso será mañana.

Esta noche solo existe ella.

CAPÍTULO 28

RENZO

El Audi negro corta la noche como una sombra. Valentina está pegada a mi costado, su cuerpo temblando ligeramente contra el mío. No ha dicho una palabra desde que salimos del puerto, pero sus dedos se aferran a mi camisa como si temiera que fuera a desaparecer.

En el asiento trasero, Sofia mantiene esa calma profesional heredada de su padre, aunque noto la tensión en su postura. Luca conduce en silencio, sus ojos constantemente escaneando los retrovisores por si nos siguen.

—Te quedarás en la mansión —no es una pregunta. Mi voz suena más ronca de lo normal mientras miro a Sofia por el espejo—. Al menos hasta que esto termine.

—Mi padre... —empieza a protestar.

—Tu padre ya está siendo escoltado a la mansión —la interrumpo—. Los Genovese no dudarán en usar a cualquiera para llegar a nosotros.

Valentina se tensa contra mí al oír el nombre de nuestros enemigos. Mi brazo se aprieta instintivamente alrededor de ella, necesitando sentir su calor, su vida pulsando contra mi pecho. He estado tan cerca de perderla.

El pensamiento hace que tenga que cerrar los ojos un momento. Las imágenes no dejan de torturarme: ella atada en ese almacén, el miedo en su mirada, cómo temblaba cuando la encontré. Si hubiera llegado tarde, si los Genovese hubieran...

—Los hombres de Giuseppe ya han asegurado el perímetro —informa Luca mientras giramos hacia la entrada de la mansión—. Tony tiene equipos vigilando cada acceso.

Asiento mecánicamente. Una parte de mi cerebro registra los detalles tácticos, las medidas de seguridad, los planes que necesitamos hacer. Pero la mayor parte de mi ser solo puede concentrarse en el peso de Valentina contra mi cuerpo, en cómo su perfume a vainilla se mezcla con el olor a pólvora y mar que traemos del puerto.

La mansión emerge entre las sombras, sus ventanas iluminadas como faros en la noche. Puedo ver a los hombres apostados en puntos estratégicos, sus siluetas apenas visibles contra el cielo estrellado. La seguridad es absoluta, pero aun así...

—Luca —mi voz no admite discusión—. Quiero guardias en cada planta. Nadie entra o sale sin que lo sepa.

—¿Incluso el servicio? —pregunta mientras aparca frente a la entrada.

—Todos —gruño—. Y necesito que el doctor Leone las revise.

—Estamos bien —murmura Sofia desde el asiento trasero—. No nos hicieron daño.

La miro por el espejo retrovisor.

—No es negociable.

Valentina tiembla ligeramente contra mí, y el movimiento hace que todo lo demás deje de importar. La ayudo a salir del coche, mis manos incapaces de dejar de tocarla. Necesito sentirla cerca, asegurarme de que está realmente aquí, a salvo.

—Giuseppe —llamo mientras entramos en la mansión. Aparece al instante, su rostro serio bajo la luz del vestíbulo—. Quiero informes cada hora. Si los Genovese respiran, quiero saberlo.

—Sí, señor —asiente antes de desaparecer tan silenciosamente como llegó.

El doctor Leone ya está esperando en el salón, su maletín negro sobre la mesa. La forma en que abraza a su hija me recuerda por qué es uno de los pocos hombres en quien confío plenamente: bajo esa fachada profesional, hay un padre que entiende exactamente lo que siento.

—Las habitaciones de invitados del ala este están preparadas —informo mientras el doctor examina a Sofia—. Tienen la mejor vista del perímetro y acceso directo a la sala de seguridad.

Sofia asiente, permitiendo que su padre revise el ligero corte en su muñeca donde las cuerdas la lastimaron. —¿Todo esto es necesario?

—Los Genovese no se detendrán —mi voz suena más dura de lo que pretendo—. No hasta que los destruya por completo.

Valentina se estremece contra mi costado, y el movimiento hace que mi atención vuelva inmediatamente a ella. No se ha separado de mí desde que la encontré, como si temiera que la distancia física pudiera romper algo entre nosotros.

—Sofia está bien —anuncia el doctor Leone, guardando el antiséptico—. Solo pequeñas abrasiones en las muñecas.

—Valentina —mi voz es suave pero firme mientras la guío hacia el sofá—. Tu turno.

Intenta protestar, pero la mirada que le lanzo hace que se rinda. Se sienta, permitiendo que el doctor examine las marcas en sus muñecas. Mis dedos se crispan cada vez que hace una mueca de dolor, por pequeña que sea.

—Las cuerdas han dejado algunas marcas —murmura el doctor mientras aplica una pomada—. Nada grave, pero necesitarán unos días para sanar completamente.

Observo cada movimiento del doctor como un halcón, memorizando dónde está cada marca, cada pequeña herida. Los Genovese pagarán por cada una de ellas.

—¿Mareos? ¿Náuseas? —pregunta el doctor—. El cloroformo puede tener efectos residuales.

—Estoy bien —responde Valentina, pero noto cómo se apoya más en mí —. Solo cansada.

El doctor Leone asiente mientras guarda sus instrumentos.

—Necesita descansar. Ambas necesitan descansar —añade, mirando a su hija—. Les daré algo suave para dormir...

—No —Valentina se tensa contra mí—. No quiero... no puedo...

—Está bien —murmuro contra su pelo—. No necesitas nada. Yo velaré tu sueño.

El doctor nos mira un momento, una pequeña sonrisa comprensiva curvando sus labios.

—En ese caso, me llevaré a mi hija a su habitación. Sofia, vamos.

—Pero... —empieza a protestar Sofia.

—Tu padre tiene razón —la interrumpo—. Descansa. Giuseppe os mostrará el camino.

Cuando finalmente nos quedamos solos, Valentina exhala un suspiro tembloroso contra mi pecho. Sus dedos siguen aferrados a mi camisa, como si necesitara un ancla a la realidad.

—Vamos —murmuro, ayudándola a levantarse—. Necesitas descansar.

Asiente sin decir palabra, permitiendo que la guíe hacia las escaleras. Cada paso que nos aleja del salón hace que la tensión en sus hombros aumente. Puedo sentir el miedo emanando de ella en oleadas, aunque intenta ocultarlo.

Esta noche ha estado demasiado cerca. Demasiado cerca de perderla, de que me la arrebataran. Y mientras subimos hacia nuestra habitación, mientras su mano pequeña se aferra a la mía como si fuera un ancla, algo se rompe en mi interior.

No puedo vivir un solo segundo más sin que sepa la verdad. Sin que sepa que cada latido de mi corazón le pertenece, que cada respiración existe solo por ella.

Esta noche tiene que saberlo.

VALENTINA

La puerta de nuestra habitación se cierra tras nosotros con un clic suave. El silencio es repentino, denso, cargado de todo lo que no nos hemos dicho. El

espacio familiar, con su mezcla de nuestros aromas y la luz tenue de las lámparas, parece diferente esta noche. Como si el miedo de perdernos hubiera cambiado algo fundamental entre nosotros.

Renzo no se ha separado de mí ni un momento desde que me encontró. Sus manos siempre tocándome de alguna forma: en mi cintura, mi espalda, mis dedos entrelazados con los suyos. Como si necesitara el contacto físico tanto como yo para asegurarse de que esto es real, de que estoy realmente aquí.

—Deberías ducharte —murmura, sus dedos trazando círculos suaves en mi espalda—. El agua caliente te ayudará a relajarte.

Asiento, pero cuando intento dar un paso hacia el baño, mi cuerpo se niega a alejarse de él. El pensamiento de la distancia, aunque sea solo una puerta entre nosotros, hace que el pánico amenace con ahogarme.

—No puedo —susurro, y mi voz suena pequeña incluso para mis propios oídos—. No quiero estar lejos de ti.

—Shh —sus brazos me rodean, atrayéndome contra su pecho—. Estoy aquí. No voy a ninguna parte.

Su corazón late fuerte y constante bajo mi mejilla. El sonido es un ancla a la realidad, recordándome que estamos vivos, que estamos juntos. Su colonia se mezcla con el olor a pólvora y cuero de su chaqueta, y algo en esa combinación hace que las lágrimas que he estado conteniendo finalmente se desborden.

—Cuando vi la furgoneta —sollozo contra su pecho—, cuando esos hombres aparecieron, yo solo podía pensar en ti.

Sus brazos se tensan a mi alrededor, y cuando habla, su voz suena ronca, casi rota:

—Cuando Giuseppe me mostró las imágenes de las cámaras de seguridad —sus dedos se enredan en mi pelo mientras me estrecha con más fuerza—, cuando vi que te llevaban.

Se aparta lo justo para mirarme, y lo que veo en sus ojos me deja sin aliento. Toda la intensidad, todo el control férreo que siempre mantiene, se ha desvanecido. En su lugar hay algo crudo, vulnerable.

Sus manos encuentran mi rostro, enmarcándolo con una delicadeza que contrasta con la tensión que noto en sus dedos. Sus ojos grises, siempre tan controlados, ahora brillan con una intensidad que me deja sin aliento.

—Te amo —su voz es grave, casi un gruñido. Mi corazón se acelera y se llena de felicidad—. Te amo tanto que me destroza por dentro. Cada día, cada momento que paso contigo, es una tortura dulce porque sé que no te merezco. Pero hoy, cuando pensé que podía perderte...

Se interrumpe, y la fuerza con la que me mira hace que tiemble entre sus manos. Nunca lo había visto así, tan crudo, tan vulnerable y aun así tan poderoso.

—Eres lo único puro en mi vida —continúa, su voz ronca pero firme—. Lo único que me hace sentir humano. Y hoy casi te pierdo sin haberte dicho que cada latido de mi corazón te pertenece, que cada respiración existe solo por ti.

Sus palabras hacen que algo explote en mi pecho. Años de amor contenido, de anhelo silencioso, se derraman en forma de lágrimas mientras mis manos encuentran su rostro.

—También te amo —susurro contra sus labios—. Te he amado desde que tengo memoria. Cada día, cada momento a tu lado, incluso cuando intentabas mantener las distancias.

Sus manos se tensan en mi cintura, y el gruñido que escapa de su garganta es casi animal. Sus labios encuentran los míos en un beso que es pura necesidad. No es como los otros besos que hemos compartido. Este está cargado de todas las palabras que por fin nos hemos dicho, de todo el miedo que hemos sentido de perdernos.

Sus manos recorren mi cuerpo como si necesitara asegurarse de que estoy realmente aquí, de que estoy viva y a salvo. El beso se vuelve más profundo, más desesperado. Puedo sentir cómo tiembla contra mí, cómo lucha por mantener el control.

—Cuando estaba en ese almacén —murmuro contra sus labios—, lo único que podía pensar era que no podía morir sin que supieras cuánto te amo. Que cada latido de mi corazón ha sido tuyo desde siempre.

—Nunca más —gruñe mientras sus labios trazan un camino por mi cuello —. Nunca más voy a permitir que te alejen de mí.

Sus palabras, la intensidad con la que me toca, hacen que todo mi cuerpo arda. Esta noche es diferente. No hay barreras entre nosotros, no hay miedos ni dudas. Solo existe esta verdad que por fin hemos confesado.

Sus manos encuentran los botones de mi blusa, y cada roce de sus dedos contra mi piel envía descargas eléctricas por todo mi cuerpo. La forma en que me toca esta noche es diferente: hay una reverencia en sus gestos, una intensidad nueva que hace que tiemble.

—Déjame mirarte —murmura mientras la tela cae al suelo—. Necesito asegurarme de que estás bien.

Sus ojos recorren cada centímetro de mi piel expuesta, deteniéndose en las marcas que las cuerdas han dejado en mis muñecas. La furia oscurece su

mirada por un momento, pero cuando sus labios rozan las marcas rojizas, el gesto es tan suave que hace que mis ojos se llenen de lágrimas.

—Te amo —susurra contra mi piel, y las palabras suenan como una plegaria—. Te amo tanto que me vuelve loco.

Sus manos encuentran el cierre de mi falda, y el sonido de la tela al caer se mezcla con nuestras respiraciones agitadas. Me alza en brazos como si no pesara nada, llevándome hacia la cama. La forma en que me mira, como si fuera lo más precioso que ha visto jamás, hace que mi corazón se hinche de amor.

—Eres todo para mí —confieso mientras mis dedos luchan con los botones de su camisa—. Todo lo que siempre he querido.

Un gruñido escapa de su garganta cuando por fin puedo tocar su piel. Mis manos recorren su torso, trazando cada cicatriz, cada músculo tenso. Lo conozco de memoria, pero esta noche se siente como si lo tocara por primera vez.

Sus labios encuentran los míos de nuevo mientras sus manos recorren mi cuerpo con adoración. La forma en que me toca es diferente: cada caricia está cargada de significado, de promesas silenciosas. No es solo pasión; es amor en su forma más pura.

—Eres perfecta —murmura contra mi cuello mientras sus dedos trazan patrones sobre mi piel—. Tan perfecta que a veces me pregunto si eres real.

Mi espalda se arquea cuando sus labios descienden por mi cuerpo. Conoce cada punto sensible, cada lugar que me hace temblar, pero esta noche cada toque parece amplificado por las palabras que por fin nos hemos dicho.

Sus manos encuentran el encaje de mi ropa interior, y el gruñido que escapa de su garganta cuando ve el conjunto negro hace que el calor se acumule en mi vientre. La forma en que me mira, como si quisiera devorarme y adorarme al mismo tiempo, hace que tiemble de anticipación.

—Te necesito —susurro mientras mis dedos se enredan en su pelo—. Te he necesitado siempre.

La ropa que nos separa desaparece entre caricias y besos. Cuando finalmente estamos piel contra piel, el contacto es tan intenso que hace que contenga el aliento. Sus manos recorren mi cuerpo como si quisiera memorizar cada curva, cada temblor.

Sus labios trazan un camino ardiente por mi cuello mientras sus manos encuentran mis caderas. El peso de su cuerpo sobre el mío se siente como volver a casa. Cada roce, cada caricia está cargada de significado: ya no es solo deseo, es una declaración de amor.

—Mírame —murmura, y cuando nuestros ojos se encuentran, veo tanto amor en su mirada que hace que mi corazón se detenga.

Cuando nuestros cuerpos se unen, el gemido que escapa de mi garganta lleva su nombre. Sus movimientos son lentos, profundos, como si quisiera grabar este momento en su memoria. Sus manos encuentran las mías, entrelazando nuestros dedos sobre las sábanas.

—Te amo —susurra contra mis labios, y las palabras hacen que todo mi cuerpo tiemble—. Te amo más que a mi propia vida.

Nuestros cuerpos se mueven en perfecta sincronía, encontrando un ritmo que es solo nuestro. No es como las otras veces; esta noche cada toque está cargado de promesas, de verdades por fin confesadas.

Sus labios no dejan de susurrar palabras de amor contra mi piel mientras nos perdemos el uno en el otro. Cuando el placer finalmente nos alcanza, es más intenso que nunca, amplificado por la certeza de que esto es real, de que por fin nos pertenecemos completamente.

Nuestras respiraciones agitadas son el único sonido en la habitación mientras Renzo me estrecha contra su pecho. Sus dedos trazan patrones suaves en mi espalda, y el latido constante de su corazón bajo mi mejilla es el sonido más reconfortante del mundo.

—¿Estás bien? —murmura contra mi pelo, sus brazos apretándose protectoramente a mi alrededor.

—Mejor que bien —respondo, acurrucándome más contra él—. Por primera vez en mi vida, todo está exactamente como debe estar.

Sus labios encuentran mi frente en un beso suave, y el gesto está tan cargado de amor que hace que mi corazón se hinche. Es extraño pensar que hace unas horas estaba aterrada en aquel almacén, y ahora estoy aquí, envuelta en el calor del hombre que amo, sabiendo que él me ama también.

—Deberías dormir —susurra, aunque sus manos no dejan de acariciarme —. Ha sido un día largo.

—No quiero —murmuro contra su pecho—. No quiero cerrar los ojos y que esto sea un sueño.

Su risa grave vibra contra mi piel.

—No es un sueño, mi amor. Y cuando despiertes, seguiré aquí, amándote como te he amado desde siempre.

Es la primera vez que me llama así, «mi amor», y las palabras hacen que algo cálido se expanda en mi pecho. Me incorporo sobre un codo para mirarlo, necesitando ver sus ojos.

—Te amo, Renzo Caballero —digo con toda la intensidad que siento—. Y nada, ni los Genovese ni nadie, va a cambiar eso jamás.

La forma en que me mira, como si fuera la cosa más preciosa del universo, hace que las lágrimas amenacen con derramarse de nuevo. Pero son lágrimas de felicidad pura.

—Duerme, mi amor —murmura mientras me atrae de nuevo contra su pecho—. Yo velaré tu sueño.

Y por primera vez desde que todo empezó, me permito cerrar los ojos, segura en el conocimiento de que estoy exactamente donde pertenezco: en los brazos del hombre que amo, que me ama, sin barreras ni dudas entre nosotros.

CAPÍTULO 29

RENZO

El mapa de la propiedad de los Genovese cubre mi escritorio. Cada ruta de acceso, cada punto débil está marcado con precisión militar. Los hermanos Bianchi han pasado los últimos días estudiando el terreno, memorizando cada detalle. Sus notas cubren los márgenes: tiempos de respuesta, turnos de guardia, puntos ciegos en la seguridad.

Levanto la vista cuando escucho su risa flotando desde el jardín. Valentina está con Sofia, ambas disfrutando del sol de la mañana. La forma en que la luz juega con su pelo, cómo sus ojos brillan cuando sonríe... hace que algo se retuerza en mi pecho.

Todo esto es por ella. Cada bala que selecciono, cada plan que trazo, no es por venganza. Es para asegurarme de que pueda seguir riendo así, libre y segura.

—Los túneles están marcados —la voz de Carlo Bianchi me devuelve al presente—. Podemos entrar por aquí y aquí —señala dos puntos en el mapa —. La estructura es antigua, pero aguantará las cargas que planteamos.

Asiento mecánicamente mientras estudio las rutas. Cada decisión debe ser perfecta. No puedo permitirme errores, no cuando su futuro está en juego.

—Giuseppe tiene a sus francotiradores entrenando con los nuevos rifles —informa Tony desde la puerta—. La precisión es extraordinaria.

—¿Los silenciadores funcionan? —pregunto sin apartar la vista del mapa.

—Como la seda. Ni siquiera los perros los oirán.

Luca entra con una caja negra bajo el brazo. Sus ojos tienen ese brillo inquietante que siempre precede a la violencia.

—Los detonadores llegaron —anuncia mientras despliega el contenido sobre la mesa—. Tecnología punta. Un solo botón y toda la propiedad Genovese será historia.

—Sin daños colaterales —mi voz es firme—. No quiero civiles heridos.

—Por supuesto —Luca sonríe, pero hay algo en su expresión que me hace tensarme—. Solo los objetivos designados. Aunque podríamos...

—No —lo corto—. Esto no es venganza, Luca. Es limpieza. Necesitamos que sea quirúrgico.

Sus dedos juegan con uno de sus cuchillos mientras me estudia.

—Has cambiado, *fratello*.

No respondo. ¿Cómo explicarle que cada plan que hago ahora tiene un propósito diferente? Que ya no busco sangre por sangre, sino paz. Paz para ella.

La voz de Valentina vuelve a flotar hasta nosotros. Luca sigue mi mirada hacia el jardín y su sonrisa se suaviza.

—Lo entiendo —murmura.

Los siguientes dos días son un ejercicio de precisión militar. Cada hombre conoce su posición, cada arma está verificada tres veces, cada ruta memorizada hasta el último detalle.

Las noches son diferentes. Cuando todos se retiran, cuando los planes dan paso al silencio, la sostengo entre mis brazos y memorizo cada detalle de su rostro. La forma en que suspira mi nombre, cómo su cuerpo encaja perfectamente contra el mío.

No le he dicho lo que vamos a hacer, pero ella lo sabe. Lo veo en cómo sus dedos trazan mis cicatrices con más intensidad, como si quisiera grabarlas en su memoria. En cómo sus *te amo* suenan más profundos, más urgentes.

Mientras repaso los últimos detalles con los capitanes, solo puedo pensar en ella. En cómo cada decisión que tomo nos acerca más a un futuro donde pueda amarla sin miedo, donde su risa no esté teñida por la sombra de amenazas constantes.

El día en el que borraremos a todos los Genovese del mapa llega dos noches después.

La luz de la luna se filtra por las ventanas de nuestra habitación, dibujando sombras suaves sobre su piel desnuda. Valentina duerme acurrucada contra mi pecho, su respiración profunda y regular. En unas horas tendré que dejarla, pero ahora, en este momento robado a la noche, me permito memorizarla.

La forma en que su pelo se esparce sobre mi pecho, cómo sus pestañas proyectan sombras sobre sus mejillas, el ligero puchero de sus labios mientras duerme. Cada detalle es un tesoro que guardo en mi memoria.

Se mueve en sueños, buscando mi calor instintivamente. Mis dedos trazan patrones suaves en su espalda, y el gesto familiar hace que suspire mi nombre. El sonido hace que algo se retuerza en mi pecho.

Sus ojos se abren lentamente, y la claridad que veo en ellos me dice que lleva despierta más tiempo del que pretende aparentar.

—¿Qué hora es? —susurra contra mi piel.

—Temprano —respondo, mis dedos enredándose en su pelo—. Vuelve a dormir.

—No —se incorpora sobre un codo para mirarme—. No quiero desperdiciar ni un minuto.

La forma en que me mira, con tanto amor mezclado con preocupación, hace que tenga que contener el impulso de prometerle que no iré. Que me quedaré aquí, en esta cama, amándola hasta que el mundo exterior deje de existir.

—Renzo —su mano encuentra mi mejilla, y el gesto es tan tierno que hace que mi garganta se cierre—. Prométeme que volverás.

—Siempre vuelvo a ti —respondo, girando el rostro para besar su palma—. Eres mi hogar.

Sus labios encuentran los míos en un beso que sabe a promesas y miedo. La beso como si quisiera grabar mi amor en su piel, como si pudiera protegerla con la fuerza de mis sentimientos.

—Te amo —susurra contra mis labios—. Te amo tanto que a veces siento que mi corazón no puede contenerlo todo.

La atraigo contra mi pecho, necesitando sentir su calor, su vida pulsando contra mí. Sus manos recorren mi piel como si quisiera memorizar cada músculo, cada cicatriz.

—Cuando todo esto termine —murmuro en su pelo—, no tendrás que mirar por encima del hombro nunca más. No habrá amenazas, ni miedo.

—¿Me lo prometes?

—Te lo juro —mis labios encuentran su frente, sus párpados, la punta de su nariz—. Nueva York será nuestro, y nadie volverá a atreverse a tocarte.

La forma en que me mira, como si ya le hubiera dado todo lo que necesita, hace que algo se rompa y se reconstruya en mi interior. Todo lo que soy, todo lo que tengo, existe solo para mantener esa luz en sus ojos.

El amanecer se acerca, tiñendo el cielo de tonos rosados. Cada minuto que pasa es un recordatorio de lo que tengo que hacer, de por qué tengo que dejarla.

—Vuelve a mí —susurra contra mis labios—. Es lo único que te pido.

La beso una última vez, intentando transmitir en ese gesto todo lo que las palabras no pueden expresar. Cuando me levanto de la cama, el frío que siento no tiene nada que ver con la temperatura.

Su voz me detiene en la puerta:

—Te estaré esperando.

Me giro para mirarla una última vez. La imagen de ella entre nuestras sábanas, su pelo revuelto y sus ojos brillantes de amor, será lo que me mantenga enfocado en las próximas horas.

—Te amo —digo, y las palabras suenan a promesa.

El complejo de los Genovese emerge entre la niebla del amanecer. Los francotiradores de Giuseppe ya están en posición, sus rifles de última generación apuntando a cada punto estratégico. Los hermanos Bianchi han plantado suficientes explosivos en los túneles como para volar media mansión.

Todo está calculado al milímetro. Esta no es una venganza salvaje; es una ejecución quirúrgica. Tengo que asegurarme de acabar de una puta vez con Antonio.

—Los guardias del perímetro este están neutralizados —informa Tony por el comunicador—. Sin ruido, sin alarmas.

Luca se mueve a mi lado como una sombra, su cuchillo bailando entre sus dedos con esa precisión inquietante que lo caracteriza. Hay algo en sus ojos esta mañana, un brillo febril que me resulta familiar. Lo he visto antes, en los días malos, cuando los recuerdos de su tortura lo persiguen.

—¿Estás bien? —pregunto en voz baja.

Su sonrisa es todo filo.

—Perfectamente, *fratello*.

La primera explosión sacude los cimientos de la mansión. Las cargas de los Bianchi hacen su trabajo: el ala oeste se derrumba como un castillo de naipes, bloqueando cualquier ruta de escape. Los gritos no tardan en empezar.

Nos movemos como una marea negra, cada hombre sabiendo exactamente qué hacer. Los francotiradores de Giuseppe eliminan a cualquiera que intente alcanzar los coches. Es una masacre controlada, precisa.

Los hombres de Tony se mueven por los túneles como sombras. Cada paso está cronometrado, cada movimiento ensayado hasta la perfección. Los Genovese no saben que su búnker subterráneo, su ruta de escape más segura, es ahora su trampa mortal.

—Segundo equipo en posición —la voz de Giuseppe suena en mi auricular —. Francotiradores tienen visual de las ventanas del segundo piso. El don está en su despacho.

A mi lado, Luca se tensa visiblemente. Sus dedos aprietan el cuchillo con tanta fuerza que los nudillos se le ponen blancos. Hay algo en su postura que me inquieta, una energía contenida que amenaza con estallar.

—Los Bianchi confirman: cargas secundarias listas —informa Tony—. A tu señal, jefe.

El amanecer tiñe el cielo de rojo sangre. Irónico, considerando lo que está a punto de suceder. Mi mente vuela hacia Valentina por un segundo, hacia la promesa que le hice. Después de hoy, estará a salvo. Nadie volverá a amenazarla.

—Empezad —ordeno, y mi voz suena fría como el acero.

La segunda explosión es más controlada que la primera. Los túneles colapsan estratégicamente, dirigiendo a los Genovese exactamente donde queremos. Como ratas en un laberinto.

Los primeros guardias emergen por las salidas de emergencia, desorientados, tosiendo por el humo. Los francotiradores de Giuseppe los derriban con precisión. Limpio y profesional.

—¡Están en los túneles! —el grito resuena desde la mansión—. ¡Proteged al don!

Más disparos. Los hombres de Tony emergen de las sombras, eliminando cualquier resistencia con eficiencia militar. Los Genovese tienen números, pero nosotros tenemos el elemento sorpresa y un plan perfecto.

Luca y yo nos movemos hacia la entrada principal. Su respiración se está volviendo más errática, más pesada. Sus ojos tienen ese brillo que me preocupa, pero ahora no puedo detenerme a analizarlo.

El vestíbulo de mármol se ha convertido en un campo de batalla. Cuerpos caídos sobre la piedra italiana que tanto orgullo le da al viejo don. Sangre manchando las paredes cubiertas de arte renacentista.

—Movimiento en el segundo piso —informa Giuseppe—. El don y su hijo están intentando llegar al helipuerto.

—No llegarán —gruño mientras subimos las escaleras.

Los guardias personales del don nos esperan en el pasillo. Son buenos, los mejores que el dinero puede comprar. Pero Luca... Luca se mueve como si la muerte misma lo guiara.

Su cuchillo encuentra puntos vitales con una precisión aterradora. No son muertes limpias como las de nuestros francotiradores. Hay algo personal en la forma en que mata, algo que hace que incluso los veteranos se estremezcan.

El vestíbulo huele a pólvora y sangre. Los guardias nos han retrasado lo suficiente para que Antonio y su padre lleguen al helipuerto. Puedo oír las aspas del helicóptero sobre nosotros.

—No escaparán —la voz de Luca suena extraña, distante. Sus manos tiemblan ligeramente mientras limpia la sangre de su cuchillo favorito—. Nadie escapa.

Y entonces sucede. Un guardia arrastra a un niño frente a nosotros, usándolo como escudo. El crío lleva un uniforme de servicio: hijo de algún empleado. No puede tener más de doce años.

La edad que tenía Luca cuando lo torturaron.

El cambio es instantáneo. Todo su cuerpo se tensa como un cable de acero a punto de romperse. El cuchillo deja de temblar en su mano.

—Suelta al niño —mi voz es una orden, pero no hablo con el guardia. Hablo con Luca, intentando alcanzarlo antes de que se pierda en sus recuerdos.

—¡Atrás o le vuelo la cabeza! —grita el guardia, presionando su pistola contra la sien del crío.

La risa que escapa de la garganta de Luca hace que se me hiele la sangre. Es el sonido que hace la locura cuando encuentra su voz.

—¿Le tienes miedo a un niño? —su voz suena infantil, como si hubiera retrocedido a aquel sótano donde lo torturaron—. ¿Necesitas cadenas para sentirte valiente?

—¡Luca! —intento alcanzarlo, pero se mueve demasiado rápido.

El primer corte es tan veloz que apenas lo veo. La mano que sostiene la pistola cae al suelo, separada limpiamente en la muñeca. El guardia ni siquiera tiene tiempo de gritar antes de que el segundo corte le abra la garganta.

El niño corre, pero Luca ya no está allí. Sus ojos tienen ese brillo maniático que tanto temo. Está perdido en sus recuerdos, en aquel sótano donde aprendió que el dolor puede convertirse en un arte.

—¿Quién sigue? —su voz es apenas un susurro mientras avanza por el pasillo—. ¿Quién quiere jugar con cuchillos?

Los siguientes minutos son una pesadilla de sangre y gritos. Luca se mueve como un demonio desatado, cada corte más salvaje que el anterior. Ya no mata por necesidad; está recreando su trauma en la carne de sus víctimas.

—¡*Fratello*! —intento detenerlo cuando lo veo perseguir a un guardia que huye—. ¡Se acabó! ¡Ya los tenemos!

Pero no me escucha. Sus ojos están vidriosos, perdidos en recuerdos que solo él puede ver. Sus manos, empapadas en sangre, siguen buscando más víctimas.

—¡Nunca se acaba! —ruge mientras su cuchillo encuentra otra garganta—. ¡Todos tienen que pagar! ¡Todos son como ellos!

—¡Los que me ataron! —la voz de Luca es un aullido mientras persigue a otro guardia por el pasillo—. ¡Los que me cortaron! ¡Los que se reían mientras sangraba!

Sus cuchillos son un borrón plateado en el aire. Cada corte es más profundo, más salvaje que el anterior. Ya no busca matar; busca infligir el máximo dolor posible.

—¡Fratello! —grito, pero mi voz no llega a donde él está ahora. Está atrapado en aquel sótano, reviviendo cada momento de su tortura.

Los hombres de Tony retroceden instintivamente cuando Luca pasa junto a ellos. Incluso los veteranos, curtidos en mil batallas, parecen asustados. No es

la violencia lo que los perturba; es la locura pura que ven en sus ojos.

Un grito desde el helipuerto atrae nuestra atención. Antonio Genovese intenta escapar, pero los francotiradores de Giuseppe lo mantienen acorralado. Es el momento de acabar con esto.

—¡Luca, no! —pero es demasiado tarde.

Se lanza sobre Antonio como un animal rabioso. El cuchillo encuentra carne una y otra vez, convirtiendo al heredero Genovese en una masa sanguinolenta. Sus gritos se mezclan con la risa maniática de Luca, creando una sinfonía macabra.

—¡Así gritaba yo! —ruge mientras sigue apuñalando el cuerpo ya sin vida —. ¡Así suplicaba que parasen!

—¡Tony! —grito mientras me acerco—. ¡Giuseppe! ¡Ayudadme!

Se necesitan cuatro hombres para apartarlo del cadáver. Luca lucha como una bestia salvaje, sus cuchillos buscando cualquier carne que encuentren. La sangre que lo cubre lo hace resbaladizo, difícil de contener.

—¡Suéltame! —aúlla, y hay tanto dolor en su voz que hace que algo se rompa en mi pecho—. ¡Tengo que hacerles pagar! ¡Como me hicieron pagar a mí!

—Se acabó —intento que mi voz llegue a través de su locura—. Los Genovese están muertos. Todos están muertos. Y tú estás a salvo.

Sus ojos encuentran los míos, y por un momento veo al niño que era. El que rescaté de aquel sótano, el que juré proteger como si fuera mi propia sangre.

—¿Renzo? —su voz suena pequeña, perdida—. No puedo... no puedo parar de verlo. Las cadenas, los cuchillos, sus risas...

—Lo sé —respondo mientras hago una señal a uno de nuestros compañeros para que se acerque con la jeringuilla—. Lo sé, fratello.

El sedante actúa rápido. Su cuerpo se relaja gradualmente entre mis brazos mientras los recuerdos lo sueltan por fin.

—Lo siento —susurra antes de que sus ojos se cierren—. Lo siento, hermano...

La mansión Genovese está en silencio. Los muertos yacen donde cayeron, testigos mudos de lo que la locura y el trauma pueden hacer. La misión está cumplida: los Genovese han sido eliminados.

Antonio y su padre están muertos. Ya nadie amenazará a mi mujer.

Pero mientras sostengo a Luca inconsciente, mientras veo la devastación que ha causado, sé que hemos pagado un precio terrible por esta victoria.

Mi hermano necesita ayuda. El tipo de ayuda que ninguna cantidad de violencia puede proporcionar.

La sangre mancha el asiento trasero del Audi mientras regresamos a la mansión. Luca yace inconsciente, su cabeza apoyada en mi regazo. El doctor Leone revisa sus signos vitales cada pocos minutos, aunque ambos sabemos que las heridas que necesitan atención no son físicas.

—Las otras familias querrán una explicación —murmura Tony desde el asiento del copiloto—. Lo de Antonio... no fue una muerte limpia.

—Los Genovese intentaron escapar durante una negociación que salió mal —mi voz no admite discusión—. Hubo resistencia. Respondimos adecuadamente.

Giuseppe conduce en silencio, pero sus ojos encuentran los míos en el retrovisor. Todos vieron lo que pasó. Todos saben que esto va más allá de una simple operación militar.

—¿Los cuerpos? —pregunto, mis dedos inconscientemente peinando el pelo ensangrentado de Luca.

—Los Bianchi se están encargando —responde Tony—. Para mañana, la mansión Genovese será solo cenizas.

El doctor Leone limpia una herida en la frente de Luca. Sus manos son gentiles, profesionales, pero hay preocupación en su rostro.

—Necesitará ayuda —dice finalmente—. El tipo de ayuda que no puedo darle con vendas y medicamentos.

—Lo sé —mis ojos no dejan el rostro de Luca, tan joven cuando está inconsciente—. ¿Conoces a alguien?

—Hay una especialista —el doctor duda un momento—. Trabaja con veteranos de guerra, casos de estrés postraumático severo. Es... discreta.

Asiento. La palabra clave: discreta. El mundo en el que vivimos no permite mostrar debilidad, pero si alguien se ha ganado el derecho a sanar, es Luca.

La mansión aparece entre los árboles. Puedo ver la silueta de Valentina en la ventana de nuestro dormitorio, esperando.

—Ve con ella —dice Tony, notando mi mirada—. Nosotros nos ocupamos de Luca.

—No —mi voz es firme—. Yo me ocupo de mi hermano.

Porque eso es Luca. No de sangre, pero sí de algo más profundo. De batallas compartidas, de dolor y venganza y lealtad inquebrantable. De noches oscuras donde solo su locura mantenía a raya la mía.

Mientras lo llevamos a su habitación, mientras el doctor Leone prepara otra dosis de sedantes, mi mente ya está calculando los siguientes pasos. La forma en la que vamos a curar a Luca.

Cuando finalmente entro en nuestra habitación, Valentina está junto a la ventana. La luz la baña en tonos dorados, y por un momento el contraste entre

su pureza y la sangre que me cubre me paraliza.

—¿Está bien? —su voz tiembla ligeramente.

—Vivo —respondo, quitándome la chaqueta manchada—. Sedado. El doctor Leone tiene una recomendación: una especialista en trauma, rusa. Aparentemente es la mejor.

Sus ojos encuentran los míos, entendiendo la implicación.

—¿Crees que aceptará?

—Tendrá que hacerlo —mi voz no admite discusión—. Luca necesita más ayuda de la que nosotros podemos darle.

Se acerca despacio, sus dedos encontrando las manchas de sangre en mi camisa. No pregunta si estoy herido; sabe que la sangre no es mía.

—Los Genovese...

—Ya no son un problema —la interrumpo.

Sus manos encuentran mi rostro, y en sus ojos veo el futuro que hemos construido.

La beso suavemente, sabiendo que mañana tendré que empezar a mover hilos para encontrar a esa doctora rusa. Por Luca. Por el hermano que la violencia me dio y que la locura amenaza con quitarme.

CAPÍTULO 30

VALENTINA

El baño de mi habitación da vueltas mientras me inclino sobre el inodoro por tercera vez esta mañana. El mármol frío bajo mis rodillas es lo único que me mantiene anclada a la realidad.

El sonido de tacones en el pasillo me alerta de la llegada de Sofia. Por supuesto que ha venido; después de mi mensaje críptico de «necesito verte urgentemente» no podía esperar menos de ella.

—¿Val? —su voz llega desde la puerta del baño—. Giuseppe me dejó pasar y... oh, Dios.

Se arrodilla a mi lado, sosteniendo mi pelo mientras otra oleada de náuseas me golpea. Sus manos son firmes, profesionales, pero hay preocupación en su voz cuando pregunta:

—¿Cuánto llevas así?

—Tres días —logro responder cuando las náuseas remiten—. Pensé que era algo que comí, pero...

Sofia me ayuda a levantarme y me guía hacia la habitación. Me siento en el borde de la cama, agradeciendo la familiaridad de su presencia, la forma en que no necesito explicarle nada porque ella siempre sabe.

—¿Has comido algo? —pregunta mientras sirve un vaso de agua de la jarra de mi mesilla.

Niego con la cabeza. La simple idea de comida hace que mi estómago se revuelva.

—¿Renzo sabe que estás enferma? —pregunta Sofia mientras se sienta a mi lado.

—Ha estado ocupado con... —me detengo, ambas sabemos con qué ha estado ocupado. Con Luca, con las consecuencias de lo de los Genovese—. No quiero preocuparlo por un simple virus estomacal.

Sofia me estudia en silencio, su mirada médica registrando cada detalle. Me conoce demasiado bien como para creer que la he llamado solo por unas náuseas.

—¿Solo náuseas? —pregunta finalmente.

Juego nerviosamente con el borde de mi bata.

—También estoy cansada. Todo el tiempo. Y el otro día, en el museo...

—¿Qué pasó en el museo?

—El olor de los disolventes me mareó —me muerdo el labio—. Nunca me había molestado antes, pero ahora...

Sofia asiente lentamente, y hay algo en su expresión que hace que mi corazón se acelere. Como si ella ya supiera algo que yo me niego a considerar.

—Val —su voz es suave—. ¿Has notado otros cambios?

Me levanto y camino hacia la ventana, necesitando moverme, necesitando espacio para procesar lo que mi mente ya está empezando a comprender.

—Estoy más sensible —admito finalmente, mirando hacia el jardín donde los hombres de Renzo patrullan—. El otro día casi lloro porque Giuseppe me trajo café y el olor me revolvió.

—¿Cuándo fue tu último período, Val? —la pregunta de Sofia es suave pero directa.

Mi mano vuela instintivamente a mi vientre mientras hago los cálculos mentalmente. Las fechas bailan en mi cabeza, y de repente todo empieza a tener sentido: las náuseas matutinas, el cansancio, la hipersensibilidad a los olores...

—Oh, Dios —susurro, y mi voz tiembla.

—Necesitamos estar seguras —dice Sofia, levantándose—. Y para eso necesitamos una prueba.

—No puedo ir a una farmacia —mi voz suena pequeña, asustada—. Los rumores volarían por toda Nueva York en minutos.

—Por eso iré yo —responde con determinación—. Dame una hora.

La hora más larga de mi vida.

Mientras espero a Sofia, mi mente no deja de volar hacia Renzo, hacia cómo reaccionará si... cuando... Mi mano encuentra mi vientre instintivamente, y por primera vez me permito imaginar: un bebé, nuestro bebé. La simple idea hace que mi corazón se hinche de amor.

El sonido de la puerta abriéndose me sobresalta. Sofia entra con una bolsa discreta de papel marrón, y la anticipación hace que me tiemblen las rodillas.

—¿Lista? —pregunta suavemente.

Asiento, mi corazón latiendo tan fuerte que temo que pueda oírse en toda la mansión. En el baño, Sofia saca la prueba y nos sentamos juntas en el borde de la bañera, su hombro tocando el mío en ese gesto de apoyo silencioso que siempre hemos compartido.

Los minutos que siguen son eternos. Sofia sostiene mi mano mientras esperamos, y su presencia es lo único que me impide volverme loca de ansiedad.

—Treinta segundos —murmura, sus dedos apretando los míos.

Contengo el aliento.

—Positivo —la voz de Sofia rompe el silencio—. Las dos rayas son inconfundibles.

Mi mundo se detiene. Dos líneas rosas, tan pequeñas y a la vez tan significativas, que cambian todo. Las lágrimas empiezan a caer antes de que pueda contenerlas, pero esta vez no son de miedo o preocupación. Son de pura felicidad.

—Voy a tener un bebé —susurro, y decirlo en voz alta hace que sea real—. Sofia, voy a tener un bebé.

—Y yo voy a ser tía —responde, y cuando la miro, veo que también tiene lágrimas en los ojos—. El bebé más protegido de toda Nueva York.

Una risa mezclada con sollozos escapa de mi garganta mientras Sofia me envuelve en un abrazo feroz. Nos quedamos así un momento, abrazadas en el suelo del baño, riendo y llorando a la vez.

—Renzo... —empiezo, y de repente mi corazón late aún más rápido—. ¿Cómo crees que...?

—Se va a volver loco —Sofia se aparta lo suficiente para mirarme, secando mis lágrimas con sus dedos—. El hombre más peligroso de Nueva York convertido en padre. Va a ser digno de ver.

RENZO

La mansión está en silencio cuando regreso. La reunión con los Colombo se ha alargado más de lo previsto, y el reloj marca casi medianoche. Mis hombres me informan que todo está tranquilo, que Valentina se retiró temprano a nuestra habitación.

Subo las escaleras quitándome la corbata, el cansancio pesando en mis hombros. Pero entonces la veo, y todo lo demás desaparece.

Está sentada en nuestra cama, usando una de mis camisetas negras como siempre. La luz de la lámpara arranca destellos cobrizos de su pelo suelto, y hay algo en su expresión, una mezcla de nervios y felicidad contenida, que hace que me detenga en seco.

—¿Todo bien? —pregunto, notando cómo retuerce las manos en su regazo.

—Sí, yo... —se muerde el labio inferior, ese gesto que siempre me vuelve loco—. ¿Puedes sentarte un momento?

Algo en su tono hace que mi cuerpo se tense. Años de supervivencia me han enseñado a detectar cuando algo está fuera de lo normal, y definitivamente algo es diferente esta noche.

Me siento a su lado, estudiando su rostro. Sus mejillas están sonrojadas, sus ojos brillan con algo que no logro descifrar. Hermosa, como siempre, pero hay

algo más.

—¿Ha pasado algo? —mi voz suena más ronca de lo normal mientras mis ojos recorren su cuerpo buscando señales de problemas.

Toma mi mano y, para mi sorpresa, la guía hasta su vientre. El gesto es tan íntimo, tan cargado de significado, que por un momento mi mente se queda en blanco.

—Vas a ser padre —susurra, y su voz tiembla ligeramente.

El mundo entero se detiene. Veinte años de control férreo, de violencia contenida, de ser el hombre que hace temblar a las familias más poderosas de Nueva York... y una simple frase me desarma por completo.

Mi mano tiembla contra su vientre. Un hijo. Mi hijo. Creciendo dentro de la única persona que me ha hecho sentir humano.

—¿Estás...? —mi voz suena irreconocible, áspera—. ¿Estás segura?

Asiente, y hay lágrimas en sus ojos cuando sonríe.

—Sofia me ayudó a confirmarlo hoy.

La bestia que los Romano crearon, el monstruo que ha construido un imperio sobre sangre y venganza, de repente solo puede pensar en una cosa: proteger. Protegerlos a ambos con una ferocidad que me asusta.

La atraigo hacia mí con más fuerza de la necesaria, enterrando mi rostro en su pelo. El aroma a vainilla que siempre me vuelve loco se mezcla con algo más, algo nuevo que hace que mi instinto más primitivo ruja de satisfacción: está llevando a mi hijo.

—Nadie —gruño contra su cuello, y mi voz suena como una promesa letal —. Nadie en este mundo va a tocaros jamás.

Me aparto lo justo para mirarla, mis manos enmarcando su rostro. Está llorando, pero su sonrisa... joder, su sonrisa podría iluminar toda Nueva York. Mis pulgares limpian sus lágrimas mientras intento procesar que esta mujer, mi mujer, lleva dentro a mi hijo.

—Un bebé —mi voz suena ronca, casi irreconocible—. Nuestro bebé.

Sus manos encuentran las mías, y el simple gesto hace que algo se rompa en mi interior. Toda una vida de violencia y muerte, de construir un imperio sobre sangre y venganza, y ahora... ahora voy a ser padre.

—¿Estás feliz? —pregunta en un susurro, y la vulnerabilidad en su voz hace que mi corazón se apriete.

Una risa escapa de mi garganta, un sonido que ni siquiera sabía que podía hacer. La levanto en brazos y la hago girar, sus pequeños gritos de sorpresa mezclándose con mi risa.

—¿Feliz? —la dejo en el suelo, pero no la suelto, no puedo—. Valentina, me has dado todo. Absolutamente todo.

Mis manos vuelven a su vientre, aún plano, pero que ahora guarda el mayor tesoro imaginable. La idea de que ahí dentro está creciendo una parte de nosotros, una prueba viviente de nuestro amor, hace que me tiemblen las rodillas.

—Te amo —gruño contra sus labios—. A los dos. Y que Dios ayude a quien intente haceros daño.

La beso profundamente, intentando transmitir en ese gesto todo lo que las palabras no pueden expresar. Mis manos no dejan de tocar su vientre, como si necesitara la confirmación constante de que esto es real, de que no es otro de mis sueños imposibles.

—¿Sabes lo que significa esto? —murmuro contra sus labios—. Un heredero. Un Caballero de sangre.

Ella asiente, sus dedos trazando patrones suaves en mi nuca.

La forma en que me mira, con tanto amor y comprensión, hace que algo primitivo ruja en mi pecho. Este bebé borrará los últimos vestigios de los Romano, será el inicio de una nueva era. Mi venganza completada en la forma más dulce posible: un heredero que llevará mi sangre, no la de ellos.

—¿En qué piensas? —susurra, sus dedos acariciando mi mandíbula.

—En que voy a tener que redoblar la seguridad —respondo, aunque es solo una parte de lo que pasa por mi mente—. En que necesitaré más hombres, mejores sistemas...

Su risa suave me interrumpe.

—Sofia tenía razón. Nuestro hijo será el bebé más protegido de Nueva York.

—De América —corrijo, y no es una exageración—. Del mundo entero si es necesario.

La alzo en brazos y la llevo a la cama, necesitando tenerla cerca, sentir su calor. La acomodo contra mi pecho, mis manos automáticamente encontrando su vientre.

—¿Te das cuenta? —susurro en su pelo—. Todo lo que hemos construido, todo por lo que he luchado... ahora tiene un propósito más grande.

—¿Más grande que la venganza? —hay un toque de broma en su voz, pero también entendimiento.

—Mucho más grande —respondo, y la certeza en mi voz nos sorprende a ambos—. Este bebé... es mi redención, Valentina. La prueba de que incluso alguien como yo puede crear algo puro.

Mis dedos trazan círculos suaves en su vientre mientras ella se queda dormida contra mi pecho. Su respiración es profunda, tranquila, y cada exhalación me recuerda que esto es real: voy a ser padre.

Las familias de Nueva York tiemblan al oír mi nombre. He construido un imperio sobre sangre y venganza, he hecho cosas que me condenarían al infierno mil veces. Pero esta noche, sosteniendo a la mujer que amo mientras lleva a mi hijo en su vientre, por fin entiendo por qué sobreviví a aquella masacre hace veinte años.

No fue para vengar a mi familia. No fue para destruir a los Romano.

Fue por esto. Por ella. Por este momento.

Porque a veces, incluso los monstruos pueden crear algo hermoso.

EPÍLOGO

LUCA

—No voy a entrar a la puta consulta de la loquera.

El Audi negro está aparcado frente al edificio de cristal y acero. La mañana es fría, el tipo de frío que hace que las cicatrices de mi espalda ardan como si estuviera de nuevo en aquel sótano. Quizás por eso estoy más irritable que de costumbre. O quizás porque odio la idea de que alguien intente hurgar en mi cabeza.

Renzo me mira desde el asiento del conductor con esa expresión que conozco demasiado bien. Es la misma que tenía cuando me encontró encadenado hace tantos años, la que dice que no va a ceder ni un milímetro.

—No es negociable.

Mi risa suena áspera incluso para mis propios oídos.

—Me meteré en cualquier puto infierno que necesites. Envíame a hacer el trabajo sucio, mándame a interrogar a quien sea. Pero no voy a tumbarme en un diván para que una psiquiatra me pregunte por mi infancia.

—Entonces no volverás a tocar un arma en tu vida.

La amenaza flota en el aire entre nosotros. Mi cuchillo encuentra el reposabrazos antes de poder contenerme, hundiéndose en el cuero italiano con un sonido satisfactorio. El olor a piel cortada llena el coche, mezclándose con la colonia cara de Renzo.

—¿Me estás jodiendo?

—Sabes que no —su voz es tranquila, pero hay acero bajo esa calma—. Te lo advertí después de lo de los Genovese. Después de lo que pasó en aquella mansión.

Los recuerdos de esa noche intentan abrirse paso en mi mente: sangre, gritos, el sonido de mis cuchillos encontrando carne una y otra vez. Sacudo la cabeza, intentando mantener a raya las imágenes.

Arranco el cuchillo del asiento con más fuerza de la necesaria. Renzo ni siquiera pestañea. Está demasiado acostumbrado a mis arranques como para que le afecten.

—Si mato a la psiquiatra, ¿me dejarás volver al trabajo?

—El doctor Leone dice que es la mejor —responde, ignorando deliberadamente mi amenaza—. La ha elegido específicamente para ti.

Salgo del coche dando un portazo que hace que los cristales tiemblen. El frío de la mañana me golpea como una bofetada, pero apenas lo noto. Estoy

demasiado ocupado conteniendo las ganas de sacar otro cuchillo y clavarlo en algo. O en alguien.

Renzo camina a mi lado mientras atravesamos el aparcamiento. Sus pasos son silenciosos, controlados, como todo en él. Los guardias que nos siguen mantienen una distancia prudencial. Saben que cuando estoy así, cualquier cosa puede hacerme estallar.

El edificio se alza frente a nosotros como un monstruo de cristal y acero. Demasiado elegante, demasiado moderno para ser la guarida de alguien que se dedica a hurgar en las mentes rotas de otros. La idea de entrar allí, de dejar que una extraña intente arreglar lo que lleva roto tanto tiempo... hace que mi piel se erice.

Nos detenemos frente a las puertas automáticas. El vestíbulo está desierto a esta hora, nuestros pasos resonando contra el mármol pulido. Una secretaria nos indica el camino hacia el ascensor con una sonrisa nerviosa. Probablemente puede oler el peligro que emano.

El ascensor nos lleva hasta la quinta planta en un silencio tenso. Renzo mantiene esa calma que siempre me ha sacado de quicio, como si llevarme a una loquera fuera lo más normal del mundo. El pasillo es todo paredes blancas y puertas cerradas, cada una con su placa dorada identificando al especialista que se esconde detrás.

Doctora K. Petrova, leo en una de ellas. Mi nueva carcelera.

Renzo se detiene frente a la puerta, su mano encontrando mi hombro en ese gesto que pretende ser tranquilizador. Como si algo pudiera calmarme cuando estoy así.

Pero entonces la puerta se abre y el mundo se detiene.

Es ella.

La mujer del baño turco. La que llevo tres semanas buscando por todo Nueva York. La que huyó cuando le ordené que me esperara.

Mi presa.

El destino tiene un sentido del humor jodidamente retorcido.

KATIA

Lo reconozco al instante.

¿Cómo no iba a reconocer a un gigante de metro noventa con tatuajes tribales y cicatrices que cuentan historias de violencia? La última vez que lo vi estaba inmóvil en el baño turco, como una antigua estatua de guerra entre la niebla densa. Recuerdo cómo me preocupó que llevara tanto tiempo allí dentro, cómo entré estúpidamente a comprobar si estaba bien.

El bolígrafo tiembla ligeramente entre mis dedos mientras finjo revisar su expediente. Años de entrenamiento para mantener el control se desvanecen bajo su mirada. El doctor Leone me lo ha enviado como un caso de estrés postraumático por servicio militar, pero mi instinto, ese que me ha mantenido viva todos estos años, grita que es mucho más que un simple veterano.

Por supuesto, él no finge no reconocerme. Sus ojos me devoran como aquella tarde, con esa intensidad que me hizo huir a pesar de su orden de esperarlo. La misma mirada que me persiguió mientras cambiaba de gimnasio, de rutinas, de vida... otra vez.

El aire en la consulta se vuelve denso, cargado de una electricidad que hace que se me erice la piel. Su aroma invade mis sentidos: cuero, metal y algo más oscuro, más peligroso. Y lo peor es que me atrae. Me atrae de una manera visceral que hace que me odie a mí misma, porque debería saber mejor que nadie que los hombres como él son precisamente el tipo de peligro del que llevo toda la vida huyendo.

Soy un imán para los problemas.

Miro el apellido en su ficha otra vez: Salvatore, Luca. El papel dice «veterano con TEPT», pero sus ojos... sus ojos me dicen que es mucho más peligroso que eso. Y lo que más me aterra no es el peligro que representa, sino darme cuenta de que, por primera vez en mi vida, una parte de mí no quiere huir.

FIN

¡Gracias por leer esta novela!

Si te ha gustado, puedes ayudarme a difundirla
dejando una reseña en Amazon.

Escaneando este código QR con tu móvil puedes acceder
directamente a la valoración.

O pulsando AQUI



¿QUIERES CONOCER LA HISTORIA DE LUCA?

¿Por qué el hombre más inestable y letal de Nueva York está obsesionado conmigo... y por qué no puedo odiarlo como debería?

LUCA: La locura y yo somos viejos amigos. Mis demonios me han mantenido vivo, han hecho que sea el mejor en lo que hago. Pero después de perder el control, Renzo me da un ultimátum: terapia o no vuelvo a tocar un arma. Y entonces la veo. La mujer que se me escapó hace meses está sentada frente a mí, fingiendo que no me conoce. Ahora es mi terapeuta, y esta vez no dejaré que huya.

KATIA: La mafia rusa me arrebató todo cuando era niña. He dedicado mi vida a ayudar a otros mientras me escondo de mi pasado. Pero ahora me han encontrado. Y el único hombre que puede protegerme es Luca Salvatore: un asesino inestable que representa todo lo que he jurado odiar. Es peligroso, está roto, y sus métodos me aterran. Entonces, ¿por qué me siento más segura en sus brazos que en ningún otro lugar? Mientras la mafia rusa se acerca y nuestros demonios amenazan con destruirnos, Luca y yo jugamos un juego mortal donde la línea entre terapeuta y paciente desaparece. Él está decidido a protegerme, aunque eso signifique teñir las calles de rojo, y yo... yo ya no sé si quiero detenerlo.

«LUCA: Redención Sangrienta» es el segundo libro de la serie **ELITE CRIMINAL**. Una historia donde la locura y el amor se entrelazan en una danza tan letal como inevitable.

CONSÍGUELO AQUÍ

SOBRE LA AUTORA

Violeta Dark crea historias de amor intensas y apasionantes donde mujeres fuertes encuentran un amor que desafía todos los obstáculos. Sus novelas

combinan romance, suspense y emoción, garantizando siempre ese final feliz por el que merece la pena luchar.

En sus páginas encontrarás hombres protectores y heroínas valientes, secretos que cambian destinos y una pasión que lo conquista todo. Porque el verdadero amor, ese que hace latir el corazón más fuerte, a veces llega de la forma más inesperada.

Le encanta saber cosas sobre sus lectoras, así que no dudes en ponerte en contacto con ella:

Página de autor de Amazon: www.amazon.es/VioletaDark